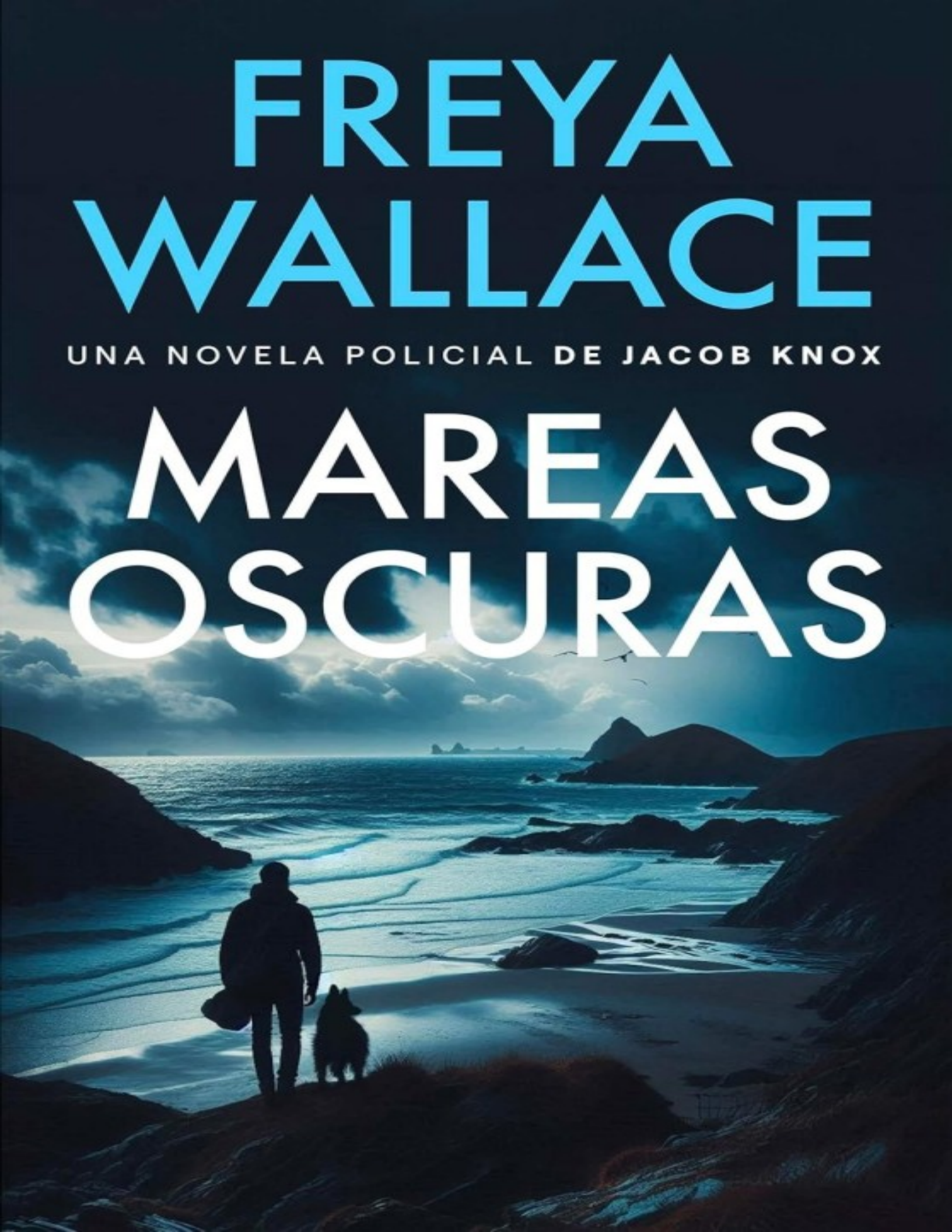
FREYA WALLACE

UNA NOVELA POLICIAL DE JACOB KNOX

MAREAS OSCURAS



MAREAS OSCURAS

FREYA WALLACE

Traducido por
CARMEN SERRANO

ÍNDICE

Puerto deportivo de Exmouth, presente
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro

Capítulo treinta y cinco
Epílogo

PUERTO DEPORTIVO DE EXMOUTH, PRESENTE

Michael Croft se subió el cuello del abrigo para protegerse del viento salino. Sus pasos resonaban en la lúgubre oscuridad del puerto deportivo de Exmouth. Los mástiles se mecían sobre él como árboles desnudos, y cada golpeteo lejano de cuerdas lo hacía sobresaltarse.

Volvió a mirar el móvil. Ningún mensaje nuevo, solo el que lo había sacado de su cálida cama:

"Necesito hablar contigo urgentemente sobre Mia Dwyer. Varadero del puerto deportivo. Ven solo."

Michael siguió avanzando, con las botas resbalándole un poco sobre los tablones mojados. Cada bocanada de aire era cortante por la salmuera y el frío. El mensaje lo había perturbado más de lo que esperaba. Mia llevaba muerta dieciocho meses. Su lucha contra la adicción había terminado en tragedia a pesar de todo lo que él y su mujer, Isobel, habían intentado hacer para ayudarla.

Normalmente habría ignorado el mensaje, pero las cosas eran diferentes ahora. No era la primera vez que lo citaban a altas horas de la noche, y tampoco era la primera vez que se preguntaba si esos encuentros terminarían algún día.

Su corazón había empezado a latir con aquel viejo ritmo nervioso, recordándole a las salas de espera de los hospitales y las noches en vela. Ojalá le hubiera dicho a Isobel adónde iba. Ella

estaba medio dormida cuando él se marchó, su libro abierto sobre la mesita de noche. Le había dicho a su mujer que iba a ver a un feligrés, y le había dado un beso de buenas noches mientras ella cerraba los ojos.

El silencio lo oprimía. El puerto deportivo se extendía ante él, vacío y a media luz por el resplandor de una única farola de seguridad. El agua, negra e inquieta, chapoteaba contra los pilotes. Croft intentó calmar su respiración. Pensó que quizá el mensaje procedía de un familiar que lidiaba con el duelo, pero sabía que se estaba engañando a sí mismo.

Una gaviota graznó en algún lugar sobre su cabeza. El sonido fue repentino y agudo. Los pasos de Croft se desaceleraron al acercarse al viejo varadero, donde las sombras se espesaban entre las embarcaciones. Se detuvo, escrutando las hileras de cascos y cabos enredados. Su aliento se condensó bajo la luz y se desvaneció.

Consideró dar media vuelta y marcharse. Deseaba llamar a Isobel para decirle dónde estaba, pero ¿cómo podía explicar que lo hubiera convocado un mensaje anónimo sobre una feligresa muerta? Quizá se trataba de alguien que culpaba a la Iglesia de la muerte de Mia, que lo consideraba responsable de no haberla salvado. El sentimiento de culpa le resultaba familiar. Arrastraba desde su funeral esa certeza de que todas sus sesiones de terapia y grupos de apoyo no habían sido suficientes.

La otra razón por la que se sentía culpable aún estaba enterrada en lo más profundo de su ser.

Le llegó el sonido de unos pasos. A Croft se le secó la boca. Avanzó hasta el círculo de luz de la farola, obligándose a mantenerse firme.

Una silueta salió de entre las sombras con el rostro oculto por una capucha. Croft intentó mantener la voz firme al preguntar:

—¿Querías hablar sobre Mia?

La figura se acercó hasta que él pudo distinguir el contorno de unas manos enguantadas. Algo en la postura del desconocido hizo que a Croft se le encogiera el estómago de inquietud.

Croft levantó las palmas de las manos en un intento de demostrar que no pretendía hacerle daño.

—Estoy aquí para ayudar. Sea lo que sea por lo que esté ocurriendo, podemos hablarlo.

La figura se detuvo un instante antes de abalanzarse y agarrar a Croft por el abrigo con ambos puños. La voz que surgió estaba tensa por una furia contenida:

—El tiempo de hablar ya pasó.

Croft intentó zafarse, pero el agarre de su agresor se hizo más fuerte. El talón del hombre patinó sobre los resbaladizos tablones y cayó con fuerza. Un dolor agudo le recorrió el brazo y su teléfono salió despedido hacia la oscuridad, seguido de un chapoteo sordo.

La figura lo levantó de un tirón y lo empujó hacia la orilla. Croft luchó por no perder el equilibrio, raspando la madera resbaladiza con las botas en busca de agarre. Sus súplicas, "Intenté ayudarla, hice todo lo que pude", se quebraron en la oscuridad, engullidas por el azote de la marea.

El siguiente empujón lo hizo caer de bruces. Sus rodillas golpearon los tablones y el agua fría le inundó las palmas de las manos. Croft jadeó cuando la figura lo obligó a avanzar de nuevo; ahora, el oleaje salobre le lamía las espinillas.

Su mente daba vueltas a medida que el frío le calaba los pantalones. Pensó en todas las sesiones de asesoramientos con Mia, en el progreso que había parecido tan prometedor… pero, en el fondo, sabía que no era esa la razón por la cual él estaba allí.

Un fuerte empujón lo lanzó de cabeza al agua. Croft luchó por incorporarse, pero una mano lo empujó hacia abajo, hundiéndole la cabeza bajo la superficie. El impacto del frío le cortó la respiración. El pánico rugió en su interior mientras pataleaba en la oscuridad, pero el agarre del agresor se mantuvo firme.

Los pulmones le ardían. Intentó liberarse, buscando algo a lo que agarrarse, pero sus fuerzas menguaban con cada segundo que pasaba bajo el agua.

En la confusa nebulosa del pánico, la cara de Isobel apareció fugazmente en su mente. Pensó en todo lo que había hecho últimamente y trató de convencerse de que había sido lo mejor, justo cuando su agresor le deslizó algo en la palma de la mano.

La presión aumentaba en su pecho, y Croft intentó forzar su mente a volver a Isobel. Se concentró en su voz, en su mano sobre la suya, mientras el mundo se reducía a burbujas y, finalmente, a la oscuridad.

CAPÍTULO UNO

A Jacob Knox le gustaba el río en especial a la hora previa al amanecer, cuando las aguas corrían negras y cristalinas y el pueblo aún parecía estar medio dormido. Paseaba por la estrecha orilla de Topsham con Dylan, su pastor alemán, que trotaba justo delante de él, rozando con el hocico las piedras en busca de cualquier cosa que la marea hubiera arrastrado durante la noche. En la penumbra, sus dos sombras se alargaban una junto a la otra en el límite de la marea.

Intentaba no pensar en Caleb, pero sus pensamientos nunca se alejaban mucho de su hermano cuando estaba solo. Observó a Dylan husmear la línea de la marea y mantuvo la mirada fija en la orilla lejana, deseando que los recuerdos se desvanecieran. Era más fácil no recordar aquellas últimas semanas en las que Caleb había regresado a su vida. Había sido una época difícil, pero al menos entonces lo tenía a él. Ahora, solo lo que le quedaba de su hermano y sus difuntos padres era su recuerdo.

Una niebla baja se aferraba a las marismas, haciendo que el estuario pareciera ancho y vacío. Knox se detuvo a observar a Dylan saltar hacia la sombra de una gaviota, con la cola agitándose y las orejas erguidas, cuando su teléfono sonó.

Suspiró al ver que la llamada era de la central. Respondió mientras Dylan volvía hacia él al percibir su cambio de humor.

Habían encontrado un cadáver cerca del puerto deportivo de Exmouth justo antes del amanecer. Lo necesitaban en el lugar de los hechos.

La llamada fue breve y con pocos detalles. Varón adulto, encontrado por una persona que paseaba a su perro a primera hora de la mañana a la par del muro del puerto deportivo. Era probable que se trate de un ahogamiento accidental, pero la posición del cuerpo había inquietado al primer agente en llegar.

Knox silbó a Dylan y se dirigió de vuelta por el sendero hacia el estacionamiento. Le enganchó la correa al collar.

Llamó a Lucy, que le contestó al segundo tono. Le explicó lo del cadáver en el puerto deportivo y le preguntó si podía quedarse con Dylan.

KNOX SE DETUVO delante de la casa de campo de Lucy quince minutos después, y los faros del automóvil barrieron la vieja verja y los rosales. Dylan lloriqueó, contento de estar allí, pero sabiendo también que se quedaría un tiempo sin su amo.

Lucy todavía estaba en pijama, con una taza de café en la mano. Sonrió al verlos a los dos, y Dylan entró atropelladamente a su lado meneando la cola.

Ella le apretó la mano a Knox. Había consuelo en su contacto, y una parte de él no quería marcharse. Llevaban viéndose desde la muerte de Caleb, tras lo cual Lucy había sido un apoyo constante. Knox la besó a modo de despedida y regresó pesadamente al coche.

Condujo hasta Exmouth con las ventanillas un poco bajas, mientras el día pasaba del gris al azul pálido por encima de los setos.

El estacionamiento del puerto deportivo estaba abarrotado de coches patrulla y una furgoneta blanca de la policía científica. Mostró su placa en el cordón policial y avanzó hacia el lugar de los hechos, oyendo el crujido de sus botas sobre la grava húmeda.

Agentes de la científica usando monos de papel se movían por el embarcadero entre destellos de flashes. La sargento Ava Carter había llegado antes que Knox. Lo esperaba de pie cerca del cordón,

con el pelo recogido en una coleta tirante y las manos hundidas en los bolsillos de la chaqueta.

Asintió con la cabeza cuando él se acercó, pero su mirada pasó de largo para observar el ajetreo del embarcadero.

Knox miró hacia el lugar, contemplando el grupo con monos blancos y las cámaras centelleantes.

—¿Qué tenemos?

—Un varón, de unos cuarenta y tantos. Lo ha encontrado una mujer que paseaba a su perro hace una hora, junto a la antigua rampa de los botes salvavidas. Parece un ahogamiento accidental, pero la posición del cuerpo es un poco rara. Lo encontraron boca abajo en el agua, como si lo hubieran forzado. Ha sido identificado como Michael Croft, el vicario de St. Joseph.

La relación de Knox con su colega se había convertido en algo parecido a una amistad en los últimos meses. Ava había estado presente durante la investigación de Dartmoor, donde ambos estuvieron a punto de morir. Y, desde entonces, fue ella quien había tirado del carro mientras él lidiaba con las secuelas de la muerte de Caleb.

Ambos se pusieron los trajes de protección, y la tela desechable crepitó con la brisa. Se agacharon para pasar por debajo del cordón y se dirigieron hacia el grupo de agentes de la científica. Uno de los forenses se incorporó cuando se acercaron, con la pantalla del casco salpicada de vaho. Knox se presentó a sí mismo y a Ava antes de pedir que los pusiera al día.

—Deborah Watson —se anunció la agente—. Me acabo de trasladar de Bristol —se pasó una mano por la pantalla y dio un paso al frente—. El rostro de la víctima está hinchado y magullado, con signos de traumatismo por objeto contundente en la nuca —señaló el cuerpo cubierto por una lona cerca del embarcadero—. Lo encontraron boca abajo cerca de un bote. Le falta un zapato que ha aparecido un poco más allá, en la orilla. No creo que esto haya sido un accidente.

Knox se acercó a la forma cubierta, la silueta del cuerpo de Michael Croft bajo la lona. Estudió el ángulo, la forma en que las extremidades yacían rígidas contra las tablas del embarcadero. El

frío húmedo se filtraba a través de su traje de papel, pero Knox mantuvo el rostro impasible, buscando pistas que el agua no hubiera borrado. Poco sabía del vicario más allá de su nombre. El rostro bajo la hinchazón estaba pálido e inmóvil, con los ojos cerrados como si durmiera, pero marcado por moretones y cortes.

Una pequeña piedra oscura y lisa, un guijarro, descansaba en el puño cerrado de Croft, fuera de lugar entre la arena del embarcadero.

Knox lo miró más de cerca, preguntándose si Croft habría agarrado el guijarro o si quizá alguien se lo había puesto en la mano. Se volvió hacia Ava.

—¿Quién lo ha encontrado?

—Una vecina de la zona, Claire Benton —respondió Ava, señalando con la cabeza a una figura que se mantenía a un lado. La mujer, de unos treinta y pocos años, vestía un impermeable gastado y un gorro de punto, y su rostro lucía pálido a la tenue luz de la mañana. Sujetaba con una mano una correa húmeda, y el pequeño terrier estaba tumbado a sus pies como si se aburriera.

Knox se acercó a la mujer con Ava.

—Soy el Inspector Jefe Knox. Tengo entendido que usted ha encontrado el cuerpo esta mañana.

Claire asintió, con los ojos muy abiertos y asustados.

—Sí, estaba paseando a mi perro justo al amanecer. Al principio pensé que había visto algo en el agua, como un tronco o un montón de algas. Pero entonces me di cuenta de que era una persona —se le quebró la voz—. Es él, el reverendo Croft, ¿verdad? Me pareció reconocerlo. Es horrible.

—¿Es usted feligresa suya? —preguntó Knox.

Ella negó con la cabeza, haciendo una pausa para serenarse.

—No lo conocía personalmente, pero a veces iba a sus servicios. Era diferente del antiguo vicario, un poco más inspirador. Parecía que se preocupaba por la gente —Se limpió la nariz con el dorso de la mano—. Dios, no lo puedo creer. ¿Quién querría hacerle daño a alguien así?

Knox se movió, incómodo.

—¿Ha visto algo más esta mañana? ¿Alguien en el puerto deportivo a primera hora, quizá?

Claire volvió a negar con la cabeza.

—No, nada. Solo a él en el agua. Me gusta venir aquí temprano, cuando apenas hay gente. Llamé al 999 enseguida. Buster estaba como loco, tirando hacia el agua, pero no lo dejé acercarse.

Knox se metió la mano en el bolsillo, sacó una tarjeta con sus datos y se la tendió a Claire.

—Si recuerda cualquier otra cosa, por insignificante que parezca, no dude en llamarme. Hasta el más mínimo detalle podría ayudar.

Claire tomó la tarjeta, asintiendo. Sus dedos se demoraron un momento en el borde, como si se aferrara a ella.

CAPÍTULO DOS

Estaba sentado en la penumbra de su habitación, y el leve zumbido del viento del estuario hacía vibrar el marco de la ventana. La sal se le adhería a la piel, secándose en manchas tirantes en las manos y los puños de la chaqueta como un recordatorio del frío del puerto deportivo. Estaba hecho: las aguas negras se habían tragado los últimos jadeos del vicario y su cuerpo había quedado abandonado a merced de la marea. Había sido limpio, casi piadoso. El empujón, el agarre, las burbujas ascendiendo hasta que no quedó ninguna. Pero no se trataba de piedad.

Se quitó los guantes, sus dedos entumecidos por el frío agarre que había mantenido sobre el cuello del vicario. Ahora su respiración era acompasada, a diferencia del pánico descontrolado que había reinado antes en la rampa. El vicario había suplicado y las palabras le salieron a borbotones, como plegarias desatendidas.

Sobre la mesita que tenía delante, un único guijarro liso relucía bajo la luz tenue de la lámpara. Oscuro y pulido, recogido de una lejana playa de gravilla donde las olas labraban su implacable camino. Encajaba a la perfección en la palma de su mano, pesado y cargado de propósito. Lo hizo rodar entre los dedos, sintiendo su frío peso, con las tenues aristas desgastadas por años de vaivenes de las mareas.

Esta era la marca, el ritual que sellaba cada corrección. No por exhibición, sino por equilibrio. El vicario había soportado una carga. Ahora, el guijarro en su puño cerrado la mantendría en su sitio. Un ancla silenciosa mientras el agua subía.

El hombre se levantó y cruzó la habitación hasta un estrecho estante atornillado a la pared. Colocó el guijarro junto a sus compañeros, y el suave tintineo resonó en la silenciosa habitación.

Echó un vistazo a las tablas de mareas de su panel. Páginas amarillentas sujetas con chinchetas bajo una lámpara, con las líneas de la pleamar y la bajamar rodeadas con tinta roja.

Junto a las tablas, fotos de tiempos más felices.

Una punzada de duda asomó, inoportuna. ¿Era esto suficiente? El sistema seguía su curso, indiferente, con sus agentes correteando como cangrejos en el lodazal. Ya los había visto en el puerto deportivo: luces parpadeantes, trajes blancos y los dos detectives paseándose con un distanciamiento clínico.

Sonriendo, miró las imágenes del día en su teléfono. Allí estaba el vicario, al igual que los policías. Seleccionó las que quería revelar antes de volver a la sala de estar.

El lugar parecía más pequeño ahora, y el aire estaba cargado de salitre y determinación. Apagó las luces y sumió todo en la sombra, salvo por el tenue resplandor de la ventana. Fuera, el estuario susurraba sus secretos y las olas lamían los pilotes como una promesa.

Un guijarro más en su bolsillo, frío contra la piel.

CAPÍTULO TRES

Mientras los de la policía científica aún documentaban la escena del crimen, Knox y Ava se dirigieron a la iglesia de St Joseph.

El motor se encendió con un zumbido y salieron del estacionamiento del puerto deportivo, dejando atrás el enjambre de vehículos policiales y la carpa blanca que habían levantado sobre la víctima.

Knox miraba las estrechas carreteras por la ventanilla mientras Ava conducía, temiendo lo que estaba por venir. Notificar una muerte era la parte del trabajo a la que nunca se había acostumbrado. Le había tocado hacerlo demasiadas veces y había visto demasiados rostros descomponerse a medida que una mañana cualquiera se convertía en el peor día de la vida de alguien.

Le hizo pensar en Caleb. Knox había estado inmerso en una investigación cuando su hermano murió estando solo en un hospital de Londres. En la práctica, Knox había elegido el deber por encima de la familia en esos últimos momentos que de verdad importaban. Ahora estaba a punto de destrozarle la vida a alguien, igual que aquella llamada de Londres había destrozado su propio mundo seis meses atrás.

La casa parroquial se alzaba tras un muro bajo de piedra por el cual trepaba la hiedra y un jardín bien cuidado que mostraba los primeros indicios de la primavera. Eran las nueve de la mañana y era

posible que Isobel Croft todavía no supiera que su marido había desaparecido.

Knox se ajustó la corbata al llamar a la puerta.

Abrió la puerta una mujer de unos cincuenta y pocos años, aún en bata y con una taza de té en las manos, lo que sirvió como un incómodo recordatorio de la reciente reunión de Knox con Lucy. El rostro de Isobel Croft era radiante y afable.

—¿Puedo ayudarles en algo? —preguntó, paseando la mirada de uno a otro.

Knox le enseñó su placa.

—¿Señora Croft? Soy el Inspector Jacob Knox y esta es mi compañera, la Sargento Ava Carter. ¿Podríamos pasar un momento?

La mirada de Isobel Croft se desvió de la placa a sus caras, y él vio cómo la primera sombra de comprensión le cruzaba el rostro.

—¿Qué ha pasado? ¿Es por Michael? —la chispa en su voz se había desvanecido—. Anoche recibió un mensaje muy tarde y dijo que alguien necesitaba verlo urgentemente.

Knox percibió pánico teñido de esperanza en la voz de la mujer.

—Tal vez sería mejor que hablásemos dentro, señora Croft.

Isobel palideció y la taza de té empezó a temblarle en la mano. Ava se adelantó y la sostuvo antes de que se le cayera.

Isobel se quedó inmóvil, con la mirada fija en el espacio vacío que había dejado la taza. No dijo nada durante un instante, y después les indicó con un gesto que entraran.

La siguieron hasta una cocina limpia y funcional donde Ava consiguió que Isobel se sentara.

La casa estaba en silencio. Isobel juntó las palmas de las manos, apretándolas con fuerza.

—Él no estaba en la cama esta mañana cuando me desperté. Pensé que a lo mejor se había ido temprano al hospital, o que se había quedado a pasar la noche con alguien que lo necesitaba. A veces lo hace, pero suele avisarme. ¿Qué sucedió?

Knox había dado aquella noticia muchas veces, pero nunca se volvía más fácil.

—Lo siento muchísimo, Isobel. Michael ha sido encontrado sin vida esta mañana en el puerto deportivo de Exmouth. Creemos que

podría tratarse de un crimen.

Knox vio un atisbo de confusión en los ojos de Isobel antes de que el color abandonara su rostro y agachara la cabeza.

—¿Un crimen? ¿Creen que alguien lo ha matado? —sonaba incrédula, y su desesperación se estaba convirtiendo en rabia—. ¿Quién querría hacerle daño a Michael? Ayudaba a la gente. No tenía enemigos.

Knox se arrodilló junto a su silla.

—Vamos a averiguar qué ocurrió. Pero necesito hacerle algunas preguntas sobre anoche.

Ava preparó más té en tanto Isobel se esforzaba por asimilar lo que le estaban diciendo.

Knox esperó a que Isobel recuperara un poco el color antes de hacerle las preguntas. Normalmente habría esperado más, pero la situación requería urgencia.

—Isobel, ¿recuerda el mensaje que él recibió? ¿Le dijo de quién era?

Isobel se tocó la cara y desvió la mirada.

—No. Solo dijo que alguien necesitaba verlo y que tenía que ir —hizo una pausa y levantó la vista—. Parecía desconcertado, como si no estuviera seguro de qué se trataba, pero él nunca ignora una petición de ayuda. Nadie comprende el trabajo que hace, pero esto no era inusual en él.

—¿Se llevó su teléfono?

—Creo que sí. Sí, tuvo que llevárselo —Isobel se abrazó a sí misma, llorando.

—¿A qué hora se fue?

Tras serenarse, la mujer respondió:

—Tarde. Después de las once, creo. Quizá más cerca de la medianoche —se secó los ojos con manos temblorosas—. Como ya les dije, yo estaba en la cama. Le pregunté si todo estaba bien, y me dijo que alguien quería verlo por un asunto de un feligrés. Dijo que no tardaría.

—¿Dijo adónde iba?

—No. Solo que alguien lo necesitaba —a Isobel se le quebró la voz—. Tendría que haberle hecho más preguntas. Tendría que haber

insistido en que esperase a la mañana.

Knox entendía ese sentimiento de culpa. ¿Cuántas veces había pensado él lo mismo sobre el último día de Caleb? Las llamadas que no había podido devolver, la intervención que había organizado que, al final, había alejado a su hermano.

—No podrías haber hecho nada —dijo él, aunque sus palabras sonaron huecas incluso tras pronunciarlas—. ¿Le preocupaba a Michael alguien últimamente? ¿Algún problema con los feligreses? ¿Alguna amenaza?

Isobel negó con la cabeza.

—A veces me ocultaba cosas, creía que así me protegía. Pero nada de eso. Ni amenazas, ni nada raro. Toda persona que conocía a Michael lo quería.

Knox le hizo algunas preguntas más. Recopilaron detalles sobre la rutina de Michael, sus relaciones y su trabajo en la iglesia, pero nada que pareciera útil de inmediato.

Esperaron a que llegara la agente de enlace familiar antes de marcharse. Isobel insistió en acompañarlos a la puerta.

—¿Lo atraparán? A quienquiera que haya hecho esto.

Knox la miró a los ojos. Quería prometerle que encontraría al asesino, pero sabía que no podía hacer promesas.

—Haremos todo lo que esté a nuestro alcance —dijo, y esperó a que la agente de enlace hiciera entrar a Isobel de nuevo antes de partir de regreso al puerto deportivo con Ava.

CAPÍTULO CUATRO

Regresaron al puerto deportivo para echar un último vistazo a Michael Croft en la escena del crimen antes de que el cuerpo fuera trasladado para la autopsia. Las gaviotas sobrevolaban el lugar en círculos, graznando pero manteniendo las distancias. Los pantalanes se adentraban en el estuario como si fueran dedos, flanqueados por barcos de todos los tamaños mientras ellos caminaban hacia la oficina del capitán del puerto.

—Ha llamado Walsh. La directora del puerto y el jefe de operaciones nos están esperando —dijo Ava—. La directora se llama Sarah Pembridge y lleva aquí unos tres años. El jefe de operaciones es James Kellaway.

La oficina del puerto deportivo era moderna y funcional, toda de cristal y madera clara, con cartas náuticas de las aguas locales cubriendo una de las paredes. Sarah Pembridge se puso en pie cuando entraron. Era una mujer de unos cuarenta años con un traje de chaqueta que llevaba el pelo suelto sobre los hombros. Se presentó y les presentó a su colega, James Kellaway, quien les dedicó una sonrisa ensayada cuando se dieron la mano.

Sarah señaló unas sillas alrededor de una mesa de reuniones.

—Debo decir que es la primera vez que nos pasa algo así. Nunca antes había ocurrido nada parecido.

James asintió mientras todos se sentaban.

—Llevo ocho años trabajando aquí, y lo peor que hemos visto hasta ahora es a algún borracho cayéndose de un pontón. Esto…

El acento local de Kellaway era más marcado que el de su directora.

—Le agradecemos que nos dediquen su tiempo —dijo Knox—. Sé que debe de ser difícil, pero cuanto antes nos faciliten todos los detalles, mejor.

Kellaway sacó un portátil y giró la pantalla para que todos pudieran ver.

—Su colega nos ha dicho lo que necesitarían. Tenemos las grabaciones de las cámaras de seguridad listas. Le aviso: no son muy nítidas —hizo clic para reproducir el vídeo e imágenes granuladas llenaron la pantalla—. Esto es de la cámara principal del espigón, empieza a las 23:40.

Knox se inclinó hacia delante para estudiar la grabación en la que se veía a Michael Croft entrando en el puerto deportivo a altas horas de la noche. La marca de tiempo mostraba al vicario a las 23:47.

—¿Le parece que sabe adónde va?

Pembridge entrecerró los ojos para mirar la pantalla.

—Es difícil decirlo con seguridad, pero sí. No está deambulando ni parece perdido. Va directo al antiguo varadero.

Sesenta segundos más tarde apareció una segunda figura, vestida con ropa oscura y una sudadera con capucha que le ocultaba la cara.

—¿Tienen alguna imagen nítida de esta persona? —preguntó Ava.

—Le hemos enviado todo a su equipo, pero ya he repasado las grabaciones varias veces y no he podido distinguirle la cara.

—¿Puedes pausar las imágenes? —pidió Ava—. Ahí, ¿ve cómo se mantiene pegado a los bordes? Nunca sale del todo en el encuadre.

Knox estudió la imagen e hizo un gesto con la cabeza para que continuara.

—¿Quién podría conocer tan bien la distribución de sus cámaras?

—Puede que no sea tan difícil de averiguar si uno se lo propone. Con dar un par de vueltas por el puerto se pueden localizar —dijo James.

Vieron cómo se desarrollaba la grabación, en la que tanto Croft como la figura de la sudadera pasaban por delante de la última cámara antes de desaparecer de la vista.

—¿Conocen a Michael Croft? —preguntó Knox.

La pareja intercambió una mirada antes de negar con la cabeza. Ava rebobinó la grabación y la detuvo en el fotograma más nítido de la segunda figura.

—¿Hay algo que les resulte familiar de este hombre? ¿La altura, la complexión, la forma de moverse?

Los directivos se acercaron a la pantalla para examinar la imagen granulada con atención. La figura encapuchada aparecía parcialmente oculta, pero por las imágenes parecía unos centímetros más alta que Croft y más ancha de hombros.

—Lo siento, pero podría ser cualquiera, ¿no? —dijo James.

Sarah hizo una pausa, entrecerrando los ojos ante las imágenes.

—Hay algo familiar en su postura, ¿creo? Pero no logro identificarlo. Lo siento, eso no es de gran ayuda, ¿verdad?

—¿Quién tendría acceso legítimo al puerto a esas horas de la noche?

Sarah fue enumerando con los dedos.

—El personal con códigos de seguridad, es decir, James y yo, dos guardias de seguridad nocturnos y el supervisor de mantenimiento. Los propietarios de los barcos tienen acceso a sus embarcaciones las veinticuatro horas del día, pero necesitan tarjetas de acceso para las puertas. Los servicios de emergencia, obviamente. El capitán del puerto tiene acceso total —hizo una pausa—. Y el propietario, el señor Tucker, aunque está de viaje de negocios.

—¿De cuántos propietarios de barcos estamos hablando? —preguntó Ava.

—Unos doscientos cincuenta amarres activos, pero la mayoría de las tarjetas están programadas para registrar las horas de entrada y salida. Podríamos realizar un informe para averiguar quién estuvo aquí esa noche.

Knox asintió.

—Necesitaremos esa lista. Y en cuanto a su personal, ¿algún problema reciente? ¿Despidos, quejas?

James se removió con incomodidad.

—Tuvimos que despedir a alguien hace unas seis semanas. Danny Morrison, uno de los mozos de muelle. Lo pillamos robando combustible de los barcos que estaban de paso. No le cayó para nada bien.

—¿Dónde está Morrison ahora? —preguntó Knox.

—Lo último que sé es que estaba trabajando ocasionalmente en el mercado de pescado de Brixham. Vive en un camping de caravanas a las afueras de Paignton.

—Y el señor Tucker, quien ha dicho que es el dueño del puerto. ¿Vive aquí? Nos gustaría hablar con él lo antes posible.

Sarah miró de nuevo a James como si ya hubieran planeado sus respuestas.

—Está en Mónaco, en una feria náutica. No esperamos que regrese hasta el fin de semana como muy pronto —la mujer dudó—. Podría intentar llamarlo…

—Se lo agradeceríamos —dijo Ava.

—¿Ahora?

Ava asintió y Sarah sacó el móvil con un suspiro.

—Ha saltado el contestador —dijo, y Knox notó un dejo de alivio en su voz. Anotó un número en un papel con el membrete del puerto y se lo entregó—. Le enviaré un mensaje ahora mismo para avisarle de que lo llamarán. Suele responder con bastante rapidez a los asuntos urgentes.

Knox se guardó el papel en el bolsillo.

—Gracias, estaremos en contacto —dijo, y se marchó junto a Ava.

En cuanto estuvo fuera, llamó a la central y le dijo a su compañero, el agente Liam Walsh, que necesitaba un análisis exhaustivo de William Tucker y sus intereses comerciales para cuando él regresara a la comisaría.

CAPÍTULO CINCO

Tras hablar con Walsh, Knox se detuvo a examinar el complejo. El sol de la mañana había disipado la mayor parte de la niebla del río, desvelando el alcance total de la operación. Tres secciones bien diferenciadas se extendían ante ellos: el moderno puerto deportivo con sus pontones impolutos y sus yates relucientes; la zona de trabajo donde los barcos de pesca, desgastados por el tiempo, se mecían junto a las embarcaciones de mantenimiento; y la parte más antigua, cerca del varadero donde se había descubierto el cuerpo de Croft.

Knox comprendía por qué alguien familiarizado con la distribución podría haber elegido ese lugar en concreto. Era el más alejado de la oficina principal, parcialmente oculto por un cobertizo de mantenimiento y, a todas luces, la sección menos vigilada.

Mientras él y Ava recorrían la zona, Knox seguía dándole vueltas a la conversación con James y Sarah. Había habido algo en el tono de Sarah al mencionar a Tucker, una cuidada neutralidad que sugería que estaba escogiendo sus palabras a propósito. Además, la vacilación de James al ver las imágenes de las cámaras de seguridad inquietaba a Knox.

Estaba seguro de que James había reconocido algo en la figura encapuchada. Si había dudado por incertidumbre o por algo completamente distinto era algo que estaba por determinarse.

Caminaron lentamente por el espigón principal, y el puerto deportivo bullía ya de actividad matutina. Los propietarios de los barcos revisaban los aparejos y limpiaban las cubiertas, los equipos de mantenimiento transportaban material entre las embarcaciones y el zumbido constante de los motores diésel llenaba el aire mientras los pesqueros zarpaban.

El contraste con la escena inquietantemente silenciosa grabada por las cámaras de seguridad era brutal. Knox intentó imaginar a Michael Croft recorriendo ese mismo camino en la oscuridad, pasando junto a esos mismos barcos envueltos en sombras, sin saber que estaba a escasos instantes de su muerte.

El viejo varadero donde se encontró el cuerpo estaba en el extremo más alejado de la zona de trabajo, escondida tras un grupo de almacenes y cobertizos de mantenimiento que habrían proporcionado la cobertura perfecta para lo que ocurriera.

Los de la policía científica aún estaban terminando y la carpa seguía montada, a pesar de que ya se habían llevado el cuerpo de Croft.

Knox echó un último vistazo para memorizar la distribución del lugar.

—Nos vemos allí —le dijo a Ava cuando cada uno se subió a su respectivo coche para volver a la comisaría.

Walsh lo llamó cuando salía del puerto deportivo.

—He encontrado algo interesante en la prensa empresarial de hace unos cinco años, jefe.

—Tucker Marine Developments, la anterior empresa de William Tucker. El titular dice: *Promotor inmobiliario se enfrenta a una investigación por fondos desaparecidos*.

Walsh le leyó el texto por encima a Knox.

—La Oficina de Fraudes Graves investigó irregularidades en varios proyectos urbanísticos en los alrededores de Torquay. Los inversores se quejaron de que el dinero desaparecía y los proyectos se retrasaban indefinidamente.

—Sigue leyendo —dijo Knox, reduciendo la velocidad al ver un tractor delante de él.

—Y se pone mejor, jefe. Tres investigaciones distintas, pero nunca se presentaron cargos. Pruebas insuficientes, aunque varios inversores perdieron sumas importantes. *Tucker Marine Developments* entró en liquidación voluntaria seis meses después.

Según la experiencia de Knox, quienes atraían investigaciones por fraude una vez, con frecuencia volvían a verse en situaciones similares.

—Bien, que hagan un examen forense completo de las finanzas actuales de Tucker. Y me refiero a todo, incluidas todas las entidades empresariales conocidas con las que esté relacionado, cuentas bancarias, propiedades, registros de empresas, declaraciones de IVA, informes del Registro Mercantil… lo que sea que puedas conseguir. Comprueba también si hay empresas fantasma o en paraísos fiscales. Y quiero que alguien de Delitos Financieros examine los flujos de dinero del negocio del puerto deportivo de los últimos tres años.

—Entendido, jefe —dijo Walsh antes de colgar. Knox se preguntaba si el vicario se había visto envuelto en los asuntos de Tucker y, de ser así, cómo.

Cuando Knox llegó a la comisaría, ya habían montado una sala de operaciones. Knox pasó junto a una pizarra con una imagen de Michael Croft en el centro.

Ava había llegado antes que él y estaba ocupada con el teléfono celular. Dos agentes uniformados hablaban por teléfono al fondo mientras el Inspector Walsh colgaba un mapa del puerto deportivo en la pared del fondo.

Knox fue a servirse un café de la cafetera en la zona de cocina y se encontró a la Inspectora Jefa Helen Grant, como si ella lo hubiera estado esperando.

Al igual que Ava, Helen lo había apoyado tras la muerte de Caleb. Se dio cuenta de que lo había mantenido con poca carga de trabajo y, por la forma en que lo miraba, supo que estaba sopesando si estaba listo para dirigir la investigación.

—¿Un café? —le preguntó.

Helen negó con la cabeza.

—Quiero todo en mi mesa en cuanto llegue —dijo, con la decisión ya tomada.

Knox se lo confirmó con un breve asentimiento antes de volver a la sala de operaciones. Se dirigió a la mesa central y, dando un breve golpecito en la tabla, reclamó la atención de la sala.

—Tenemos que trabajar en ambas líneas de investigación. ¿Fue algo aleatorio o alguien pretendía que Croft acabara muerto? Empezaremos por Croft. Cada detalle. Ava, repasa sus llamadas recientes, correos electrónicos, registros parroquiales. Adam, investiga más a fondo a su congregación. Yo me centraré en el puerto deportivo. Tenemos que movernos rápido. Si fue premeditado, el asesino sabía dónde y cuándo estaría. Si no, podría tratarse de alguien desesperado que podría volver a atacar.

—Aquí está la primera tanda de imágenes de las cámaras del puerto, jefe —informó Walsh unos minutos después.

Knox señaló con la cabeza a la pantalla blanca y Walsh cargó la grabación. El equipo guardó silencio mientras se reproducían las imágenes que Knox y Ava ya habían visto: Croft llegaba al puerto deportivo, seguido un minuto después por una segunda figura, más alta que él, con el rostro encapuchado y de espaldas a la cámara.

—Rebobina hasta el momento en que llega la segunda figura —pidió Knox.

Tras verlo varias veces, se hizo evidente que la figura encapuchada se movía como alguien que sabía dónde estaban situadas las cámaras.

—Por ahora tenemos que asumir que es este nuestro asesino. Envía una captura de pantalla a las unidades locales, a ver si han visto a alguien de esa complexión cerca del puerto anoche. Quiero esa imagen por todas partes antes del mediodía.

Knox estacionó delante de la casa de Lucy esa misma noche. Dejó el motor en marcha al verla en el porche, con Dylan sentado

pacientemente a sus pies. Ella le abrió la puerta, con el perro tirando de la correa, ansioso por volver a casa.

—¿Un día duro? —le preguntó mientras él apagaba el motor y salía.

Knox esbozó una leve sonrisa mientras le quitaba la correa a Dylan.

—Han encontrado a un vicario muerto en el puerto. Podría ser un asesinato —las palabras salieron más llanas de lo que pretendía. El día se le había hecho eterno y sentía que no habían avanzado desde que descubrieron el cuerpo.

Lucy se quedó en la entrada, con los brazos cruzados para protegerse del frío de la noche, estudiándole la expresión. Knox vio cómo se formaba la pregunta en su mente. Sabía que quería que se quedara, que compartiera las cargas que lo agobiaban, pero él ya estaba negando con la cabeza.

—Esta noche no. Tengo que volver al lío.

La cara de Lucy cambió de forma casi imperceptible.

—Claro —dijo ella, con la voz cuidadosamente neutra—. Dylan se ha portado de maravilla, como era de esperar.

El perro ladeó la cabeza al oír su nombre mientras Knox lo subía al coche y le ponía el arnés.

El trayecto a casa duró más que los quince minutos que debería haber tardado. Dylan dormía acurrucado en el asiento trasero, y Knox se encontró tomando el camino más largo, pasando por el estuario del Exe, donde unos cuantos rezagados que paseaban a sus perros se dirigían a casa.

El caso del puerto deportivo daba vueltas en su mente. Pensó en la borrosa figura de las cámaras de seguridad que parecía seguir a Michael Croft y en el dolor desconcertado de su esposa.

Cuando estacionó en la entrada de su casa, sus pensamientos se habían vuelto hacia Lucy: había manejado muy mal la situación, y últimamente sentía que estaba saboteando su relación con ella a propósito.

Dentro, dejó las llaves sobre la mesa de la cocina. La casa era nueva, y es que su antiguo departamento tenía demasiados recuerdos, a pesar del poco tiempo que Caleb se había quedado con él. Este lugar le parecía demasiado grande para él y Dylan, y se preguntó si había cometido un error, aunque no era la primera vez que lo hacía.

Encendió la televisión, pero no conseguía concentrarse. Pronto se encontró mirando la estantería que había encima del aparato, donde reposaban dos botellas de vino. Una abierta del fin de semana, la otra todavía precintada.

Durante varios minutos las ignoró. Se había hecho promesas a sí mismo después del funeral de Caleb: No bebería solo y no usaría el alcohol para mitigar la crudeza de los días difíciles. Había cumplido esas promesas durante meses, pero esa noche le pareció diferente. No sabía si era la presión de la investigación del asesinato o los recuerdos de Caleb que estaba removiendo, pero necesitaba algo que lo aliviara.

La ironía no se le escapó al dar el primer sorbo. Volvió al sofá con la copa y Dylan se acomodó a sus pies con un suave suspiro. Se dijo a sí mismo que esto no era como lo que había hecho Caleb, pero incluso en su negación sabía que así era como empezaba.

Pero, por ahora, no le importaba. Knox era huérfano desde los dieciocho años, pero la pérdida de Caleb había cortado el último hilo que lo conectaba a la idea de familia. Ya no quedaba nadie que lo recordara de niño, nadie que compartiera su historia o comprendiera el impacto de la temprana muerte de sus padres.

Knox se encontró consultando su teléfono móvil sin razón, un acto reflejo esperando mensajes que nunca llegarían. Caleb había sido, en el mejor de los casos, un corresponsal de mensajes esporádico. Pasaron semanas de silencio sin comunicarse, seguidas de mensajes incoherentes enviados a deshoras. Knox los había ignorado a menudo, dando por hecho que siempre habría tiempo para responder adecuadamente más tarde. Ahora, la ausencia de esos mensajes se sentía como un dolor físico.

Dylan se movió a sus pies a medida que Knox vaciaba la copa. Los ojos tristes del perro siguieron su movimiento hacia la cocina y

luego de vuelta al sofá con la botella. Knox se sirvió una segunda copa, diciéndose que solo era vino, no era whisky ni el vodka barato que había matado a su hermano.

Pero cuando volvió a sentarse, Dylan se fue a su cama en el rincón en lugar de volver a los pies de Knox, como si supiera que algo estaba mal.

CAPÍTULO SEIS

Estaba de pie en la playa desierta, con las botas hundiéndose en los guijarros húmedos y la marea del atardecer siseando en la orilla. El aire cargado de salitre le escocía, y el horizonte estaba magullado por nubes que engullían la última luz del día. En sus manos, aún en carne viva por el forcejeo con el vicario, aferraba el guijarro elegido. Liso y oscuro, arrancado del mismo tramo de costa donde las olas muelen la piedra hasta convertirla en polvo.

Pronto estaría en manos de otra persona.

Llevaba semanas observando al estibador, siguiendo sus movimientos por el caos del mercado de pescado, donde el gasoil y el pescado enmascaraban negocios más turbios. El proveedor no solo robaba combustible, sino que estaba metido hasta el cuello en la podredumbre del crimen organizado. Pasaba paquetes para hombres en coches de lujo, escondía armas en cascos de barcos oxidados y alimentaba la red que asfixiaba la costa.

El hombre lo había visto: intercambios nocturnos en los muelles, llamadas sigilosas en el camping de caravanas, la sonrisa engreída de quien se lucraba con la ruina. Esa sonrisa se desvanecería pronto, pero esa no era la razón por la que acabaría sosteniendo el guijarro.

Avanzó por la línea de la marea, con las algas enredándosele en las botas. Un simple cebo bastaría para atraer al proveedor. Enviaría un mensaje sobre un trabajo y ofrecería dinero en efectivo por un

encargo rápido en una cala apartada, sin hacer preguntas. La codicia lo atraería, igual que, de otra forma, había atraído al vicario.

La marea se encargaría del resto.

Apretó los dedos alrededor del guijarro, cuyo frío peso anclaba su rabia. Visualizó el ritual: un golpe seco para aturdirlo, y luego sujetarlo boca abajo en las aguas pocos profundas mientras la marea subía, fría e implacable.

Le colocaría el guijarro en la palma de la mano a medida que subía la marea, y así sellaría la corrección.

De vuelta en casa, desplegó sus tablas de mareas. Un círculo de tinta roja marcaba la pleamar del día siguiente, y era perfecta para la cala, donde el agua subiría con fuerza y rapidez. El horario del proveedor estaba grabado en su mente: turnos de mañana y luego las tardes solo, a punto para la trampa. El mensaje de texto estaba listo y había sido enviado desde un teléfono desechable: *Trabajo en la cala, 18:00 h. Se paga en efectivo. Ven solo.*

El proveedor vendría, atraído por el dinero fácil, ajeno al tirón de la marea.

El graznido de una gaviota rasgó el crepúsculo. La duda centelleó, fría como las olas a sus pies, pero él la ignoró. Tenía que hacerse. Acarició el guijarro en su mano.

Mañana, la marea subiría y la balanza se equilibraría un poco más.

CAPÍTULO SIETE

Knox se despertó antes del amanecer por el inquieto ir y venir de Dylan y un punzante dolor de cabeza. Tenía la boca seca y la lengua pastosa por el sabor metálico de haber bebido demasiado vino y muy poca agua. La botella vacía sobre la mesa auxiliar reflejaba la grisácea luz del alba, como un recordatorio físico de las promesas que se había roto a sí mismo.

Se vistió con la ropa del día anterior, poniéndose un jersey arrugado que olía a agua salada y a sudor, y le colocó la correa a Dylan. Tomó el camino largo, pasando por el campo de críquet y bajando hasta el antiguo muelle, en parte para despejarse y también para no hablar con nadie.

Las embarcaciones junto al banco de lodo yacían envueltas en la niebla del río, con sus siluetas desdibujadas. Knox observó el lento discurrir del agua e intentó no pensar en los últimos momentos de Michael Croft en tanto la resaca le martilleaba detrás de los ojos.

Dejó a Dylan en casa de Lucy poco después de las ocho. Ella estaba en el jardín delantero bebiendo café, con un viejo cárdigan sobre los hombros para protegerse del frío de la mañana. Su sonrisa al verlo fue automática.

—Buenos días —dijo, y tomó la correa de Dylan que Knox le entregaba.

No hizo preguntas sobre cómo había dormido ni le extendió una invitación para tomar un café antes del trabajo. Sin embargo, aunque sabía que lo estaba echando todo a perder, Knox no sabía qué decir. Buscó palabras que pudieran salvar la distancia que había creado la noche anterior, pero la cabeza le palpitaba y las frases adecuadas no le venían a la mente.

—Lo recogeré después del trabajo —consiguió decir.

—Por supuesto —el tono de Lucy era agradable y profesional. Era la misma voz que usaría con cualquier otro cliente—. Vamos, Dylan.

El perro los miró a ambos como si percibiera el cambio en el ambiente, antes de dejarse llevar hacia la casa.

Cuando Knox llegó a la carretera principal, el dolor de cabeza era un martilleo incesante. Se prometió a sí mismo que arreglaría las cosas con Lucy, pero, por ahora, se enfocaría en conseguir volver a encarrilarse lo suficiente para poder funcionar y averiguar quién había matado a Michael Croft.

Se detuvo en una gasolinera y se obligó a comer un bocadillo de tocino que acompañó con un café insípido antes de reunirse con Ava para la autopsia de Croft.

La morgue del Hospital Royal Devon and Exeter ocupaba un ala discreta en la parte trasera del complejo principal, a la que se accedía por una entrada independiente que mantenía el negocio de la muerte alejado del tránsito diario de los vivos. Knox había visitado el lugar demasiadas veces a lo largo de los años, pero el olor residencial a desinfectante y a cera para suelos nunca dejaba de recordarle por qué odiaba esa parte del trabajo.

Se encontró con Ava en recepción, y la mujer lo examinó con una rápida mirada sin mediar palabra antes de que se dirigieran un pasillo lleno de carteles motivacionales que parecían grotescamente inapropiados dado su paradero.

La doctora Eleanor Ashford los esperaba en la sala de preparación, ya vestida con bata quirúrgica y el pelo cano recogido bajo un gorro. Llevaba más de una década siendo la patóloga principal del área, y Knox había trabajado con ella en suficientes

casos como para saber que era minuciosa y precisa. La saludó con un asentimiento de cabeza. En su paranoia inducida por la resaca, a Knox le pareció que le sostenía la mirada un poco más de la cuenta, pero decidió restarle importancia.

—He completado el examen preliminar del señor Croft —informó la doctora Ashford y señaló la sala de autopsias—. ¿Procedemos?

La sala era austera y funcional, con superficies de acero inoxidable y una dura iluminación fluorescente. El cuerpo de Michael Croft yacía sobre la mesa central, cubierto por una sábana blanca. Knox sintió que se le revolvía el estómago mientras esperaba que la doctora Ashford se lavara las manos.

—¿Todo bien, jefe? —preguntó Ava en la espera.

—Tengo un consejo para ti: por mucha hambre que tengas, nunca compres un bocadillo de tocino en la gasolinera del pueblo.

—Contigo siempre se aprende algo nuevo.

La doctora Ashford regresó y retiró la sábana, revelando el cadáver de Croft. Knox había visto suficientes cadáveres como para mantener una distancia profesional, pero nunca era fácil. Para Knox, las personas parecían siempre más pequeñas una vez muertas; Croft no era diferente.

La doctora Ashford se dirigió a un ordenador y abrió una serie de fotografías digitales.

—La causa de la muerte fue, efectivamente, ahogamiento. Sus pulmones contenían aproximadamente cuatrocientos mililitros de agua salada, y hay pruebas claras de hipoxia por sumersión —hizo clic para pasar a la siguiente imagen—. Sin embargo, no creo que el señor Croft simplemente cayera al agua y empezara a entrar en pánico.

Knox se inclinó hacia la pantalla para estudiar las fotografías del cuerpo de Croft.

—¿Qué es lo que ve que le hace pensar eso?

—Varios factores —la doctora Ashford cambió a imágenes en primer plano de las manos y los brazos de Croft—. Primero, las heridas defensivas: abrasiones en las palmas y en las yemas de los dedos. Y estos hematomas sugieren que fue inmovilizado a la fuerza en algún momento durante el forcejeo. Las marcas de los pulgares

aquí y aquí sugieren a alguien con una fuerza de agarre considerable.

La doctora Ashford pasó al siguiente conjunto de imágenes.

—Además, el señor Croft sufrió un golpe importante en la nuca, como usted ya sabe. El patrón de la herida sugiere un traumatismo con un instrumento contundente. La lesión no fue mortal, pero lo habría dejado gravemente desorientado.

—Así que lo golpearon y luego lo mantuvieron bajo el agua, incapaz de defenderse adecuadamente.

—Esa es mi valoración, sí —la doctora Ashford abrió otra pantalla que mostraba gráficos de temperatura y descomposición—. El agua salada en sus pulmones indica que se ahogó en el estuario, no en agua dulce, y hay restos de algas marinas que sugieren que estuvo sumergido al menos treinta minutos antes de que lo descubrieran.

—¿Alguna buena noticia para nosotros? —preguntó Knox.

La doctora Ashford abrió otro archivo.

—Restos de fibras sintéticas azules bajo las uñas, posiblemente de una chaqueta impermeable. Se están analizando las fibras, pero definitivamente no provienen de la ropa del señor Croft —hizo clic para ir a la siguiente pantalla—. Y lo que es más importante, recuperé células cutáneas de debajo de las uñas de su mano derecha. Logró arañar a su agresor durante el forcejeo.

—¿ADN?

—Un perfil completo. Ya se ha enviado a la base de datos para su comparación, aunque los resultados no llegarán hasta mañana como muy pronto. Probablemente a finales de esta semana.

Knox le dio las gracias a la doctora Ashford y recogió copias del informe preliminar al salir de la morgue.

Fuera, los sonidos normales de la vida hospitalaria resultaban surrealistas tras la precisión clínica de la sala de autopsias. Knox y Ava caminaron hacia sus coches en silencio, ambos procesando lo que habían averiguado.

La autopsia confirmaba que la investigación era ahora, casi con toda certeza, la de un asesinato premeditado. El hallazgo de un perfil de ADN era algo positivo, pero a menos que hubiera una

coincidencia en los archivos o que empezaran a hacer pruebas a todo el mundo, distaba mucho de ser un resultado garantizado.

Veinte minutos después, Knox estacionó en la calle principal, cerca de St Joseph's. El equipo había recopilado una lista de personas a las que interrogar. La congregación de Croft era especialmente numerosa, por lo que habían tenido que repartir los interrogatorios entre el equipo.

El primero en la lista de Knox era Greg Barker, un abogado local que era un habitual en la iglesia y un buen amigo de Michael, según les había dicho Isobel.

El despacho de Barker estaba situado en un edificio con fachada de piedra, ubicado entre una panadería y un quiosco. Knox había visitado el lugar hacía unos años para interrogar a uno de los clientes de Barker sobre un divorcio complicado que se había vuelto violento. Desde entonces había tratado con Barker en varias ocasiones, principalmente en la comisaría.

Knox subió las escaleras hasta el despacho, donde le indicaron que tomara asiento en una sala de espera abarrotada. Notó una mancha de humedad en una esquina cuando Barker abrió la puerta de su despacho y lo buscó con la mirada.

—Pase, por favor —dijo, dándole la mano.

El despacho estaba aún más abarrotado que la sala de espera. Barker apoyó una taza de té en su escritorio y cruzó las manos.

—¿Le traigo algo?

Knox negó con la cabeza, con el estómago revuelto ante la idea de comer o beber cualquier cosa.

—Todavía no puedo creer que esto le haya pasado a Michael —musitó Barker.

Knox asintió, sin reaccionar.

—¿Lo conocía bien?

—Bastante bien. Mi mujer y yo somos voluntarios en la iglesia. Anoche fuimos a ver a Isobel. Está destrozada, como puede imaginar.

—Estamos intentando hacernos una idea de la vida de Michael fuera de sus deberes en la iglesia.

Barker se encogió de hombros.

—Casi todas mis interacciones con él fueron por la iglesia. A decir verdad, creo que le ocupaba toda su vida. Era más que un simple predicador: llevaba programas de ayuda a la comunidad, clubs juveniles, daba orientación psicológica... Que yo sepa, le ocupaba todo el tiempo.

—¿Enemigos?

El abogado frunció el ceño.

—¿Michael? Ni hablar.

Knox se inclinó hacia delante.

—¿Mencionó alguna vez que alguien lo estuviera molestando? ¿Quizás alguien de fuera de la iglesia?

Barker negó con la cabeza.

—Nada en absoluto. La mayoría de los dramas por aquí son por el estacionamiento o por los horarios del coro. Si Michael tenía algún problema, se lo guardaba para sí, pero no puedo ni imaginarlo.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—El domingo pasado, después de la misa. Parecía un poco cansado, pero se quedó para hablar con todos los que esperaron. Por lo que pude ver, no parecía que hubiera nada raro.

Knox se levantó.

—Si se le ocurre cualquier otra cosa que pueda ayudarnos, por favor, póngase en contacto conmigo directamente —dijo, entregándole su tarjeta al abogado.

—Por supuesto. Sé que no puede darme muchos detalles, pero ¿fue planeado? ¿Era él el objetivo?

Knox no respondió a sus preguntas.

—Si se le ocurre cualquier cosa… —le repitió, estrechando la mano del abogado antes de salir.

Recorrió el resto de la lista de la misma manera, recibiendo el mismo tipo de respuestas. Todo el mundo hablaba bien de Croft. Compartían pequeñas anécdotas, como un bautizo que había vuelto especial, un funeral llevado con delicadeza o un consejo dado en momentos difíciles.

Nadie podía pensar en una disputa o en alguien que quisiera hacerle daño.

CAPÍTULO OCHO

La lluvia empezó a repiquetear en el parabrisas cuando Knox se alejó de la calle principal esa misma tarde. Mantenía una mano en el volante, dándole vueltas a las lagunas en la información que habían oído. Walsh lo había llamado antes y había organizado que una agente de la brigada de fraudes hablara con él esa tarde en relación a Tucker.

—¿Qué tan cerca de encontrarlo estamos? —preguntó Knox.

—Todavía no hay suerte. Me puse en contacto con su equipo de abogados más temprano, así que espero que tengamos noticias pronto.

La agente de la brigada de fraude ya estaba esperando en la sala de reuniones cuando Knox regresó a la comisaría, completamente empapado tras haber cruzado corriendo el estacionamiento bajo la tormenta que se estaba formando.

Fue al baño y se secó la ropa lo mejor que pudo. La resaca se había disipado, pero seguía con los nervios a flor de piel y recordó que no había comido nada desde el bocadillo de tocino reseco de esa mañana.

Saludó a Ava con la cabeza al volver y se dirigieron juntos a la sala de interrogatorios para reunirse con la agente de la brigada de fraude, que se puso en pie cuando entraron.

—Inspectora Anna Merrick —dijo ella, estrechándoles la mano a ambos.

Knox hizo las presentaciones.

—¿Qué puede contarnos sobre William Tucker?

Anna tenía la cara redonda y pálida, y una melena pelirroja con un flequillo que casi le tapaba los ojos.

—Tres investigaciones anteriores, por desgracia todas sin resultados concluyentes. Como se imaginarán, está respaldado por un equipo de abogados. Hemos estado vigilando la situación con la marina y todavía no nos convence cómo se está financiando. Paga impuestos, aunque una cantidad mínima en comparación con el dinero que creemos que tiene. Estamos esperando que cometa un error, y estoy segura de que tarde o temprano lo hará.

—¿Hay algo que vincule a Tucker con nuestra víctima?

Merrick negó con la cabeza.

—He comprobado lo más evidente, pero no hemos encontrado nada. El nombre de Michael Croft no aparece en ninguno de los archivos o transacciones de Tucker. Incluso he revisado las antiguas investigaciones de fraude inmobiliario en Torquay y Exeter, pero Croft no está por ninguna parte. No por escrito, al menos.

—¿Y qué hay de la marina en sí? ¿Qué les preocupa de ella?

Anna echó un vistazo a sus notas.

—Nada específico. Probablemente no estaría en nuestro radar si no fuera por la implicación de Tucker. Es listo, como les he dicho. El dinero se mueve, pero cuando le exigimos, siempre hay algún tipo de contrato de por medio. Hay algunas sociedades *offshore* vinculadas a él, pero nada que podamos usar para una orden judicial. Seguiré investigando, pero ha sido muy cuidadoso estos últimos años.

—Le agradezco que eche un vistazo. Si algo cambia, avísenos de inmediato.

Anna asintió.

—Serán los primeros en saberlo. Siento no poder ser de más ayuda.

Esa misma tarde, Knox y Ava condujeron por la carretera de la costa hasta Brixham. Danny Morrison, el hombre que había sido despedido recientemente de la marina, vivía en un camping de caravanas sobre el puerto, cuya dirección Ava había conseguido por teléfono.

El camping parecía provisional. Hileras de caravanas descoloridas cubrían el lugar, con algunas sillas de plástico volcadas por el viento ocupando una zona común de hormigón. De una ventana abierta salía un regusto a sal y aceite de freír quemado.

Un hombre joven estaba de pie frente a la caravana en la dirección que tenían. Estaba de espaldas al viento, con los hombros encogidos dentro de una sudadera con capucha descolorida.

—¿Danny Morrison? —preguntó Knox, mostrando su placa antes de que el hombre pudiera responder.

La sonrisa de Danny fue rápida.

—¿En qué puedo ayudarles? —Su mirada se detuvo en Ava más de la cuenta para el gusto de Knox.

Decidió ir al grano.

—Estamos aquí por la muerte en la marina, Danny. ¿Conocía a Michael Croft?

—Es el que ha muerto, ¿no?

—Sí.

—Nunca lo he visto y ya no trabajo en la marina.

—Nos hemos enterado de su despido —dijo Ava.

—Me acusaron injustamente y no pudieron demostrar nada.

Knox asintió, siguiéndole el juego.

—¿Qué tal conoce a William Tucker?

Danny se encogió de hombros, mirando hacia otro lado.

—¿Ese delincuente? No es de los que hablan con gente como yo —dijo. Sus dedos jugueteaban con el borde de la manga. Knox se fijó en un reloj grande que llevaba en la muñeca, cuya correa dorada reflejaba la luz. O era carísimo o una buena imitación de una marca conocida.

—¿Dónde estuvo anoche, Danny?

Danny sonrió burlonamente.

—No lo dirás en serio.

—Lo despidieron, y es evidente que eso le ha afectado. Sería una buena forma de vengarse, de intentar destruir la reputación de la marina.

El hombre volvió a sonreír.

—Cristo. Me atraparon robando un poco de combustible, eso es todo. No fui el primero, ni seré el último. No voy a matar a alguien por un trabajo en el que no pagan ni el salario mínimo.

Knox mantuvo un tono neutro.

—¿Vio alguna vez a Michael Croft hablando con Tucker?

Danny negó con la cabeza.

—Ya le he dicho que ni siquiera conozco a ese tipo.

—¿Y qué me dice de la actividad nocturna? —preguntó Ava.

—¿Qué es esto? ¿Por qué me están interrogando?

—Estamos hablando con todas las personas relacionadas con la marina.

Danny volvió a negar con la cabeza.

—La mayoría de las noches, si hay alguien por ahí, suelen ser los dueños de los barcos. Si quieren saber quién entra y sale tarde a la noche, pueden preguntarle al vigilante nocturno. O miren sus cámaras —sacó un paquete de chicles del bolsillo, tomó uno y se lo metió en la boca—. Eso es todo lo que sé.

Knox asintió, le entregó una tarjeta y se preguntó a sí mismo con cuánta gente más de la iglesia o de la marina tendría que hablar antes de obtener algo de información que valiera la pena.

Volvieron a la comisaría sin hablar demasiado. La carretera estaba resbaladiza por la lluvia de la tarde. Knox mantuvo la vista al frente, repasando mentalmente las entrevistas. No tenían móvil ni un sospechoso claro.

Cuando entraron en el estacionamiento, a Knox le había vuelto el dolor de cabeza y estaba deseando dejar el día atrás.

—Hay alguien que quiere verlo —dijo el sargento de servicio mientras pasaban por el control de entrada—. Lo he metido en la sala de interrogatorios tres.

Knox sintió cómo se le agotaban las fuerzas y ya estaba contando el tiempo que faltaba para poder recuperar el sueño perdido.

—¿Quién es?

—Es William Tucker, señor.

CAPÍTULO NUEVE

Pocos minutos después de llegar, Knox y Ava se sentaron frente a William Tucker en la sala de interrogatorios. Tucker sonrió y apoyó ambas manos sobre la mesa. Llevaba un traje oscuro hecho a medida y un pesado reloj de oro que reflejaba la luz fluorescente.

Rechazó la oferta de un abogado con un gesto despreocupado de la mano.

—Nada de eso es necesario. Solo estoy aquí para ayudar en lo que pueda.

Ava se encargó de las formalidades antes de preguntarle a Tucker dónde había estado la noche que murió Croft. Tucker no vaciló.

—En Mónaco. Salón náutico, tres días —hizo una pausa y dejó que sus dedos tamborilearan una vez sobre la mesa—. Reuniones, cenas, el circuito habitual. Puedo darles nombres y números telefónicos, ya que mi asistente lo tiene todo archivado. No volví hasta última hora de la tarde del día siguiente.

—Ha oído usted, obviamente, sobre el asesinato que tuvo lugar en el puerto deportivo —dijo Knox.

Tucker asintió, solemne.

—Por supuesto. Terrible.

—¿Conocía a la víctima, Michael Croft?

Tucker no intentó ocultar nada.

—Nos cruzábamos a menudo. Voy a St Joseph's cuando estoy en la ciudad. Era un gran hombre, hizo mucho por la comunidad.

—¿Alguna idea de quién podría haber querido hacerle daño?

Tucker negó con la cabeza.

—Estoy tan conmocionado como todo el mundo. No puedo creer que alguien quisiera hacerle daño a Michael.

—Una muerte como esta no puede ser buena para el puerto deportivo —comentó Knox.

Por un instante, la expresión de Tucker se endureció antes de suavizarse.

—Terrible para el negocio, sí. Pero ha muerto una persona, y eso es lo primero.

Insistieron para obtener más detalles sobre la relación de Tucker con Croft y los movimientos recientes del hombre. Siguió cooperando, pero no reveló más de lo necesario. Knox se planteó sacar a relucir los cargos de fraude anteriores en su contra, pero no le pareció el momento adecuado. En su lugar, le mostró las imágenes de la figura encapuchada captada por la cámara, pero Tucker negó rápidamente con la cabeza.

—¿Qué puede decirme de Danny Morrison? —preguntó Knox.

Tucker frunció el ceño como si intentara recordar el nombre.

—Morrison. Creo que tuvimos que despedirlo. Un hurto. Me temo que no me involucro demasiado en la gestión diaria del puerto deportivo en ese sentido. Bien, si no hay nada más, tengo que volver.

Tucker se puso de pie, abrochándose ya el abrigo.

—Si necesitan algo más, ya saben dónde encontrarme.

Knox le hizo un gesto a Ava para que acompañara al hombre a la salida.

—Su coartada parece sólida —dijo ella cuando regresó.

Knox estuvo de acuerdo. Habían entrevistado a mucha gente que conocía a Michael Croft. Nadie parecía tener nada malo que decir de él, y nada en sus relaciones sugería algo que pudiera llevar a alguien a querer matarlo.

Una vez más, Knox se preguntó si simplemente había estado en el lugar equivocado en el momento equivocado, y si el asesino le habría quitado la vida a cualquiera que hubiera estado allí esa noche.

UNA HORA MÁS TARDE, mientras conducía por las estrechas calles de Topsham, Knox se preguntó si la investigación avanzaría en algún momento. Había trabajado en algunos casos como este en el pasado, cuando estaba en la Met: asesinatos brutales y aislados en los que nunca habían encontrado al culpable. Podía recordar el nombre de cada víctima, y los familiares aún vivían con las secuelas de lo que les había ocurrido a sus seres queridos. Pensó en Isobel Croft y deseó que ella no se uniera a esa lista.

Dylan ya estaba esperándolo cuando llegó a casa, debido a que Lucy lo había dejado antes. El perro corrió hacia la puerta cuando él entró, sus uñas repiqueteando en el suelo del pasillo. Knox colgó el abrigo y, apenas se pudo acomodar, Dylan le dio un empujoncito en la pierna, moviendo la cola con expectación.

—Debería haberte adiestrado mejor —murmuró Knox, pero aun así le rascó la cabeza al perro, que ladeó la cabeza como si pudiera entenderlo y siguió a Knox a la cocina. Él abrió una botella de vino casi sin pensar.

Llenó una copa y encendió la televisión para tener un ruido de fondo. El vino fue un alivio instantáneo, y se encontró mirando fotos antiguas en su teléfono de sus padres en alguna playa olvidada, y de Caleb en una barbacoa de verano. Era difícil creer que estuviera solo, pero le costaba apartarse de todo.

El vino le pesaba en el estómago. Se había dicho a sí mismo que solo tomaría una copa, pero pronto la botella se acabó y él se detuvo en una foto de Caleb poco antes de morir. Estaba sentado en ese mismo sofá, con Dylan tumbado en su regazo. En ese momento, Caleb acababa de volver a su vida, y la foto había sido tomada unos días antes de que Knox lo llevara al centro de rehabilitación. Al mirarla ahora, pudo ver la infelicidad en los ojos de Caleb y se preguntó si él mismo tendría ahora la misma mirada.

La culpa se abrió paso como una marea. Él había estado trabajando en Dartmoor cuando Caleb abandonó el centro de rehabilitación y regresó a Londres. Si tan solo hubiese estado allí…

Intentó acallar los pensamientos negativos mientras marcaba el antiguo número de Caleb, un ritual que había desarrollado en sus momentos más oscuros. El mensaje automático era el mismo: «El número que ha marcado no está operativo». Pero lo escuchó de todos modos, imaginando la voz de su hermano en lugar de la grabación mecánica.

La cabeza de Dylan apareció por el umbral de la cocina, observando a Knox con sus oscuros e inteligentes ojos. Soltó un ladrido seco que de alguna manera lo trajo de vuelta al presente y se acercó al sofá.

—Tienes razón —dijo, revolviéndole el pelo de la cabeza al perro antes de apagar la televisión.

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Knox se despertó con la boca seca y un dolor de cabeza palpitante. Dylan daba vueltas con la correa en la boca, así que se vistió sin mirarse en el espejo y salió al aire fresco.

Caminaron hasta el río, pero el perro zigzagueaba por delante. La playa estaba casi desierta, a excepción de las gaviotas y el lejano sonido del motor de un barco. Knox siguió la orilla y sus botas dejaron huellas superficiales en la arena húmeda. El aire frío no le alivió el dolor de cabeza, pero el ritmo de la caminata le ayudó a despejar un poco la mente.

Al cabo de unos minutos, notó a un hombre que estaba más adelante en el sendero. Llevaba el abrigo con la cremallera subida hasta la barbilla y las manos hundidas en los bolsillos. El hombre lo observaba sin siquiera disimularlo. Knox apartó la vista y siguió caminando, diciéndose a sí mismo que no era nada más que una paranoia fruto de beber demasiado y dormir poco, pero la sensación persistía.

Knox continuó su recorrido, en el que Dylan volvía a su lado de vez en cuando para rozarle la mano con el hocico. La superficie del río reflejaba el cielo pálido, y los juncos susurraban con la brisa.

Intentó centrarse en cosas sencillas: el crujido de sus botas, el chapoteo de Dylan al perseguir a una gaviota, el olor a salitre y a tierra húmeda, pero su mente estaba en otra parte. En sus padres y en Caleb, en Michael Croft y en su viuda afligida.

Cuando se dio la vuelta hacia el estacionamiento, el hombre seguía allí, apoyado en la barandilla cerca del final del sendero. El desconocido había elegido un mal momento para molestarlo. Sin embargo, una vez que Knox se le acercó, el hombre caminó directamente hacia él. Se movía con determinación, con los ojos fijos en él en lugar de en el paisaje.

Su instinto de detective, empañados por la resaca, finalmente se activó. Llamó a Dylan y le puso la correa.

—¿Puedo ayudarte?

El hombre se detuvo a unos metros y sacó una billetera, manteniéndola abierta.

—Inspector Jefe Mark Lane, de la Policía Metropolitana. Tenemos que hablar.

CAPÍTULO DIEZ

El único sitio abierto a esa hora era el Driftwood Café, un local que servía a la guardia nocturna del puerto y al pescador ocasional que salía antes del amanecer. Knox empujó la puerta y la campanilla resonó con estridencia en el espacio vacío. El dueño lo saludó con un gesto de cabeza y se fue detrás de la barra para preparar café.

Dylan se mantuvo pegado a Knox, receloso y sin quitarle el ojo de encima al Inspector Jefe Lane antes de acomodarse debajo de la mesa una vez que su amo bajó una mano para rascarle las orejas.

Lane miró al perro con una media sonrisa.

—¿Siempre se comporta así con los desconocidos?

Knox se encogió de hombros.

—Se fía de su instinto —dijo, y miró por la ventana veteada de salitre. La marea justo empezaba a subir y arrastraba vetas de espuma por el puerto. En el agua, las primeras luces del día revelaban barcos que se movían lentamente contra la corriente y sus cascos golpeaban contra los pontones.

El dueño dejó dos tazas en la mesa y se retiró, dejándolos en un rincón tranquilo con vistas al agua. Lane sopló el café y luego sacó un pequeño cuaderno.

—Estoy aquí en una investigación encubierta sobre las líneas fronterizas del condado —dijo, como si esa fuera toda la explicación

necesaria.

—¿Mis superiores están al tanto? —preguntó Knox.

—Hasta cierto punto.

—¿Y esto qué tiene que ver conmigo?

—Usted interrogó anoche a William Tucker. Está metido en cierta medida. No es un pez gordo, pero conoce a gente que sí lo es. Les cubre las espaldas de vez en cuando. Dinero, quizá espacio de almacenamiento en el barco adecuado.

Knox observó cómo cambiaba la luz en el agua, el borde rosado del amanecer rompiendo contra la marea.

—¿Así que lo están vigilando?

—He leído su expediente. Sabe cómo es esto. Meses sin progreso y, de repente, tres cosas a la vez. Mi jefe lo llama "paciencia con propósito", pero la mayor parte del tiempo no es más que pasarse el día en estacionamientos sacando fotos a matrículas.

Knox bebió un sorbo y se calentó las manos con la taza.

—Bien, entiendo todo esto, pero ¿qué quiere de mí?

La disposición afable de Lane cambió ligeramente.

—Quiero que afloje con Tucker. Tenemos aviso de una entrega importante para cualquiera de estos días y no queremos asustar a los implicados.

Knox ya se había encontrado con este tipo de enfoque antes: oficiales de alto rango que pensaban que su trabajo era más importante que el de los demás.

—Ha dicho que ha leído mi expediente —dijo Knox—. Así que comprenderá que no voy a echarme a un lado en mitad de una investigación por asesinato.

La máscara amistosa de Lane se cayó por completo. Se inclinó hacia delante, apretando los dedos alrededor de la taza.

—Déjeme aclarar las cosas: mi operación lleva en marcha ocho meses. Ocho meses de trabajo minucioso.

Knox entendió que probablemente se trataba de algún tipo de prueba, pero el subterfugio le parecía un poco innecesario.

—Por supuesto que no voy a interponerme en su camino a propósito. Por ahora, Tucker no es un sospechoso activo.

Lane estudió a Knox durante un largo momento y luego asintió con rigidez.

—Se lo agradezco.

—¿Cree que el asesinato está relacionado con la operación de las líneas fronterizas?

El hombre se encogió de hombros, suavizándose un poco.

—Michael Croft no es familiar para nosotros. Podría ser que el asesinato fuera un mensaje para Tucker pero, como ya he dicho, en realidad no está implicado directamente.

Knox asintió.

—Si averiguamos algo, se lo haré saber.

Lane se puso en pie.

—Bueno, con ese espíritu de cooperación, le enviaré un archivo antes del mediodía. Le agradecería que me avisara si necesita hablar con alguien de esa lista.

No esperó respuesta; solo asintió con la cabeza y se marchó.

Knox fue a casa a ducharse y cambiarse antes de dejar a Dylan en casa de Lucy. El intercambio fue tan incómodo como la vez anterior. Abrió la puerta con su ropa de trabajo, unos pantalones prácticos y un jersey que había visto días mejores. Su sonrisa fue automática, pero la tensión entre ellos era evidente.

Knox dudó, buscando las palabras que pudieran salvar la creciente distancia que se abría entre ellos.

—Lucy, sobre la otra noche…

—No pasa nada —dijo ella rápidamente—. Estabas cansado. Por el caso y todo eso —miró a Dylan, que movía la cola y tenía el hocico levantado para reclamar atención—. Es solo que… a veces me preocupo por ti, Jacob. Por cómo te cierras cuando las cosas se ponen difíciles.

Knox no supo qué responder.

—Lo estoy intentando.

La voz de Lucy se suavizó.

—Pues esfuérzate más, ¿sí? Por el bien de los dos —dio un paso atrás, lista para cerrar la puerta—. Te veo esta noche.

La puerta se cerró con un suave clic. Knox regresó a su coche lentamente, preguntándose si, a pesar de sus palabras, las cosas entre ellos no se habían distanciado demasiado como para poder arreglarse.

En la comisaría, Knox encontró a la Inspectora Jefe Helen Grant en su despacho. Ella le hizo un gesto para que entrara sin siquiera levantar la vista mientras sus dedos tecleaban en el ordenador. Su escritorio estaba quirúrgicamente ordenado, cada papel en su lugar designado. Se conocían desde sus días en la Met, aunque ella había aprendido a navegar por la política mejor que él.

Finalmente, ella levantó la vista y señaló la silla.

—Supongo que ya has conocido al Inspector Jefe Lane.

Knox se sentó, buscando cualquier atisbo de irritación en su expresión.

—Debería haberlo sabido antes.

—¿Qué quieres, una disculpa? —dijo ella, con un deje de incredulidad en la voz—. Ahora lo sabes. Solo te pido que cooperes, eso es todo. Quién sabe, podría ser útil.

La mujer de inmediato volvió a enfocarse en su ordenador, dando claramente por terminada la conversación. Knox se marchó con la sensación de que lo habían manejado en lugar de consultado, algo que ya había soportado demasiadas veces.

Encontró al equipo en la sala de operaciones. Ava estaba encorvada sobre una pila de archivos, y Walsh revisaba una maraña de registros telefónicos y hojas de cálculo.

—Las coartadas de Tucker cuadran. Vuelos, reservas de hotel, transacciones con tarjeta. Es cierto que estaba en Mónaco la noche que murió Croft —dijo Walsh—. Las cámaras de seguridad del aeropuerto lo confirman. Nada fuera de lugar, a menos que tenga un gemelo del que no sepamos nada.

Knox ojeó el archivo mientras una notificación parpadeaba en su teléfono. Era un correo electrónico del Inspector Jefe Lane, con el asunto marcado como urgente. Lo abrió y echó un vistazo al documento adjunto, que era básicamente una lista de nombres con

los que no debían hablar. Un segundo archivo le dio una idea de la envergadura de la operación, que era mayor de lo que había esperado.

Knox se sentó en su escritorio y abrió los adjuntos de Lane en su ordenador. El primer documento era una cronología de dieciocho meses de llamadas interceptadas, fotos de vigilancia y transacciones financieras. Una imagen mostraba un Land Rover embarrado estacionado en un camino sin salida cerca de Budleigh Salterton, con las lunetas traseras tintadas de negro. Otra captaba a dos hombres dándose la mano frente a un pub en Sidmouth, con ambos rostros cuidadosamente rodeados con tinta roja.

El rastro del dinero era más complejo. Ingresos en efectivo en cuentas vinculadas a empresas fantasma, todo cuidadosamente canalizado para permanecer por debajo de los límites de declaración. El nombre de Tucker aparecía repetidamente; no como cabecilla, sino como lo que las notas de Lane denominaban "un facilitador". El dinero pasaba por las cuentas de Tucker, había propiedades vinculadas a sus empresas y existían referencias regulares al "hombre del puerto deportivo" en las llamadas telefónicas interceptadas. Eso le sugería que quizá Tucker fuese un pez más gordo de lo que Lane daba a entender.

Una transcripción llamó la atención de Knox. Dos voces, grabadas tres semanas antes:

Voz A: «Hay que mover la entrega del jueves».

Voz B: «El del puerto deportivo tiene lugar. Tarifa habitual».

Voz A: «¿Limpio?».

Voz B: «Con él siempre lo está. Sabe cómo llevar las cosas con discreción».

Knox se quedó mirando la transcripción, preguntándose si "llevar las cosas con discreción" se había extendido a silenciar a un vicario que había hecho demasiadas preguntas. Otra conversación, fechada solo dos semanas antes de la muerte de Croft, era aún más intrigante:

Voz A: «He oído que ha habido alguien husmeando por los barcos».

Voz B: «¿Problemas locales?».

Voz A: «No es la policía. Un civil. El del puerto deportivo dice que se encargará».

Voz B: «¿Como la última vez?».

Voz A: «Si es necesario».

Tomó notas mientras leía, deteniéndose en cada detalle. Un mapa marcaba los puntos de entrega previstos, con chinchetas agrupadas a lo largo de tramos de playa abierta y arroyos boscosos. Algunos eran lugares por los que había paseado a Dylan; otros, sitios que había investigado cuando era un joven agente al atender denuncias de contrabando de los pescadores locales.

Los registros financieros mostraban que las empresas de Tucker habían recibido pagos por un total de más de doscientas mil libras en el último año, todo cuidadosamente estructurado para evitar informes de actividades sospechosas. El dinero procedía de empresas fantasma con domicilio social en las Islas Caimán y Gibraltar. Knox reconoció el patrón de sus días en la Met: negocios legítimos utilizados como tapadera, con la actividad real justa para cubrir el dinero ilegal que fluía a través de ellos.

Lane había insistido en que Michael Croft no había estado en su radar, pero ¿y si hubiera estado implicado de alguna manera?

Knox compartió la información con el equipo. Extendió impresiones y mapas sobre la mesa, explicándoles el trabajo de inteligencia de Lane.

—Me acabo de enterar de esto hoy —dijo, como si tuviera que defenderse.

El equipo se tomó un tiempo para analizar lo que se les mostraba.

—Algunos de estos puntos de entrega están a poca distancia de donde vivía Croft. Si daba sus paseos habituales por el sendero costero… —dijo Ava.

—Según el Inspector Jefe Lane, Croft no estaba en su radar, pero eso no significa que no debamos investigarlo más a fondo para ver si hay alguna coincidencia. Cualquier cosa que lo sitúe cerca de esta gente, de estas rutas, de estas transacciones.

Esperó a que hubieran asimilado los archivos antes de volver a hablar.

—Esta investigación sigue girando en torno a Croft; todo lo demás es secundario. Solo lo seguiremos si atañe a su asesinato. Nuestro trabajo es encontrar a quien lo mató.

Les dio a Ava y a Walsh sus órdenes.

—Echemos un vistazo más de cerca a los registros de Croft, tanto personales como de la iglesia. Busquen cualquier indicio de que consumiera drogas o de que estuviera relacionado con alguien que pudiera hacerlo. Repasen sus llamadas, visitas al hospital, cualquier cosa que no encaje en su rutina habitual. Quiero que se justifique cada cabo suelto.

Ava asintió, ya buscando los informes de los pacientes de Croft de los médicos de cabecera locales y del hospital. Walsh empezó a pasar nombres por el PNC para buscar conexiones ocultas, cruzando la cronología de la operación de drogas con los movimientos de Croft en sus últimas semanas.

Knox estudió de nuevo las transcripciones en búsqueda de cualquier mención a un vicario, una iglesia, cualquier cosa que pudiera explicar por qué Michael Croft había acabado boca abajo en el puerto deportivo de Exmouth. Existía el riesgo de que simplemente estuvieran perdiendo el tiempo, pero por ahora valía la pena correrlo.

Hacia el final del día, Knox recibió un correo electrónico del laboratorio forense informando de que el perfil de ADN de debajo de las uñas de Croft no había arrojado ninguna coincidencia en el sistema. Fue un golpe, pero no una sorpresa.

Compartió los resultados con el resto del equipo antes de mandarlos a casa por el día. Todo seguía en el aire, pero había una sensación de optimismo de que el día siguiente podría traerles algo nuevo.

Una hora más tarde, mientras subía a su coche, el Inspector Jefe Lane le envió un mensaje solicitando que se reunieran a la mañana siguiente en Budleigh Salterton. Lane era su superior, así que no tenía opción de negarse. Knox solo esperaba que lo que fuera que el Inspector Jefe tuviera que compartir le ayudara a encontrar al asesino de Michael Croft.

CAPÍTULO ONCE

Knox se despertó a la mañana siguiente con el mismo dolor de cabeza sordo que lo había perseguido toda la semana. Se duchó y se vistió en silencio, y Dylan lo observó desde los pies de la cama hasta que llegó la hora de irse.

Dejó al perro en casa de Lucy, que estaba conversando con otro cliente de su guardería canina, así que no tuvieron tiempo de hablar. Intercambió una breve mirada con ella antes de marcharse en el coche, preguntándose si al final habría conseguido estropear las cosas entre ellos.

Se reunió con el Inspector Jefe Lane en un tramo de la costa al este de Budleigh Salterton, donde los acantilados rojos se abrían en una cala estrecha. La marea estaba baja y dejaba al descubierto una franja de guijarros oscuros y algas. El viento soplaba desde el mar, trayendo consigo el olor a salitre. Knox se subió la cremallera de la chaqueta y escaneó la ensenada mientras buscaban un lugar resguardado del viento, con los guijarros moviéndose bajo sus pies.

Lane miró hacia la línea baja de las olas.

—Vigilamos esta ensenada todas las semanas, pero siempre está vacía hasta que se corre la voz. Pocos de los lugareños se molestan en bajar hasta aquí. Es demasiado tranquilo y está demasiado lejos de cualquier sitio donde quisieras estar una vez que llega la noche.

Knox observó a un cormorán sobrevolar el agua a ras, antes de volverse hacia Lane con la decisión tomada de compartir información con él con la esperanza de obtener algo a cambio.

—El ADN que encontramos debajo de las uñas de Croft no ha arrojado ninguna coincidencia.

Lane negó con la cabeza, su vista fija en la curva de la playa.

—La mayoría de las veces, si un asesinato está relacionado con las redes de narcotráfico en las líneas fronterizas, ya tenemos fichada a la mitad de la gente implicada. Créame, lo hemos comprobado: Croft no está metido en eso.

Permanecieron en silencio un momento, con el sordo rugido del mar llenando el espacio entre ellos. El cielo se había aclarado hasta adquirir un tono gris pálido y la marea subía, engullendo las piedras de la orilla.

—¿Por qué estamos aquí, entonces?

—Quería compartir este lugar con usted. Nuestra información sugiere que habrá una entrega aquí en el próximo día o dos. Posiblemente esta misma noche.

—¿Quiere nuestra ayuda?

—No exactamente. Solo que mantengan la distancia.

Knox se rio. Supuso que, a su manera, Lane intentaba ser amable. No tenía por qué compartir la ubicación con él. Era una especie de gesto de buena voluntad, aunque el mensaje claro era que no debía interferir.

—Haremos todo lo posible. Ahora, si no le importa, tengo una investigación de asesinato de la que ocuparme —dijo, y Lane sonrió en respuesta. Luego, Knox se marchó.

KNOX PARÓ en una gasolinera por un café y evitó la tentación de los bocadillos de tocino. Se sentó en el coche, y estaba observando cómo la lluvia rebotaba en el parabrisas en tanto se preguntaba qué quería realmente el Inspector Jefe Lane de él, cuando recibió una llamada de Walsh.

—Señor, acabamos de encontrar unas compras interesantes relacionadas con Michael Croft. Son recientes. Hay una furgoneta

registrada a su nombre y algunas facturas relacionadas con obras de renovación en la iglesia, también a su nombre.

Knox frunció el ceño.

—¿De qué cifras estamos hablando?

—Las cifras de las obras de la iglesia son mucho más altas de lo que se esperaría para una parroquia pequeña, y es raro que provengan de la cuenta personal de Croft, ¿no cree? Tengo un contacto en la empresa de construcción, Jack Harper.

—De acuerdo, envíame los datos.

Knox condujo hasta las afueras de la ciudad, siguiendo las indicaciones hasta un pequeño taller deteriorado en un local industrial tranquilo. El letrero sobre la puerta decía *Harper Building Services*, con la pintura borrada y picada.

Golpeó la puerta y esperó. Al cabo de un momento, se abrió con un crujido y apareció un hombre fornido vestido con un mono azul.

Knox le enseñó su placa.

—Inspector Knox. ¿Es usted Jack Harper?

El hombre asintió.

—Me dijeron que vendría. ¿En qué puedo ayudarle?

—Estamos investigando unas obras recientes en la iglesia de St Joseph.

Harper se limpió las manos con un trapo.

—Como le dije a su compañero, todo fue legal. Hay contratos firmados y facturas enviadas. Si las cifras no cuadran, es un error en el papeleo.

—¿Trató directamente con Michael Croft sobre esto?

Harper frunció el ceño.

—Obviamente sé lo que le pasó. Sí, tratamos directamente con él.

—¿No percibió nada raro? Le pagó desde su cuenta personal.

—El dinero es dinero.

—¿Tuvo algún problema con el señor Croft? ¿Algún problema en la obra, como retrasos o disputas?

Harper negó con la cabeza.

—Nada digno de mención. Los contratiempos habituales, pero nada grave. Todos querían que el trabajo se hiciera rápido e hicimos

lo que pudimos. He tenido proyectos mucho peores.

Knox le entregó su tarjeta.

—Por si se le ocurre algo más.

Harper tomó la tarjeta sin mirarla, con los ojos todavía fijos en él.

—De acuerdo, agente.

Knox regresó al coche.

PASÓ la tarde realizando un análisis forense de las finanzas de Michael Croft, y cada vez salían a la luz más discrepancias. Era el tipo de dinero que no cuadraba con lo que el vicario ganaba a través de la iglesia.

Compartió los detalles con la sargento Merrick del equipo de fraude, quien confirmó, tras un vistazo superficial, que las cifras eran "interesantes", en sus propias palabras.

Podría no ser nada, pero por primera vez desde que comenzó la investigación, Knox pensó que estaban logrando algunos avances. No parecían haber progresado mucho más cuando él se fue de la comisaría a las ocho de la tarde, pero aún esperaba que las cifras en la cuenta de Croft los llevaran a alguna parte.

Sin embargo, esa esperanza ya se estaba desvaneciendo cuando llegó a casa de Lucy. Lo vencían el cansancio y el hambre, y su resaca regresaba inoportunamente a esas horas del día. Lucy lo esperaba, envuelta en un grueso abrigo, y sonrió al verlo.

—¿Te apetece que demos un paseo? —preguntó en voz baja.

Knox supo que no podía negarse, por mucho que su casa y su cama lo llamaran. El cielo estaba de un intenso color gris, y el lejano sonido de las olas rompiendo suavemente en la orilla se oía en el aire quieto mientras caminaban por los campos que rodeaban la propiedad de Lucy.

Dylan trotaba por delante, desapareciendo de vez en cuando en el bosque para reaparecer de la nada más adelante.

La mano de Lucy rozó brevemente la suya mientras bordeaban el cabo, apoyándose en él para no perder el equilibrio por una ráfaga de viento repentina. Hablaron de su día y, por un brevísimo instante, no hubo investigación de asesinato, ni hermano y padres muertos,

solo Lucy y Dylan. Knox pensó que sería feliz si las cosas pudieran quedarse así durante bastante tiempo.

Treinta minutos después regresaron a la casa, y ambos se quedaron perdiendo tiempo fuera como si estuvieran en una primera cita.

—¿Quieres quedarte esta noche? —dijo Lucy.

Se echaron a reír justo cuando el teléfono de Knox vibró, pero la incomodidad y la tensión en sus risas eran demasiado evidentes.

—Lo siento —dijo él, mirando la pantalla. Era una alerta de la comisaría. Habían encontrado otro cadáver.

Levantó la vista hacia Lucy.

—Lo siento muchísimo. Tengo que irme.

CAPÍTULO DOCE

Knox se apartó de Lucy con el teléfono pegado a la oreja. La voz del sargento de guardia sonaba directa y al grano.

—Hemos recibido una llamada anónima hace veinte minutos. Un cadáver en la playa, al este de Budleigh Salterton. El informante no ha querido dar su nombre, pero la ubicación es específica. Horseshoe Cove, junto a las piscinas naturales. El primer agente en llegar ha encontrado un cuerpo, un varón. Es todo lo que sé, señor.

A Knox lo invadió un subidón de adrenalina. Era la misma ensenada donde se había reunido con Lane esa mañana, donde habían hablado de playas tranquilas y entregas de droga.

—Ya voy en camino —dijo Knox, dirigiéndose ahora hacia su coche.

Lucy lo observaba desde la puerta, con Dylan a sus pies.

—Lo siento —repitió él.

—Lo sé —dijo ella en voz baja—. Solo... ten cuidado.

Se metió en casa y la puerta se cerró con un suave chasquido. Knox alcanzó a ver la mirada triste de Dylan.

El trayecto hasta Horseshoe Cove duró cuarenta minutos por carreteras estrechas que serpenteaban entre altos setos. Conducía más rápido de lo que debía y, cada pocos minutos, miraba el móvil en el asiento del copiloto. Se planteó llamar a Lane, pero sospechaba que el Inspector Jefe ya estaba al tanto.

Knox pensó en la cara de Lucy cuando él se alejó, en lo bien que había ido todo esa noche, solo para que volviera a torcerse.

La carretera de la costa era traicionera de noche. Una rama caída lo obligó a dar un volantazo y sus neumáticos lucharon por agarrarse al asfalto mojado. La radio crepitó con las novedades desde la escena del crimen: la marea subía rápido, el acceso era difícil, los agentes solicitaban más equipos de iluminación. Knox pisó el acelerador a fondo, consciente de que, en condiciones como aquellas, perdían pruebas con cada minuto que pasaba.

Agarró el volante con más fuerza al pensar en la conversación de esa mañana con Lane. La coincidencia era demasiado obvia como para ignorarla: o tenían la peor suerte del mundo, o alguien les estaba enviando un mensaje muy deliberado.

Knox estacionó en el *parking* de la cima del acantilado, ya abarrotado de vehículos policiales y la furgoneta blanca de la Policía Científica. Habían instalado focos portátiles a lo largo del empinado sendero que bajaba a la ensenada, cuya luz intensa rasgaba la lluvia y creaba marcadas sombras en la pared de roca. El descenso parecía traicionero.

Un sendero angosto zigzagueaba entre piedras sueltas y tramos de hierba resbaladiza. Abajo, más luces iluminaban la playa como si fuera el plató de una película. El equipo de la Científica se movía con cuidado alrededor de una forma oscura sobre la playa de guijarros. Toda la escena tenía un aire sobrenatural: la remota ensenada, de repente resplandeciente por la luz artificial, mientras el mar rompía, invisible, en la oscuridad del fondo.

Ava salió de la furgoneta de la Científica, subiéndose un pantalón impermeable. Alzó la vista cuando Knox se le acercó y el rostro de la mujer lucía sombrío bajo el resplandor del foco.

—El sendero es un infierno con este tiempo, dos uniformados ya se han resbalado. La Científica dice que la marea sube rápido, así que tal vez nos quede una hora antes de que contamine la escena.

Le extendió una linterna de repuesto. El descenso era aún peor de lo que parecía. Knox siguió a Ava por el estrecho sendero, con una mano en la cuerda guía que alguien había tendido a lo largo de la pared del acantilado y la otra agarrando la linterna. La lluvia había

convertido el camino en un arroyo, pues el agua caía en cascada sobre rocas sueltas y partes de caliza expuesta que se desmoronaban bajo sus pies. La cuerda ya estaba resbaladiza por el agua y el agarre de los que habían bajado antes, y ofrecía mínima seguridad contra la traicionera superficie.

Knox sintió dos veces que los pies le resbalaban sobre la superficie escurridiza, pero logró mantener el equilibrio justo a tiempo. Detrás de ellos, uno de los agentes uniformados no tuvo tanta suerte; oyó la maldición seca y el raspar de unas botas contra la piedra cuando el hombre cayó con fuerza, deslizándose varios metros antes de conseguir detenerse.

—¿Estás bien? —le gritó Ava sin dejar de bajar con cuidado.

—Sí —llegó la respuesta del agente, sin aliento.

A medida que descendían, Knox pudo ver más detalles de la escena que se desarrollaba abajo. El equipo de la Científica trabajaba bajo el intenso resplandor de las luces portátiles, y ya se podía distinguir la silueta oscura de la víctima en la playa, cerca de la marca de la pleamar. Quienquiera que hubiera dejado el cuerpo allí conocía las mareas y sabía exactamente cuánto tiempo disponían antes de que el mar reclamara su territorio.

El sonido del mar se volvió más fuerte al llegar a la playa, y se oía el choque apremiante de las olas contra la piedra hablaba de una marea que subía rápida y con fuerza. Cada ola parecía llegar un poco más lejos en la playa, y las salpicaduras de agua salada atrapaban la luz y proyectaban sombras salvajes contra la pared del acantilado.

A mitad de camino, a Knox le llamó la atención la urgencia en los movimientos del equipo de la Científica. Trabajaban con eficacia, con los flashes de las cámaras disparándose en rápida sucesión a medida que tomaban las medidas. El Inspector Jefe de la investigación levantó la vista cuando Knox y Ava se acercaron, y gritó por encima del viento y las olas.

—Tenemos unos treinta minutos antes de que el agua llegue al cuerpo. Después de eso, perderemos la escena por completo.

Incluso mientras el Inspector hablaba, Knox podía ver la oscura línea de agua arrastrándose cada vez más cerca sobre los guijarros.

Lo que había sido playa seca cuando llegó el equipo, estaba ahora a solo cuarenta metros del cadáver. El fotógrafo de la Científica trabajaba frenéticamente, capturando la escena desde todos los ángulos en tanto dos técnicos recogían muestras de los alrededores.

Minutos después, las cosas empeoraron.

—Bueno, se acabó —gritó el Inspector Jefe de la investigación cuando una ola más grande lanzó espuma hacia sus pies—. O nos lo llevamos ahora o la marea se lo tragará todo.

Cuatro agentes levantaron el cuerpo sobre una camilla, moviéndose con una prisa cuidadosa por el traicionero sendero. Knox observó cómo la oscura figura desaparecía entre el resplandor de los focos de arriba, con la certeza de que podrían haber perdido pruebas cruciales.

La subida por el acantilado pareció el doble de larga que la bajada y, cuando llegó al estacionamiento, los pulmones le ardían. El equipo de la Policía Científica había montado un área de examen temporal junto a su furgoneta, con unas luces portátiles y un toldo de lona que ofrecían algo de protección contra la lluvia. El cuerpo yacía sobre una mesa de metal, que aún tenía algas adheridas a la ropa, y el agua que caía formaba un charco en el suelo.

Knox se puso el mono de papel y los guantes que Ava le entregó, pero el fino material se humedeció al instante por la lluvia que calaba a través del toldo. El ritual familiar de enfundarse el traje siempre se sentía como cruzar un umbral.

Sus manos, todavía frías y rígidas por la subida, torpearon un poco con los guantes de látex, pero se obligó a concentrarse. Lo que fuera que estuvieran a punto de descubrir, estaba relacionado con la investigación de Croft. La ubicación por sí sola ya lo garantizaba.

El fotógrafo de la Policía Científica se hizo a un lado cuando Knox se acercó a la mesa, permitiéndole ver por primera vez con claridad el rostro de la víctima. A pesar de los daños causados por el agua salada y las rocas, Knox lo reconoció de inmediato. Sus rasgos eran inconfundibles.

—Danny Morrison —dijo, fijándose en el guijarro que la víctima aún aferraba en la mano.

CAPÍTULO TRECE

El hombre estaba encorvado en la penumbra del ático y el techo abuhardillado lo oprimía como el peso de la noche. Una única bombilla parpadeaba y proyectaba sombras sobre el abarrotado escritorio que estaba lleno de tablas de mareas, un teléfono de prepago y otro guijarro oscuro y liso que refulgía como un ojo que no parpadea.

La muerte del proveedor lo perseguía y aún lo sentía, no en la sal de la piel, sino en el dolor tras las costillas.

El último suspiro de Danny Morrison había sido rápido, boca abajo en las aguas poco profundas de la ensenada, con el guijarro apretado en la palma de su mano mientras la marea subía con fuerza.

Había sido lo correcto y necesario. Sabía que sus actos estaban justificados, pero una duda corrosiva amenazaba con deshacerlo. Era lo que quería, pero…

Había vigilado a Morrison durante meses: había visto cómo movían las cajas bajo la luz de la luna y cómo guardaban las armas para aquellos hombres que eran los dueños de la costa. A él no le importaba nada de eso, pero, de alguna manera, le había facilitado el trabajo.

Rememoró la playa de la que había tomado los guijarros y tuvo que parpadear para reprimir las lágrimas. El recuerdo de los ojos de

Morrison, desorbitados por el pánico a medida que el agua lo cubría, le estaba jugando una mala pasada. A pesar del odio que aún sentía, la culpa seguía atormentándolo.

Se apartó del escritorio y la silla chirrió contra las tablas de madera deformadas. Las tablas de mareas estaban abiertas, con la próxima pleamar marcada con un círculo de tinta roja. Ahora ya no podía detenerse.

El guijarro rodó en la palma de su mano, frío y pesado, mientras echaba un vistazo a una foto descolorida sobre su escritorio. Rostros de tiempos más felices. Un recordatorio de lo que tenía que hacer.

La culpa persistía, pero la enterró tan hondo como los guijarros bajo las olas.

Se guardó una piedra en el bolsillo, miró el tarro con las demás piedras que había cogido de la playa aquel día y apagó la luz.

CAPÍTULO CATORCE

Knox, de pie junto a la furgoneta de la policía científica, observaba al equipo recoger su equipo. El cuerpo de Danny Morrison había sido cargado en la furgoneta del forense veinte minutos antes, pero no podía quitarse de la cabeza la imagen de aquel rostro lleno de cicatrices, pálido e hinchado.

No era demasiado pronto para afirmar que el descubrimiento del cuerpo lo cambiaba todo. Ya había dos muertes relacionadas con el puerto deportivo de Tucker. El hecho de que Knox hubiera hablado con Danny el día anterior volvía la situación aún más alarmante.

Pero más importante todavía era que Danny, al igual que Michael Croft, sostenía un guijarro en la mano cuando encontraron su cuerpo.

El segundo guijarro se había enviado a analizar, aunque Knox dudaba que fueran a encontrar algo útil en él. Lo más probable era que su colocación fuera simbólica de algún modo, quizá sea personal para el asesino, pero por ahora no tenía forma de saberlo con certeza.

El viento soplaba con fuerza desde el mar, arrastrando una bruma salina que le escocía en los ojos. Knox se subió el cuello e intentó reconstruir la cronología de los hechos.

A Morrison lo habían despedido del puerto deportivo seis semanas antes por robar combustible. Knox pensó en cómo Morrison

estaba inquieto durante su conversación y en cómo sus ojos no dejaban de desviarse. Quizá estaba más asustado de lo que había notado. No solo nervioso por hablar con la policía, sino por lo que eso podría significar para él.

El sonido del motor de un coche se abrió paso a través de la lluvia. Knox levantó la vista y vio unos faros barriendo el estacionamiento mientras un sedán oscuro se detenía junto a los vehículos policiales. El Inspector Jefe Lane se bajó y se acercó a él.

—Esto es un maldito desastre —dijo, señalando hacia el borde del acantilado, donde los focos aún brillaban—. Ocho meses de trabajo meticuloso y ahora aparecen cadáveres en mis zonas de vigilancia.

Knox estudió el rostro de Lane bajo el duro resplandor de las luces portátiles.

—¿Le suena de algún lado Danny Morrison? Aparte de la conexión con Tucker.

Lane negó con la cabeza. Las gotas de lluvia caían en su pelo.

—No había oído ese nombre hasta esta noche.

—¿Hay alguna posibilidad de que nos estuvieran vigilando esta mañana? —preguntó Knox.

La expresión de Lane cambió.

—Yo no vi a nadie. ¿Y usted?

Knox se limpió la lluvia de la cara.

—Vaya coincidencia.

—Maldición —Lane se pasó una mano por el pelo mojado—. Si saben que estamos vigilándolos, si me han identificado… —Dejó la frase en el aire, pues las implicaciones estaban claras.

—¿Cómo afecta esto a su operación?

La voz de Lane era monocorde.

—No usarán esta ensenada como punto de entrega por lo pronto, no con la policía pululando por todas partes —dijo, y miró a Knox con algo parecido a una acusación—. ¿Le mencionó algo a Morrison sobre nuestra operación?

—Fingiré que no he oído eso, Inspector Jefe Lane.

El hombre frunció el ceño y volvió a mirar hacia el mar.

—Deberíamos colaborar estrechamente en este caso —dijo, y sus palabras sonaron más como una afirmación que como una pregunta.

—Sería estupendo cooperar —dijo Knox, incapaz de evitar el sarcasmo en su respuesta antes de darse la vuelta para regresar a su coche.

La sala de operaciones parecía distinta a la mañana siguiente, cargada con un nuevo tipo de energía. Knox había conseguido dormir tres horas, ya que Dylan se había quedado a pasar la noche en casa de Lucy.

Ava ya estaba en su escritorio cuando él llegó, y tenía una taza de café en una mano y documentos impresos esparcidos por su espacio de trabajo. Walsh estaba de pie junto a la pizarra, que ahora tenía una imagen de Danny Morrison en el centro, al lado de la de Michael Croft.

—La autopsia preliminar de Morrison está programada para esta tarde, pero la evaluación inicial del patólogo sugiere el mismo *modus operandi*.

Knox hizo cálculos. Habían interrogado a Morrison en su caravana en Brixham hacía dos días. Menos de cuarenta y ocho horas después, apareció muerto en una playa a treinta kilómetros de distancia.

—¿Alguna conexión entre Morrison y Croft más allá del puerto deportivo?

—Morrison no estaba en la lista de feligreses —dijo Walsh.

—¿Y si Morrison vio algo en el puerto deportivo? ¿Algo que lo conectara con la muerte de Croft? —sugirió Ava.

Knox asintió.

—Volvamos a ver dónde vivía Morrison —dijo. Numerosas posibilidades se agolpaban en su mente.

Una hora más tarde, Knox y Ava se dirigieron de nuevo al parque de caravanas donde Danny Morrison había vivido.

La encargada del recinto, una mujer envejecida de unos sesenta años, los condujo hasta la puerta de Morrison con un juego de llaves

maestras.

—El alquiler está pagado hasta fin de mes —dijo—. No puedo decir que todo esto me sorprenda.

—¿Tenía problemas con él? —preguntó Knox.

—No exactamente, pero… —miró a su alrededor como si buscara oídos indiscretos—. Tenía horarios extraños, ¿sabe? Entraba y salía a todas horas de la noche. La señora Henderson, de la cuarenta y cinco, se quejó de portazos de coche a las tres de la madrugada. Y luego estaban las fiestas.

—¿Fiestas?

—Cada pocas semanas, traía gente. No eran de por aquí, creo. Después de veinte años, conozco la mayoría de las caras de por aquí. Estos eran de fuera, tipos de aspecto rudo con coches caros. Se quedaban una o dos horas. Le llamé la atención dos veces por el ruido, pero siempre pagaba el alquiler a tiempo.

—¿Cuándo vio a Danny por última vez?

—No estoy segura. Hace tres días, quizá cuatro. Estaba metiendo unas cajas en su furgoneta y parecía que tenía prisa. No se detuvo a charlar como solía hacer —explicó, y abrió la puerta de Morrison.

El interior era estrecho pero ordenado, todo en su sitio más por necesidad que por elección. Una pequeña cocina, una sala de estar y un dormitorio apretados en el espacio de un cobertizo de jardín grande.

Knox se puso unos guantes de látex y comenzó un registro sistemático mientras Ava revisaba el dormitorio. Trabajaron en silencio, inspeccionando armarios, cajones y cada rincón de la pequeña caravana. Ava revisaba montones de correo antiguo y Knox se movía metódicamente por la cocina.

Metió la mano detrás de la panera y sus dedos se cerraron sobre un trozo de papel doblado. Lo abrió y leyó las palabras garabateadas en el anverso: *Cita en el Anchor Inn. 21:00 h.*

Knox lo miró fijamente por un momento y un recuerdo encajó en su sitio.

The Anchor Inn era un pub local que había tenido un gran protagonismo en los expedientes del Inspector Jefe Lane sobre la investigación de las redes de narcotráfico en las líneas fronterizas.

CAPÍTULO QUINCE

Knox estudió la nota arrugada de la caravana de Morrison en tanto Ava manejada de vuelta a la ciudad. *The Anchor Inn, 21:00 h.*

Ava echó un vistazo al papel en sus manos.

—¿Qué te parece?

Él sabía que probablemente no significaba nada, pero era un punto de partida y un vínculo tangible tanto con los asesinatos como con la investigación de rutas de narcotráfico de Lane.

—Compartiremos la información después de visitar el sitio —dijo, con una firmeza que sugería que Ava no debía preguntar más.

The Anchor Inn se encontraba en las afueras de Exmouth, y era un edificio maltrecho que había vivido tiempos mejores. El estacionamiento estaba casi vacío a media tarde cuando se detuvieron y cruzaron el hormigón roto que llevaba a la parte trasera del pub.

El lugar estaba desierto, y su interior olía a cerveza rancia y a humo de leña. La dueña salió de detrás de la barra cuando se acercaron, una mujer de unos cincuenta años con profundos ojos azules.

—Buenas tardes —dijo, secándose las manos con un paño del bar.

Knox le enseñó su placa.

—Inspector Knox y Sargento Carter. Estamos investigando una muerte reciente y nos preguntábamos si podría ayudarnos.

—Victoria Sharpe, yo manejo este local.

Knox sacó una fotografía de Danny Morrison.

—¿Reconoce a este hombre?

La dueña tomó la foto y la estudió con deliberado cuidado. Knox observó su rostro, notando una leve tensión alrededor de los ojos. Conocía a Morrison, estaba seguro de ello, pero cuando la mujer habló, su voz fue neutra.

—La verdad es que no. Por aquí pasa mucha gente, sobre todo en temporada alta. Es difícil acordarse de todos.

—Se llamaba Danny Morrison. Lo encontraron muerto esta mañana temprano.

—Lamento oírlo, pero me temo que no puedo ayudarles.

Ava se inclinó hacia delante.

—¿Y este hombre? —dijo, mostrando una fotografía de Michael Croft—. ¿El reverendo Croft, de la iglesia de St Joseph?

—Claro que conozco al reverendo. Lo que le pasó es una desgracia. Era un hombre encantador, siempre tenía tiempo para la gente. Venía de vez en cuando a las noches de trivia y siempre se detenía a charlar un rato.

—¿Cuándo vio al señor Croft por última vez?

—Hará un mes, quizá más. Como ya he dicho, no era un cliente habitual, solo venía cada tanto —la mujer dejó el paño y se cruzó de brazos—. ¿Eso es todo? Tengo que prepararme para la clientela de la noche.

Knox pensó en la mención del bar en el informe en curso de Lane.

—Solo una cosa más, ¿ha notado alguna actividad inusual por aquí últimamente?

La cautela regresó a los ojos de la dueña.

—Es un pub, Inspector Knox. No tendría mucha gracia si no pasaran cosas inusuales.

Le sostuvo la mirada mientras él le daba su tarjeta.

—Si se me ocurre algo... —dijo ella, quitándole las palabras de la boca antes de que tuviera la oportunidad de pronunciarlas.

—Conocía a Morrison —sentenció Ava cuando volvían al estacionamiento.

—Estoy de acuerdo. Me pregunto por qué lo ocultó.

El trayecto de vuelta a la comisaría duró veinte minutos entre el tráfico de la tarde. Knox pasó el tiempo pensando en las reacciones de la dueña del pub y en la forma cuidadosa en que había elegido sus palabras. Podría ser que estuviera protegiendo algo o a alguien, y a regañadientes decidió que era una pregunta que quizá tendría que hacerle a Lane.

Lane los esperaba en el estacionamiento, apoyado en su sedán.

—¿Dónde demonios se han metido? —preguntó desde el otro lado del estacionamiento, lo bastante alto como para hacer que la gente se girara.

Lane era su superior, pero a Knox no le gustaba que se dirigieran a él de esa manera. Se acercó, con Ava siguiéndolo de cerca.

—¿Quería hablar conmigo?

—Han estado en The Anchor Inn. Mi equipo de vigilancia acaba de verlos entrar.

—¿Ha estado vigilando el pub?

La voz de Lane subió otro tono.

—Durante tres meses. Sharpe es nuestra mejor pista para llegar a la operación de Tucker, y usted acaba de entrar ahí enseñando su placa y preguntando por cadáveres.

—Con todo respeto, ¿cómo demonios iba a saberlo si no comparte esa información conmigo?

—Estaba en los expedientes que le envié.

—El nombre del pub sí, pero nada más. Encontré una nota con el nombre de ese pub en la caravana de Danny Morrison. ¿Qué quería que hiciera con ella?

—Pues a lo mejor si hubiera coordinado con mi operación antes de irse por su cuenta...

Knox ya se había encontrado en situaciones como esta muchas veces, en las que los jefes buscando un chivo expiatorio. Decidió no mantener la paz por ahora.

—¿Qué tanto está implicado Tucker realmente?

—Sabemos que Sharpe es fundamental en todo esto —dijo Lane, desviando la pregunta.

Knox se acercó un paso, endureciendo la voz.

—Tal vez sea hora de que compartamos todo. Coordinar esfuerzos en lugar de trabajar unos contra otros, como usted sugirió.

Lane lo miró fijamente antes de volver a su coche sin decir una palabra más.

De vuelta en la sala de operaciones, Knox intentó no darle más vueltas al encontronazo. Si Lane no quería compartir detalles, era cosa suya. Su responsabilidad era para con las dos víctimas de asesinato, y seguiría investigando de cualquier manera que considerara oportuna hasta que le quitaran el caso a la fuerza.

El equipo se reunió alrededor de la pizarra. Les resumió su visita al parque de caravanas y al pub, omitiendo cualquier mención de su enfrentamiento con Lane.

—¿Tenemos algo más sobre Morrison? —preguntó.

—He estado revisando sus registros financieros—dijo Walsh—. En su mayoría, lo que cabría esperar. El subsidio de desempleo y, anteriormente, pagos del puerto deportivo. Pero hay algunos ingresos irregulares en los últimos seis meses. Nada enorme, pero constantes. Unos cientos por aquí y por allá.

Knox estudió la cronología en la pizarra.

—¿Qué hay de sus contactos? Amigos, compañeros de copas, cualquiera que pudiera saber en qué andaba metido realmente.

Walsh ojeó sus notas.

—He sacado un nombre de sus registros telefónicos: Hugh Brennan. Al parecer, era el mejor amigo de Morrison hasta que tuvieron una especie de pelea el año pasado. Vive en una casa compartida en la urbanización de Rolle.

—Bien, intenta contactarte con él y conseguir una reunión.

Dos horas más tarde, después de que Walsh no lograra contactar con Brennan, Knox y Ava estacionaron frente a una casa adosada que

había visto días mejores. El jardín delantero estaba descuidado, con bolsas de basura de plástico desbordándose sobre la acera. A través de la ventana delantera, Knox pudo ver la luz parpadeante de un televisor en una habitación por lo demás a oscuras.

Hugh Brennan abrió la puerta al tercer golpe, parpadeando ante la luz de la tarde y con los ojos inyectados en sangre. Estaba delgado hasta el punto de la demacración, con las mejillas hundidas y la palidez de alguien que pasaba la mayor parte del tiempo en casa. La ropa le quedaba holgada y le temblaban ligeramente las manos a medida que se agarraba al marco de la puerta.

—¿Hugh Brennan? —Knox le enseñó su placa—. Nos gustaría hablar con usted sobre Danny Morrison.

—¿Danny? —La voz de Hugh era ronca, desacostumbrada—. ¿Qué ha hecho ahora?

—Ha muerto, señor Brennan. Lo encontraron ayer por la mañana.

Hugh retrocedió como si lo hubieran golpeado, apoyando una mano en la pared para sostenerse.

—¿Muerto? ¿Cómo?

—Eso es lo que estamos intentando averiguar. ¿Podemos pasar?

El interior de la casa olía a humo rancio y a cuerpos sin lavar. Hugh los condujo a una sala de estar donde otros dos hombres estaban sentados viendo la televisión, ambos con la misma mirada de ojos hundidos que su anfitrión. Ninguno de los dos se percató de los visitantes, su atención fija en la pantalla.

Hugh se desplomó en un sillón destartalado.

—¿En serio Danny está muerto? —dijo, y sus compañeros no reaccionaron.

—Me temo que sí. ¿Cuándo lo vio por última vez?

—Hará unos tres meses, quizá cuatro. Éramos uña y carne. Supongo que las cosas cambian.

—¿Cambian de qué manera? —preguntó Knox.

Hugh negó con la cabeza.

—Pasaron cosas muy raras. Empezó a ganar dinero, a invitar a copas a todo el mundo y a actuar como si fuera alguien importante.

Cuando le pregunté de dónde salía ese dinero, me dijo que me metiera en mis asuntos.

—¿Qué tipo de movidas raras? —preguntó Ava con delicadeza.

—No lo sé exactamente, pero sé que él hacía recados para gente con dinero. Danny siempre buscaba dinero fácil, ¿sabe? Si alguien le ofrecía una buena paga por trabajos sencillos, lo aceptaba sin hacer preguntas —dijo Hugh, y sus manos temblaron mientras encendía un cigarrillo—. Pero estos no eran trabajos sencillos. Desaparecía durante días y volvía asustado o drogado.

—¿Mencionó alguna vez a un hombre llamado Michael Croft? ¿Un vicario?

El rostro de Hugh se quedó en blanco.

—¿El reverendo? Claro que lo conocía. No puedo creer... espere, ¿todo esto está relacionado?

—Un asesino en serie —dijo uno de los compañeros de Hugh, recibiendo una risita del otro.

Knox intercambió una mirada con Ava.

—¿Puede pensar en algo más sobre Danny? ¿Algún detalle que pudiera ayudarnos a entender qué le pasó?

Hugh se quedó mirando la pantalla del televisor. Cuando levantó la vista, su expresión era de preocupación.

—Danny tuvo una novia hace un tiempo. Mia Dwyer. Era una chica encantadora, que se preocupaba de verdad por él. Intentó mantenerlo por el buen camino —su voz se suavizó—. Murió de una sobredosis hace unos dieciocho meses. A Danny le afectó mucho. Nunca volvió a ser el mismo después de eso. Empezó a beber más, a correr riesgos estúpidos. Supongo que fue por esa época cuando dejamos de vernos tanto.

Hugh dio otra calada a su cigarrillo, y el humo ascendió en espiral hacia el techo manchado.

—Puede que haya sido entonces cuando empezó a meterse en esas movidas raras. Era como si ya no le importara lo que le pasara.

Knox le preguntó a los amigos de Hugh qué sabían, pero obviamente habían tomado algo, por lo que sus respuestas fueron monosilábicas.

—Hay otra cosa en la que he pensado —dijo Hugh en tanto los acompañaba a la puerta—. Danny mencionó que tenía un barco. Nada del otro mundo, solo un pequeño barco de pesca que guardaba en un sitio tranquilo. Decía que era para pensar, para alejarse de todo —apagó el cigarrillo—. Podrían probar en su barco.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Knox pasó el viaje de vuelta intentando localizar el barco de Morrison. Llamó a la comisaría y puso a Walsh en la tarea, pero cuando regresó, todavía no habían encontrado su ubicación.

—¿Vas a llamar al Inspector Jefe Lane? —preguntó Ava.

Entendió que ella le estaba sugiriendo de manera sutil que era lo correcto, pero aun así Knox se contuvo por miedo a que Lane intentara controlar la investigación.

Pero al final se impuso el sentido común. Ya había dos asesinatos potencialmente relacionados con la operación de redes de narcotráfico, y ocultar pruebas solo empeoraría su relación profesional, que ya era bastante mala.

Cerró la puerta de su despacho e hizo la llamada. Lane respondió al segundo tono.

—Danny Morrison tenía un barco —dijo Knox—. Nos lo acaba de decir su amigo, que ha dicho que Morrison lo usaba para escapar de todo. Pensé que debería saberlo.

Parte de su hostilidad habitual desapareció de la voz de Lane cuando respondió.

—¿Tiene alguna idea de dónde?

—Todavía no. Supongo que no sabía esto —dijo Knox, intentando no provocarlo.

—No, no lo sabía. Si lo encuentra, llámeme antes de acercarse.

Reprimió su irritación. Incluso cuando compartía información, Lane no podía resistirse a dar órdenes.

—Le informaré sobre lo que encontremos.

—Knox —la voz de Lane lo detuvo antes de que pudiera colgar—. Gracias por el aviso.

La comunicación se cortó antes de que le pudiera responder. Se guardó el móvil en el bolsillo y regresó a la comisaría, sin estar del todo seguro de si las palabras de Lane habían sido un gesto de paz o pura estrategia.

—La prioridad ahora es encontrar el barco de Morrison —le dijo al equipo al volver a la sala de operaciones—. Comprueben capitanías de puerto, tarifas de amarre y licencias de embarcaciones. Cualquier cosa que pueda indicarnos dónde lo guardaba.

Podría no ser nada. El barco podría ser simplemente para su ocio, como Hugh había sugerido. Pero dada la falta de recursos de Morrison cuando murió, sumada a la sospecha de la conexión de Tucker con el tráfico de drogas, empezaba a parecer importante.

Knox dejó a Walsh en su búsqueda y centró su atención en Mia Dwyer, quien había sido la exnovia de Danny Morrison, según Hugh Brennan. Knox abrió los archivos del forense y recorrió el lenguaje oficial hasta que encontró lo que buscaba.

Mia Dwyer, veinticuatro años, encontrada muerta en su estudio por su casero después de no responder a la puerta durante tres días. Mia había muerto de una sobredosis de heroína, lo que provocó que se asfixiara con su propio vómito.

Knox estudió las fotografías adjuntas al archivo. Mia había sido guapa de una forma frágil, con el pelo oscuro y la piel pálida. Su estudio le recordó a Knox la casa de Hugh Brennan: tenía pocos muebles y las ventanas estaban cubiertas con sábanas en lugar de cortinas.

Le enseñó el archivo a Ava.

—Podría haber desencadenado algo en Morrison —dijo ella.

Knox había estado pensando lo mismo, pero otra pregunta le vino a la mente. ¿Y si Danny Morrison fue quien le suministró la heroína a Mia?

UNA HORA MÁS TARDE, Knox y Ava estacionaron frente a una modesta casa adosada en una tranquila calle residencial a las afueras de Exmouth. La casa de la familia Dwyer estaba bien cuidada, y tenía un pequeño jardín delantero y ventanas de doble acristalamiento.

Abrió la puerta una mujer que aparentaba tener poco más de cincuenta años.

—¿Señora Dwyer? —preguntó Knox.

—Sí.

Cuando le enseñó su placa y mencionó el nombre de Mia, algo se quebró en la mirada de la señora Dwyer.

—Será mejor que entren —dijo en voz baja.

Knox se fijó inmediatamente en las fotografías de Mia. Era difícil no hacerlo, ya que parecían cubrir todas las superficies. Fotos del colegio, de vacaciones familiares, incluso una de Mia en una graduación universitaria. Costaba creer que fuera la misma persona que había pasado sus últimos días en aquel lúgubre estudio, con el cuerpo devastado por sus adicciones.

El señor Dwyer salió de la cocina; era un hombre corpulento de manos encallecidas que parecía haberse pasado la vida haciendo trabajos manuales. Detrás de él venían dos hombres más jóvenes, claramente sus hijos. El mayor tenía la complexión y el semblante serio de su padre, y a diferencia de él, el menor parecía tener poco más de veinte años, con los rasgos delicados y el pelo oscuro de Mia.

La señora Dwyer hizo las presentaciones, pero su marido la interrumpió con un gesto de la mano.

—¿Esto es por nuestra Mia? —preguntó.

—Indirectamente —respondió Knox—. Estamos investigando la muerte de Danny Morrison. Entendemos que era el novio de Mia.

La señora Dwyer entrecerró los ojos.

—Danny. Lo hemos oído en las noticias, y por eso los chicos están aquí. Sí, lo conocíamos, aunque no muy bien. Mia lo trajo a casa un par de veces antes de que… antes de que las cosas empeoraran.

—¿Cómo era?

—Parecía bastante agradable —dijo la señora Dwyer, ignorando la mirada cortante de su hijo menor—. Educado, respetuoso. Me llamaba señora Dwyer, e incluso ayudó a lavar los platos. Pero Mia ya estaba cambiando para entonces, y podíamos ver que él era parte de lo que le estaba ocurriendo.

—¿Creen que fue Danny quien la introdujo en las drogas?

El señor Dwyer frunció el ceño.

—Empezó antes de eso. A Mia le había ido bien en la universidad, tenía buenos amigos aquí y parecía feliz —su voz se apagó—. Luego, de la nada, las cosas cambiaron. Se mudó a ese estudio, dejó su trabajo. Nunca entendimos por qué….

—Dijo que necesitaba encontrarse a sí misma, averiguar qué quería de verdad, pero sabíamos que algo no estaba bien. Simplemente no sabíamos qué hacer al respecto.

Knox observó los rostros de la familia mientras hablaban, la culpa y el autorreproche en todos ellos, incluso en los dos hijos que permanecían en silencio.

Un perro entró desde la cocina, un golden retriever viejo que se acercó inmediatamente a él. Knox extendió la mano para que el perro la olfateara y pensó en Dylan, que lo esperaba en casa de Lucy.

—Ese es Billy —dijo el hijo menor, Charlie, hablando por primera vez—. Era el perro de Mia. Sigue buscándola, incluso ahora.

Notó la tensión en los hombros de Charlie, la forma en que sus manos se contraían y relajaban en su regazo.

—¿Mia mencionó alguna vez sentirse amenazada? —preguntó Knox—. ¿Alguien que la presionara, que la obligara a consumir drogas?

—Decía que todo estaba bien cada vez que le preguntábamos —dijo el señor Dwyer—. Pero era evidente que era mentira. Adelgazó, dejó de cuidarse. Al final, no parecía ella misma.

—¿Y después de su muerte? —preguntó Ava—. ¿Algún contacto de sus amigos, gente ofreciendo sus condolencias?

La familia intercambió miradas.

—Danny vino al funeral —dijo la señora Dwyer—. Tenía un aspecto terrible, como si se culpara a sí mismo. No pudo parar de

llorar durante la ceremonia.

—¿Alguien más?

—Nadie —dijo Charlie, con voz cortante—. De toda esa gente con la que supuestamente se juntaba, a ninguno le importó lo suficiente como para aparecer cuando murió. Eso dice todo lo que hay que saber sobre la clase de gente con la que se metió.

Hablaron durante otros veinte minutos, pero no salió nada nuevo a la luz. Mia se había juntado con la gente equivocada, había empezado a consumir drogas y había muerto sola en un estudio miserable mientras su familia observaba impotente desde lejos. Para Knox, era una historia demasiado familiar. Naturalmente le hizo pensar en Caleb y en su propia impotencia cuando se trató de ayudar a su hermano a luchar contra sus adicciones.

Le dio su tarjeta al señor Dwyer.

—Si se les ocurre cualquier otra cosa, cualquier cosa, por pequeña que sea, que pueda ayudarnos a entender qué le pasó a Danny o por qué podrían haberlo matado… por favor, llámeme.

Charlie los acompañó hasta la puerta principal. En la pared de la escalera, Knox vio una fotografía de la familia en la playa.

—La playa de Branscombe —dijo Charlie—. Esa fue la última vez que estuvimos todos juntos por su cumpleaños. Un día después, estaba muerta.

—Sentimos su pérdida —dijo Knox, aunque sabía íntimamente lo vacías que sonarían esas palabras para el hermano de Mia.

—Nunca confié en Danny —dijo Charlie, en voz baja.

—¿Por qué? —le preguntó.

—A mamá y papá… les gusta ver lo mejor de todo el mundo. Pero Danny era un aprovechado, en todos los sentidos. Puede que no enganchara a Mia a esa mierda, pero desde luego no la ayudó. Por eso lloraba en el funeral... sabía que era culpa suya.

La señora Dwyer apareció detrás de su hijo y posó una mano de advertencia en su hombro.

—Charlie, ya es suficiente.

—Algo no está bien —dijo Knox a medida que conducían de vuelta a la comisaría.

—El hijo mayor no dijo gran cosa —dijo Ava.

Knox había vivido con el duelo durante toda su vida adulta, así que tenía una idea de lo que estaba pasando la familia y cómo el asesinato de Danny habría vuelto a poner el foco en la muerte de Mia.

El duelo afectaba a las personas de formas dramáticamente diferentes, y los Dwyer no eran la excepción. La madre parecía estar casi en negación, mientras que su marido y su hijo menor todavía albergaban una rabia que él entendía más claramente.

Su móvil sonó, sacándolo de sus pensamientos. Era Walsh.

—Hemos encontrado el barco de Morrison, jefe. El capitán del puerto de Beer confirma un barco de pesca de doce pies registrado a nombre de Daniel Morrison. Parece que es un poco más lujoso de lo que esperábamos. Sus tasas de amarre están pagadas con seis meses de antelación, en efectivo y por adelantado. El capitán del puerto dice que Morrison ha estado usando el barco con regularidad, y a veces ha llevado a pasajeros en excursiones de medio día.

—Consigamos una orden judicial —dijo Knox.

—Ya estoy en ello, jefe. Puedo tenerla lista para un juez a primera hora de mañana.

—Bien —dijo Knox—. Y mantengamos esto dentro del equipo por ahora. No hay necesidad de que el Inspector Jefe Lane se involucre todavía.

CAPÍTULO DIECISIETE

La casa de campo de Lucy parecía más pequeña a la luz del atardecer; la cálida cocina olía a ajo y a las hierbas de la pasta que había preparado. Knox se sentó frente a ella en la mesa del comedor, con Dylan tumbado a sus pies.

Por primera vez en días, Knox se permitió concentrarse en algo que no fueran cadáveres y operaciones de narcotráfico, aunque la orden judicial que esperaban obtener para registrar el barco de Danny Morrison nunca se apartaba de sus pensamientos.

—Luces agotado —dijo ella, rellenándole el vaso de agua. Había abierto una botella de vino, pero él la había rechazado alegando que necesitaba mantenerse despejado para el registro del día siguiente. Era una verdad a medias. No se fiaba de sí mismo con el alcohol cuando estaba tan cansado, pero no quería que Lucy lo supiera.

—Ha sido un día largo —respondió Knox, enrollando la pasta en el tenedor—. Pero la cena está muy buena. Gracias por esto.

Lucy sonrió. Él sabía que ella quería saber más. Sobre el caso y sobre cómo se sentía con respecto a Caleb. Y aunque Knox agradecía que no lo presionara, se sentía un poco culpable. Ella había estado a su lado desde que Caleb había vuelto brevemente a su vida, y, al echar la vista atrás, no estaba seguro de estar cumpliendo con su parte de la relación. Por ahora, no sabía cómo hacerlo.

Hablaron de temas más seguros. Las travesuras de Dylan durante el día, el horario de trabajo de Lucy y planes para el fin de semana que podrían sobrevivir, o no, a la carga de trabajo de Knox. La conversación parecía normal y hogareña, como la vida que a veces imaginaba tener si pudiera alejarse del trabajo policial. Similar a la vida que había tenido con Emma antes de que todo se viniera abajo.

Pero incluso cuando intentaba concentrarse en las palabras de Lucy, su mente regresaba a la ira contenida de Charlie Dwyer, al costoso barco de Danny Morrison y a la operación de tráfico de drogas entre condados que el Inspector Jefe Lane intentaba desmantelar.

—Quédate esta noche —le dijo Lucy mientras él la ayudaba a recoger los platos—. Estás hecho polvo.

Él sabía que no intentaba presionarlo, pero pudo percibir la decepción que ya se formaba en su expresión antes de que le respondiera.

—No puedo —dijo él—. Si me quedo aquí, no me iré nunca.

Le ofreció una sonrisa. Lucy se la devolvió, pero él pudo sentir la frustración de la mujer cuando terminaron y Knox le dijo a Dylan que buscara su correa.

KNOX CONDUJO a casa por calles vacías, con Dylan en silencio en el asiento trasero. El perro parecía percibir su estado de ánimo y, de vez en cuando, lo miraba con expresión de preocupación.

De vuelta en casa, se sirvió una copa de vino sin pensar. El primer sorbo entró con facilidad, y el calor familiar se extendió por su pecho y aflojó la tensión de sus hombros. Se sentó en el sofá, con el animal acurrucado a sus pies, y encendió el televisor en un intento de dar sentido a los acontecimientos del día a pesar de su cansancio.

La segunda copa no tardó en llegar. Se encontró pensando en la familia Dwyer y en las fotografías de Mia que cubrían cada superficie de su casa.

A la tercera copa, Knox empezó a compararse con Caleb. ¿Cuántas noches se habría sentado su hermano solo así, ahogando

el dolor con la bebida? ¿Cuántas botellas habría vaciado Caleb mientras se prometía a sí mismo que era solo por esa noche, solo para superar las próximas horas?

Levantó la copa para dar otro sorbo, pero consiguió detenerse. Podía ver el camino que se extendía ante él: así era exactamente como había comenzado la adicción de Caleb, con explicaciones razonables y cantidades manejables que gradualmente se volvieron irrazonables e inmanejables.

—Esta noche no —dijo en voz alta, y su voz resonó en la habitación vacía. Dylan aguzó las orejas, pero no se movió de su sitio junto a los pies de su amo.

Knox se levantó y fue a la cocina, con la copa de vino todavía en la mano. Por un momento se quedó mirando el líquido antes de verter el contenido del vaso en el fregadero, seguido de lo que quedaba en la botella.

El gesto le pareció significativo y, al mismo tiempo, patético. Un poco de autocontrol no borraba semanas de malas decisiones, pero era algo. Una pequeña victoria contra la atracción gravitacional de la autodestrucción que parecía ser un mal de familia. Se preguntó si Mia Dwyer habría llegado alguna vez a esa fase, y cuándo fue que sus impulsos se habían apoderado finalmente de ella.

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Knox se despertó sintiéndose más despejado que en días. La ausencia de resaca era casi sorprendente después de tantas mañanas neblinosas, y se encontró moviéndose con una energía que había estado ausente durante semanas.

Dejó a Dylan en casa de Lucy antes de conducir directamente al puerto de Beer. El trayecto por la Costa Jurásica todavía estaba envuelto en la bruma matutina.

Beer era un puerto pesquero activo, un cúmulo de barcos y edificios erosionados por el tiempo que estaba enclavado en un hueco entre acantilados rojizos. El olor a sal y a gasoil flotaba denso en el aire de la mañana, mezclado con el aroma aún más fuerte del pescado y las algas. Las gaviotas sobrevolaban en círculos, y sus

graznidos sonaban ásperos contra el constante murmullo de las olas sobre los guijarros.

Knox encontró un sitio para estacionar cerca de la oficina portuaria y bajó hasta la orilla. El puerto ya bullía con la actividad matutina. Pescadores revisando redes, turistas planeando excursiones en barco, trabajadores portuarios moviendo equipos entre las embarcaciones amarradas.

Ava llegó diez minutos después, con dos vasos de café para llevar. Knox aceptó el suyo agradecido, inhalando el vapor mientras la observaba contemplar la escena portuaria.

—La orden ha llegado hace una hora —dijo ella y sacó un documento doblado del bolsillo de su chaqueta—. Walsh dice que el juez ha quedado satisfecho con nuestras pruebas que vinculan a Morrison con actividades de narcotráfico y posible blanqueo de capitales. El valor de registro del barco, comparado con los ingresos legítimos de Morrison, fue suficiente para plantear serias dudas.

Knox moderó sus expectativas. Si Morrison había estado usando el barco para fines ilegales, eso podría dar un vuelco al caso. Pero era igual de probable que no encontraran nada de utilidad, así que se preparó para lo peor.

El capitán del puerto era casi el cliché andante de un pescador, con su jersey de lana y su barba canosa. Examinó la orden con detenimiento antes de guiarlos por un pontón flotante hasta donde estaba amarrado el barco de Morrison.

El barco era un pesquero moderno de unos doce metros de eslora, tal como había informado Walsh, pero era evidente que estaba construido para trabajo serio en alta mar. El casco era de fibra de vidrio, bien mantenido, con equipos electrónicos y de seguridad que habrían costado miles de libras. No era algo que Morrison pudiera haberse permitido con su sueldo en el puerto deportivo.

—Buen cacharro —comentó el capitán del puerto—. Siempre me pregunté cómo podía permitírselo el tal Danny. Supongo que no es asunto mío.

Knox no respondió, pues el equipo de la policía científica estaba llegando. Tres técnicos con monos blancos comenzaron el metódico proceso de fotografiar y documentar todo antes de que pudiera empezar el registro propiamente dicho. Sabía que la rutina llevaría tiempo, pero la minuciosidad era esencial si querían encontrar pruebas que se sostuvieran en un juicio.

Mientras el equipo de la científica trabajaba, Knox se encontró intentando reconstruir el rol de Morrison en el panorama general. El hombre había sido despedido del puerto deportivo de Tucker por robo, pero ahí estaba, con un barco caro y aparentes conexiones con el crimen organizado. ¿Era Morrison una víctima que se había metido en un lío demasiado gordo, o había sido un participante voluntario en algo que, al final, había acabado con su vida?

La conexión con Croft seguía siendo difícil de establecer. Knox, de pie en el malecón viendo trabajar al equipo científico, intentaba imaginar las circunstancias que podrían haber puesto en contacto a dos hombres tan diferentes que acabaron siendo víctimas de asesinato.

Una vez realizados los registros preliminares, Knox y Ava se unieron al equipo. El interior del barco era tan impresionante como su exterior. Limpio y bien mantenido, con todo asegurado y estibado según las mejores prácticas marítimas. Había esperado el caos del estilo de vida de Morrison en la caravana, pero esta embarcación había sido claramente tratada con respeto y cuidado.

Trabajaron junto al equipo de la científica, fotografiando el contenido del barco según los protocolos de la cadena de pruebas. Registraron durante más de una hora, encontrando poco más que el equipo de pesca y los suministros marinos esperados. Knox empezaba a pensar que Morrison había sido demasiado cuidadoso como para dejar pruebas evidentes, cuando uno de los técnicos de la científica dio el aviso desde la pequeña cabina del barco.

—Tengo algo aquí —dijo, con la voz ahogada por el espacio reducido—. Hay un panel falso detrás de la mesa de cartas. Parece que se ha accedido a él recientemente.

Knox y Ava se agolparon en la entrada de la cabina, observando cómo el técnico retiraba con cuidado una sección del revestimiento

interior del barco. Detrás había un compartimento hecho a medida, de quizás sesenta centímetros de lado, forrado con material impermeable y equipado con un candado de combinación que colgaba abierto.

El técnico metió la mano en el compartimento y sacó unos objetos envueltos en tela aceitada. Al desenvolver el bulto, apareció una pistola moderna y bien conservada.

—Maldición —dijo Ava al ver que sacaban más armas del escondite—. ¿Cuántas hay?

El recuento final fue de seis pistolas y dos escopetas con sus cañones recortados, todas envueltas individualmente. Cada arma parecía estar en excelentes condiciones, lista para su uso inmediato.

Knox se quedó mirando el arsenal dispuesto sobre la pequeña mesa del barco y se preguntó qué papel habían jugado las armas en la muerte de Danny Morrison.

CAPÍTULO DIECIOCHO

El descubrimiento de ocho armas de fuego transformó el puerto en un escenario que parecía una operación militar. En menos de una hora, el pequeño pueblo pesquero estaba repleto de policías armados y especialistas en armamento.

Las armas sugerían que Morrison había estado involucrado en la red de tráfico de drogas, de una forma u otra. Knox se preguntó si su papel en el puerto deportivo alguna vez había sido legítimo y cuánto sabía William Tucker sobre sus actividades.

El sargento de la unidad de armas de fuego dio por finalizada su intervención en la escena.

—Se han activado los protocolos de la cadena de custodia. Seguridad reforzada para el transporte y almacenamiento. Se analizará cada arma con carácter de urgencia en balística y comprobaremos los números de serie en la Interpol además de en las bases de datos nacionales.

Knox le agradeció al sargento y se apartó para responder a la llamada de la Inspectora Jefe Grant.

—Me han dicho que han encontrado suficientes armas como para empezar una pequeña guerra —dijo ella—. Parece que fue una buena decisión solicitar la orden judicial. ¿Qué relación tiene esto con los asesinatos?

—Seguimos procesando la escena del crimen —respondió Knox —. Está claro que Morrison estaba metido en algo.

—¿Has hablado con el Inspector Jefe Lane?

—Lo siento, se me pasó por alto —dijo él. Había esperado seguir unas cuantas pistas antes de que el equipo de vigilancia de Lane se hiciera cargo por completo de la investigación—. Lo llamaré en cuanto hayamos asegurado las pruebas.

—Podría prescindir de tu impertinencias en esto, Jacob. Hazlo y procura cooperar.

—Entendido, Inspectora —Knox se guardó el móvil en el bolsillo y miró a Ava—. Tenemos que movernos rápido mientras todavía podamos.

—¿Qué quieres hacer?

—Hablar con Tucker. Cara a cara, antes de que tenga tiempo de prepararse una historia. Si salimos ahora, estaremos en el puerto deportivo en una hora.

El trayecto en coche hasta el puerto deportivo de Exmouth le dio tiempo para pensar en cómo abordarlo. Tucker había sido precavido, pero el descubrimiento de las armas de fuego cambiaba la dinámica de la situación. Teniendo en cuenta que Morrison había trabajado para él y que Michael Croft había muerto en el puerto deportivo, Tucker no podría evitar responder a las preguntas como la última vez.

El puerto deportivo parecía tranquilo bajo el sol de la tarde, con los barcos meciéndose suavemente en sus amarres. Knox estacionó cerca del edificio de oficinas y notó que el Range Rover de Tucker estaba en su espacio designado.

Tras cierta resistencia por parte de la secretaria de dirección de Tucker, los condujeron a su despacho, que tenía vistas al puerto deportivo. Tucker estaba sentado detrás de un escritorio de caoba de un tamaño casi ridículo, vestido con una impecable camisa blanca y un saco azul marino.

—Inspectores —dijo Tucker sin levantarse cuando ellos entraron —. Esto es inesperado. Creía que ya habíamos aclarado todo en

nuestra anterior entrevista.

—Supongo que habrá oído hablar de la muerte de Danny Morrison —dijo Knox.

—Sí, es un asunto terrible.

—¿Dónde estaba la noche que murió el señor Morrison?

La compostura de Tucker vaciló por un instante.

—Tendría que consultar mi agenda. ¿Cuándo murió, exactamente?

—El martes por la noche, en algún momento entre las seis de la tarde y la medianoche.

Tucker se acercó a una agenda encuadernada en cuero que tenía sobre el escritorio y fingió comprobar las fechas.

—Estuve en casa esa noche. Cené con unos amigos. Simon y Jennifer Whitfield, por si necesitan verificarlo. ¿Debo llamar a mi abogado?

—No está detenido. Es libre de responder a las preguntas o no hacerlo.

Tucker no pudo reprimir una sonrisa.

—¿Qué les gustaría saber?

—¿Sabía que Danny Morrison tenía un bote? —preguntó Ava.

—¿Un bote? ¿Qué tipo de bote? Como ya les dije, apenas conocía a ese hombre —dijo, y su sorpresa parecía genuina.

—Una lancha motora de doce pies, amarrada en Beer.

—Ya veo. Eso explicaría sin duda el robo del combustible.

—¿Sospechó alguna vez que Danny estuviera metido en asuntos turbios?

—¿Cuenta el hecho de que me robara?

—¿Algo más?

—No me sorprendería, pero no tengo conocimiento directo de nada.

—Nos gustaría que viniera a la comisaría para una prueba de ADN. Solo para descartarlo de nuestras pesquisas —dijo Knox.

El cambio en el comportamiento de Tucker fue inmediato.

—¿Descartarme? ¿De qué pesquisas? Ya les he dicho todo lo que sé de Morrison. No tuve nada que ver con su muerte.

—Entonces no tiene nada de qué preocuparse —dijo Ava.

Tucker alzó la voz.

—Esto es acoso. He cooperado plenamente con su investigación, ¿y ahora quieren tratarme como a un delincuente?

Knox se acercó más al escritorio.

—Es una simple muestra de ADN para descartarlo de nuestras pesquisas. Si es usted inocente, no tiene nada que ocultar.

—Dejaré que mi abogado lo decida. Y ahora, si me disculpan.

Knox salió del despacho de Tucker menos seguro que cuando había entrado. El enfado de Tucker parecía genuino, pero también su sorpresa por el bote de Morrison. O Tucker era un actor excelente, o había aspectos de las actividades de Morrison que ni siquiera sus supuestos socios criminales conocían.

De vuelta en la jefatura, Knox fue convocado al despacho de Helen. Mientras subía las escaleras, vio a su jefa conversando con el Inspector Jefe Lane.

—Siéntate —dijo Helen—. Tenemos que hablar sobre los protocolos de intercambio de información.

Knox se quedó de pie.

—Tenía pensado poner al tanto al Inspector Jefe Lane en cuanto hubiéramos procesado la escena del crimen.

—¿Ah, sí? —dijo Lane, sin ocultar su desdén—. Porque mi equipo de vigilancia informa de que acaba usted de interrogar a Tucker sin coordinación ni notificación. Al mismo tiempo, está ocultando un hallazgo de armas de fuego.

—Son dos investigaciones distintas —replicó Knox con calma—. El interrogatorio a Tucker estaba relacionado con el asesinato de Morrison.

—Todo está conectado —espetó Lane—. Las armas de fuego, las drogas, el asesinato, todo forma parte de la misma operación. No puede seguir tratando este caso como un delito local cuando se está enfrentando a una organización criminal.

Helen levantó una mano para pedir silencio.

—La cuestión es cómo nos coordinamos de ahora en adelante. El Inspector Jefe Lane tiene razón en cuanto a la magnitud de lo que

estamos tratando.

Knox sintió que se le subía la sangre a la cabeza.

—Con el debido respeto, han asesinado a dos hombres. Tiene prioridad sobre las operaciones de vigilancia.

Lane se inclinó hacia delante.

—¿La tiene? Porque esos asesinatos están claramente relacionados con las drogas. A Morrison lo mataron porque sabía demasiado o amenazaba con hablar. A Croft probablemente lo mataron por la misma razón.

—Usted mismo dijo que ni Croft ni Morrison tenían conexiones evidentes con su operación de narcotráfico.

—Que nosotros sepamos.

Knox intentó no sonreír. La admisión de Lane era exactamente lo que había estado esperando, un reconocimiento de que la conexión con las drogas no era tan clara como él la estaba pintando.

—La cuestión es —intervino Helen— que necesitamos coordinación. No más interrogatorios en solitario ni operaciones independientes. A partir de ahora, todo pasará por ambos equipos.

Knox asintió a regañadientes. Entendía la política del asunto, aunque no le gustara. El descubrimiento de las armas de fuego había escalado el caso más allá del ámbito del delito local hasta el territorio de la seguridad nacional.

Regresó a la sala de operaciones e intentó ignorar el dolor agudo en el lado izquierdo de la frente. Solo había conseguido dormir unas pocas horas, y el estrés de la investigación le estaba pasando factura. Cuando Walsh trató de llamar su atención con otra pregunta sobre los protocolos de balística, él estalló.

—¿No ves que estoy intentando pensar? Limítate a procesar las pruebas y avísame cuando tengas algo útil.

Walsh pareció sorprendido, y Knox se sintió culpable al instante. Su compañero estaba haciendo un trabajo excelente en circunstancias difíciles, soportaba el mismo tipo de presión que él, y no se merecía su irritación.

—Perdona —dijo Knox—. Ha sido un día largo. ¿Qué necesitabas?

Antes de que Walsh pudiera responder, otro miembro del equipo captó su atención.

—Hay alguien en recepción que pregunta por usted específicamente, jefe. Isobel Croft. Dice que tiene información sobre la muerte de su marido y que solo hablará con usted.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Parecía como si a Isobel Croft le hubieran caído diez años encima desde la última vez que Knox la vio. La mujer que días antes le había abierto la puerta con una sonrisa amable ahora estaba sentada en la sala de interrogatorios encorvada, con los hombros encogidos y los ojos en carne viva por la falta de sueño. Aferraba una carpeta de cartón contra su pecho, sus nudillos blancos por la fuerza con que la sujetaba por los bordes.

—Gracias por venir, señora Croft —dijo Knox cuando se sentó frente a ella—. Tengo entendido que tiene algo que contarnos.

La mirada de la mujer se desvió por la habitación antes de fijarse en él.

—He encontrado algo —dijo, su voz era apenas un susurro—. En el despacho de Michael. Estaba revisando sus papeles, intentando entender... intentando encontrarle un sentido a todo esto.

Knox guardó silencio, reconociendo la lucha en su expresión. Lo que fuera que contuviera aquella carpeta era lo bastante importante como para empujar a una viuda desconsolada a una comisaría, así que esperar unos minutos más no iba a cambiar nada.

—Debería haber mirado antes —dijo Isobel, con voz tensa—, pero no podía. Ver sus cosas, su letra... era demasiado —dudó antes de añadir—: desearía no haberlo encontrado nunca.

—Señora Croft —dijo Knox, manteniendo un tono suave—, lo que sea que haya encontrado puede ayudarnos a entender qué le pasó a Michael. Puede ayudarnos a encontrar a quien lo mató.

Su compostura se resquebrajó y lágrimas le resbalaron por las mejillas mientras negaba con la cabeza.

—No lo entiende. Esto hace que Michael parezca... hace parecer que era... —musitó, pero las palabras la abandonaron.

Knox se inclinó ligeramente.

—Michael era un buen hombre. Nada de lo que hay en esa carpeta cambiará eso. Si nos ayuda a atrapar al responsable, mostrarnos su contenido es honrarlo.

Por un momento, Isobel se quedó mirando la carpeta como si pudiera quemarle las manos. Entonces, con un esfuerzo que pareció costarle todas sus fuerzas, la dejó sobre la mesa.

—No soporto volver a mirarlo. Pero usted debe verlo.

Knox acercó la carpeta hacia él y la abrió. Dentro había un montón de páginas manuscritas con la caligrafía cuidada de Croft. La primera estaba fechada seis meses antes y llevaba el encabezado *Registros financieros – Confidencial*. Líneas de cifras y anotaciones llenaban la página, tan precisas que podrían pertenecer al libro mayor de un contable.

Los registros eran meticulosos. Cada entrada estaba marcada con fechas, cantidades y números de referencia. Incluso sin conocimientos especializados, Knox pudo ver el flujo de dinero. Miles de libras se movían entre cuentas, algunas vinculadas a fondos de la iglesia, otras sin una conexión clara con las actividades de la parroquia.

Detrás de las cuentas había un fajo más pequeño, sujeto con un clip. Hojas de asistencia, con el encabezado *Asesoramiento de St Joseph.* Nombres escritos con la misma letra pulcra, con cada semana registrada a lo largo de la página. Knox les echó un vistazo por encima sin detenerse.

—Hay más —dijo Isobel, buscando en su bolso. Sacó una sola hoja, doblada tantas veces que el papel estaba desgastado por los pliegues—. Me dejó esto. Por si pasaba algo.

Knox la desdobló. La letra de Croft era clara, la tinta marcada con fuerza sobre el papel.

Mi queridísima Isobel:

Si estás leyendo esto, me temo que mi implicación en asuntos en los que nunca debería haberme metido me ha pasado factura. He estado ayudando a William Tucker a blanquear dinero a través de las cuentas de la iglesia, diciéndome a mí mismo que era por una buena causa, que los fondos extra ayudarían a la comunidad. Estaba equivocado. El dinero procede de la droga, del sufrimiento de gente a la que debería haber protegido. Me convertí en parte del problema que creía estar resolviendo.

Guardé registros de todo, con la esperanza de encontrar el valor para ir a la policía. Si no lo he hecho, por favor, llévales estos papeles. La gente que está detrás de esto debe ser detenida.

Lamento la vergüenza que esto te traerá a ti y a la iglesia. Pensé que podría controlarlo, que podría usar su dinero para hacer el bien y mantener mis manos limpias. Fui un necio.

Con todo mi amor, Michael

Knox leyó la confesión dos veces, y cada línea profundizaba la sensación de todo lo que Croft había arriesgado. Ahí había un móvil más que suficiente: Tucker canalizaba dinero de la droga a través de la parroquia y Croft se preparó para delatarlo. El momento de su muerte, la cuidada puesta en escena, todo apuntaba a un hombre silenciado antes de que pudiera confesar.

—Señora Croft —dijo Knox con voz firme—, ¿le ha enseñado esto a alguien más?

Ella negó con la cabeza.

—Quería quemarlo, fingir que no lo había visto… pero no pude. Michael murió por esto, ¿verdad? Porque estaba intentando arreglarlo.

Knox alargó la mano sobre la mesa y tocó la suya.

—Tendremos que quedarnos estos papeles como evidencia, pero ha hecho lo correcto al traerlos. Michael estaba intentando enmendarse. Esto demuestra que era un buen hombre que cometió un error y que estaba intentando enmendarlo.

Knox le pidió a un agente de uniforme que llevara a Isobel a casa antes de llevar personalmente la carpeta al despacho de Helen Grant. El camino se le hizo más largo de lo habitual, puesto que sus pensamientos volvían una y otra vez a las palabras de Croft. Cada detalle del asesinato del vicario adquiría ahora un matiz más agudo: el momento, el ahogamiento, la urgencia por silenciarlo.

Knox se sentó frente a Grant. Los papeles estaban esparcidos sobre su escritorio y la letra destacaba bajo la luz fluorescente. Grant leyó en silencio y su rostro se crispaba con cada página.

—Esto es muy completo —dijo al fin—. Parece que Croft lo guardaba todo: fechas, cantidades, números de cuenta. Suficiente para abrir un caso sólido de lavado de dinero contra Tucker.

—Y un móvil para el asesinato —añadió Knox—. Tucker lo mató para mantenerlo oculto.

Helen asintió, con la vista aún en la carpeta.

—Tenemos que informar a Lane. Esto afecta directamente a su operación.

Knox se inclinó hacia delante.

—Tenemos suficiente para arrestar a Tucker ahora mismo. ¿Por qué esperar la aprobación de Lane?

—Porque Tucker está vinculado a una red más amplia que Lane lleva meses construyendo. No podemos detenerlo sin considerar las consecuencias —tomó su teléfono—. Vamos a ponerle vigilancia a Tucker mientras nos coordinamos. Reúne a todos los que quieras. No tendrá oportunidad de mover evidencia ni de escabullirse.

Knox quiso insistir, pero era una discusión que no podía ganar. Regresó a la sala de operaciones y expuso el plan al equipo: observación discreta, varios equipos, registro completo de cada paso que diera Tucker.

—¿Por cuánto tiempo lo vigilaremos? —preguntó Walsh.

—Hasta nuevo aviso —dijo Knox—. Tucker es ahora nuestro principal sospechoso en ambos asesinatos. No quiero perderlo de vista.

En tanto Walsh empezaba a desplegar a los agentes, Knox se volvió hacia el tablero del caso, quitó fotografías y reorganizó la cronología. La muerte de Morrison cobraba más sentido ahora: si había descubierto que Tucker lavaba dinero, o si había participado en la actividad, también se habría convertido en un cabo suelto.

Trazó una línea roja que unía a Tucker con ambos hombres, y luego se detuvo en la fotografía de Mia Dwyer. El rostro joven de la chica sonreía desde el retrato de familia que la señora Dwyer les había dado. La fecha de su muerte, dos años antes, era anterior a la violencia que ahora estaba aumentando.

Knox fijó la foto de la joven en el tablero y añadió un signo de interrogación. ¿Fue otra víctima del negocio o había visto algo que no debía?

—¿Estás muy concentrado? —Knox se giró al oír la voz de Lane a sus espaldas. El Inspector Jefe había entrado silenciosamente en la sala y recorría el tablero con la mirada.

—Intentando encontrarle el sentido —dijo Knox—. Tenemos suficiente para arrestar a Tucker. La confesión de Croft nos brinda el móvil.

Lane se acercó, sus ojos escrutando las páginas colgadas.

—Un trabajo impresionante por parte de Croft. Detallado, incriminatorio —se detuvo en la fotografía del vicario—. Pero, ¿por qué matarlo? Si ya estaba involucrado, ¿por qué no mantenerlo callado?

Knox estudió al Inspector Jefe. No estaba seguro de si el oficial lo estaba poniendo a prueba o no, pero respiró hondo antes de responder.

—Porque estaba listo para destaparlo todo. Creo que la carta demuestra que planeaba ir a la policía con la información, y Tucker no podía arriesgarse a eso.

La expresión de Lane seguía siendo escéptica.

—El asesinato es un paso muy grande del lavado de dinero. Tucker es cauto, y sabe que matar a un vicario respetado atrae esa

atención que se esfuerza por evitar.

Knox sintió que se le agotaba la paciencia.

—Entonces explique la muerte de Morrison. Las armas en su barco. El aumento de la violencia.

—A eso he venido. —Lane sacó un pequeño cuaderno de su bolsillo, y pasó por las páginas hasta que encontró la que buscaba—. Hemos estado siguiendo a dos grupos de narcotráfico en esta región. Uno opera desde Londres, el otro desde Birmingham. Llevan meses en conflicto, luchando por el territorio y las rutas.

—¿Y Tucker?

—Ahí es donde la cosa cambia. Puede que Tucker haya estado jugando a dos bandas: aceptando dinero de Londres por el acceso al puerto deportivo, mientras le pasaba información a Birmingham sobre sus rivales.

—Habría sido útil conocer esta información antes.

—La carta y los documentos de Croft confirman nuestras sospechas —dijo Lane, como si esa fuera toda la explicación necesaria.

Knox negó con la cabeza.

—¿De verdad cree que Tucker se arriesgaría a jugar a dos bandas?

—Explicaría los asesinatos. Si las bandas se enteraran de que les estaba engañando, ambas querrían quitárselo de en medio. También querrían enviar un mensaje a cualquiera que estuviera pensando en traicionarlos —dijo Lane, que cerró el cuaderno y fijó sus ojos en Knox—. Pero hay algo más. Mis equipos han identificado un gran cargamento que debe llegar la semana que viene, de varias toneladas de cocaína, heroína y drogas sintéticas. Tendría un valor de mercado de decenas de millones.

—¿Dónde?

—En la playa de Branscombe, a veinticinco kilómetros al este. Un tramo remoto, con poca presencia policial, pero con buen acceso por carretera hacia el interior. La operación que hemos estado siguiendo culmina con esa entrega. Si arrestamos a Tucker ahora, todo se viene abajo: el cargamento se desvía, la red se desvanece y empezamos de nuevo sin nada.

Knox sintió el tira y afloja de las prioridades contrapuestas.

—Y si esperamos, Tucker podría volver a matar. O desaparecer con el dinero.

—Lo tenemos vigilado —dijo Lane—. No va a ir a ningún sitio.

Antes de que Knox pudiera responder, la Inspectora Jefe Grant apareció en la puerta.

—He hablado con el jefe de policía. Debemos proceder con cautela. Lane, ¿su valoración?

El Inspector se enderezó.

—El trabajo preliminar está hecho, los equipos de vigilancia están en posición. Solo necesitamos la confirmación de la ruta del cargamento. En veinticuatro horas, podremos desmantelar toda la red de una sola vez.

—Es demasiado tiempo —dijo Knox—. Ya ha matado en el pasado, un día más solo le da otra oportunidad.

—Esto no es algo que se improvisa de la noche a la mañana, como bien sabes, Jacob —dijo Grant—. Tenemos al MI5, a la NCA y a unidades regionales involucradas en este caso. Si nos adelantamos, se perderán meses de preparación. El cargamento se desviará y la red se dispersará.

Knox negó con la cabeza.

—Entonces acortémoslo a doce horas. Mañana a primera hora, actuamos.

Lane intervino, tajante.

—No es suficiente tiempo. La reunión es mañana por la tarde. Si atacamos antes, perderemos a la mitad de los implicados. Dieciséis horas nos dan el margen que necesitamos.

Knox lo sopesó, y cada instinto le decía que hiciera el arresto ya. Pero la lógica era sólida.

—Dieciséis horas —dijo al fin—. Pero si Tucker le pone un ojo encima a otra víctima, lo detendré sin importar su operación.

—De acuerdo. Pero debe saber que, si lo detenemos antes, perdemos la oportunidad de desarticular ambas bandas. Sus consecuencias resonarán durante años.

Por primera vez, Knox oyó un matiz personal en la voz de Lane.

—Dieciséis horas —repitió Knox—. Si muere alguien más mientras esperamos su momento perfecto, será culpa suya.

CAPÍTULO VEINTE

Knox no podía calmarse tras abandonar la comisaría. Verse obligado a aceptar las dieciséis horas de Lane se sentía como una traición a todo aquello por lo que se había unido a la policía, pero tenía las manos atadas. La vigilancia sobre William Tucker había comenzado y, por ahora, eso tendría que ser suficiente.

En casa, no podía descansar. Siempre le pasaba lo mismo cuando llegaba a esta fase de una investigación. Se planteó servirse una copa, pero consiguió reprimir el impulso. Dylan percibió su inquietud, por lo que se acercó con pasos suaves a la puerta de entrada y miró hacia atrás, expectante. Knox decidió que un paseo les vendría bien a los dos, para despejar la mente y para gestionar la frustración que se había ido acumulando durante todo el día.

Topsham de noche era un mundo diferente del bullicioso pueblo diurno. Las calles estrechas estaban vacías, salvo por algún que otro paseador de perros nocturno, y las ventanas brillaban con un tono ámbar tras las cortinas echadas. Knox caminaba despacio, dejando que Dylan marcara el ritmo a medida que se dirigían hacia el estuario. El aire era fresco y puro, y traía consigo el olor salino del río.

Siguieron el camino habitual por la ribera, pasando junto a los viejos almacenes que antaño habían guardado lana y madera para su exportación a Europa. La marea estaba alta y lamía los muros de

piedra, mientras los barcos se mecían en sus amarras como pájaros dormidos. Las farolas proyectaban reflejos dorados sobre el agua oscura, que la suave corriente rompía en fragmentos centelleantes.

Knox no podía evitar pensar en los equipos de vigilancia que observaban cada movimiento de Tucker. Comprendía que el trabajo de Lane era importante, pero aun así no le parecía que estuviera bien. Las pruebas que tenían, tanto la confesión de Croft como sus registros financieros, constituían un motivo claro para el asesinato. Sin embargo, ahí estaban, envueltos en juegos políticos cuando un posible asesino seguía libre.

Dylan se detuvo a investigar algo entre los juncos, moviendo la cola al seguir un rastro interesante. Knox lo observó y envidió la capacidad del perro para vivir enteramente en el presente. Sin dudas, sin ambigüedad moral, solo el simple placer de explorar el mundo a través de sus sentidos.

El paseo los llevó más allá del antiguo embarcadero, donde se detuvieron a observar el agua oscura que fluía hacia el mar. Se encontró pensando en las mareas y la sincronización, en cómo el asesino había utilizado los ritmos del estuario para borrar su rastro. Había algo metódico en ello, obra de alguien que entendía la costa a la perfección.

Regresaron a casa cuando el reloj de la iglesia dio las once, y las calles estaban aún más silenciosas. Knox sintió que parte de la tensión abandonaba sus hombros, sustituida por un cansancio profundo que no tenía nada que ver con lo tardío de la hora.

Dylan se acomodó en el sofá con un suspiro de satisfacción y Knox se sentó a su lado, rascándole distraídamente detrás de las orejas con una mano mientras miraba la pantalla apagada del televisor.

Su mirada se desvió hacia la cocina, donde sabía que las botellas esperaban en el armario. Sería fácil servirse una copa, solo una para ayudarle a dormir.

Pero oía la voz de Caleb en su cabeza, la forma en que su hermano había racionalizado su forma de beber en aquellos últimos meses.

Solo una copa para relajarme.

Solo algo para ayudar con el dolor.

Solo por esta noche, mañana lo dejo.

Cada excusa que Knox le había oído a su hermano, ahora se la estaba poniendo a sí mismo.

Dylan se movió contra su pierna, cálido, sólido y nada exigente. Miró al perro, recordando cómo Caleb lo había cuidado durante los últimos días de su vida. El perro había presenciado el declive final de su hermano, y puede que hubiera percibido el cambio en Knox mucho antes de lo que quisiera admitir.

Cerró los ojos y se permitió recordar aquellas últimas semanas con Caleb. Su hermano había venido a quedarse con él, demacrado y desesperado, intentando desintoxicarse, pero luchando con cada hora de sobriedad. Knox había intentado ayudar, e incluso había conseguido que Caleb ingresara en un programa de tratamiento residencial, creyendo que la ayuda profesional era lo que necesitaba.

Pero su hermano se había escapado cuando Knox estaba ocupado en una investigación. No se enteró de que Caleb se había marchado a Londres hasta que la investigación llegó a su punto álgido. Agotado, lo habían llevado al hospital al que lo habían trasladado.

El viaje en coche a Londres había sido el más largo de su vida. Había sabido, incluso antes de ver el cuerpo, que Caleb había fallecido. El tono del policía, la cuidada manera en que había formulado la notificación, todo apuntaba a la inevitable conclusión que había temido desde que Caleb había reaparecido en su vida.

Le había fallado. No por negligencia o indiferencia, sino por la arrogancia de pensar que podía arreglar lo que estaba roto. Lo había metido en aquel centro de rehabilitación creyendo que era lo correcto, sin imaginar nunca que su hermano lo vería como un abandono.

Knox abrió los ojos y miró a Dylan, que lo estaba observando. La cola del perro golpeó una vez el cojín, un pequeño gesto de aceptación que lo significaba todo.

Se levantó, fue a la cocina, abrió el armario y se quedó mirando las botellas que había dentro antes de irse a la cama.

El sueño llegó con más facilidad de lo que Knox había esperado, sin ensoñaciones y reparador. Se despertó sintiéndose más despejado que en semanas, pues la ausencia de resaca era casi sorprendente después de tantas mañanas neblinosas. Dylan ya estaba junto a la puerta, con la correa en la boca.

—Dame un segundo, perro —dijo Knox, antes de ponerse la ropa de la noche anterior.

MÁS TARDE, el trayecto al trabajo también pareció diferente. Knox se descubrió fijándose en detalles que se le habían pasado por alto en las últimas semanas. La forma en que la luz de la mañana incidía en el agua de las cunetas, el dibujo de la escarcha en los parabrisas de los coches, el paso decidido de los que madrugaban para ir a trabajar. Era como si alguien hubiera ajustado el contraste del mundo, volviendo todo más nítido y vívido.

En la comisaría, encontró a Walsh esperándolo con un informe forense. El agente más joven parecía cansado pero emocionado.

—Ya han llegado los resultados del ADN de Morrison —dijo, levantando una carpeta de cartón—. Ninguna coincidencia con nadie del sistema, como ya esperábamos. Pero aquí viene lo interesante: encontraron un perfil completo en el cuerpo de Morrison.

Knox se inclinó hacia delante en su silla.

—Continúa.

—Coincide con el ADN que recuperamos de debajo de las uñas de Croft. Parece probable que la misma persona matara a ambas víctimas.

La adrenalina recorrió su torrente sanguíneo, pero se negó a dejarse llevar por el entusiasmo.

—¿Estás seguro?

—El laboratorio lo ha analizado tres veces para asegurarse. Los perfiles son idénticos, de calidad suficiente para sostenerse en un juicio —Walsh abrió la carpeta para revelar los informes de laboratorio detallados—. Así que, definitivamente, buscamos a un solo asesino.

Knox tomó el informe y examinó los detalles técnicos mientras pensaba en Tucker. Si los informes eran tan infalibles como parecían, todo lo que necesitarían sería una coincidencia con el ADN de Tucker.

Cuando fue a llamar a Lane, el Inspector Jefe se le había adelantado: su nombre apareció en la pantalla de su teléfono.

—Knox, ha habido un cambio. El lugar de la entrega de droga para esta noche ha cambiado. En lugar de la playa de Branscombe, se trasladan a una ensenada cerca de Seaton. Mis equipos de vigilancia se están dando prisa para reposicionarse.

Knox intercambió una mirada con Walsh.

—¿Saben que están siendo vigilados?

—Empieza a parecer que sí. O eso, o simplemente están siendo precavidos. En cualquier caso, lo complica todo. Tenemos pocas horas para establecer nuevos puntos de observación, coordinarnos con las unidades locales e informar a los equipos tácticos.

Sintió que sus dudas iniciales sobre la teoría del crimen organizado se fortalecían.

—Lane, si son conscientes de la vigilancia, ¿qué le hace pensar que no van a desaparecer sin más?

—Porque han invertido demasiado en este cargamento como para abandonarlo ahora.

—¿Y Tucker?

—Está en su casa, no ha salido de su propiedad desde ayer por la tarde.

Knox terminó la llamada y miró a Walsh, que había estado siguiendo la conversación. Parecía probable que ambas víctimas estuvieran involucradas con las redes de narcotráfico de una forma u otra, pero no estaba convencido de que los asesinatos estuvieran directamente relacionados, al menos no de la forma en que el Inspector Jefe Lane creía.

—Walsh, ¿y si estamos viendo esto al revés? ¿Y si alguien está utilizando la red criminal existente para ocultar sus propios intereses?

—¿Qué quieres decir?

—Piénsalo. Ya hay una operación de droga en marcha, se está lavando dinero y se están almacenando armas. Es la tapadera perfecta para alguien que tiene sus propias razones para matar. Utilizar el caos para eliminar objetivos personales mientras todos nos centramos en el crimen organizado.

Walsh frunció el ceño.

—Es bastante rebuscado. Necesitarían información interna de la operación de droga, acceso a las mismas zonas, conocimiento de los procedimientos policiales…

—O necesitarías estar cerca de la investigación —dijo Knox en voz baja—. Alguien que supiera de la confesión de Croft y del barco de Morrison.

Los ojos de Knox recorrieron el tablero del caso. La fotografía de Tucker estaba junto a las de Croft y Morrison, unidas por líneas rojas.

Knox había estado pensando en redes, en alguien que utilizaba el tráfico de drogas como tapadera para sus propios fines. Si eso era cierto, la respuesta podría no estar en las cuentas de Tucker o en el barco de Morrison, sino en un lugar más corriente. Algo que Croft había escrito, pero que todos los demás habían pasado por alto.

Recordó el fajo de papeles metido detrás de los libros de contabilidad en la carpeta de Croft, donde había una lista de nombres que Knox en su momento había ojeado, pero había estado demasiado centrado en la confesión.

La carpeta aún no se había digitalizado y estaba guardada en el depósito de pruebas. Se puso unos guantes, la recuperó y la abrió para ver la pulcra caligrafía de Croft. Knox echó un vistazo a la confesión antes de pasar al archivo que había ojeado la última vez.

Orientación San José – Confidencial.

Croft lo había guardado todo. No solo libros de contabilidad y cifras, sino listas de reuniones individuales, nombres que guardaban secretos que la mayoría de la gente habría querido que no quedaran registrados. Las páginas eran metódicas, con fechas e iniciales alineadas con el esmero de un oficinista.

La lista estaba compuesta en su mayoría por feligreses que Knox no conocía, aunque algunos apellidos le producían un vago

reconocimiento del poblado. Las fechas se remontaban a dos años atrás. Las pasó lentamente hasta que llegó a los papeles fechados dieciocho meses antes.

Su dedo se deslizó por el margen y se detuvo en el nombre de *Mia Dwyer.*

CAPÍTULO VEINTIUNO

Las sombras se alargaban por la nave de St Joseph bajo la luz de la tarde y los vidrios esmerilados arrojaban fragmentos de luz de colores sobre el suelo de piedra. Knox había llamado con antelación después de leer las notas que Michael había dejado sobre Mia Dwyer. No sabía qué relación tenían con la investigación, pero quería averiguar qué sabía Isobel Croft antes de llevar el asunto más lejos.

La encontró en la pequeña sala detrás de la sacristía donde había accedido a reunirse con él, rodeada de archivadores y tableros de anuncios cubiertos de comunicados para la comunidad y horarios de grupos de apoyo.

Isobel todavía parecía cansada, pero había una determinación en sus movimientos que antes no había estado presente. Quizá tener algo concreto que hacer le estaba dando una forma de canalizar su dolor.

—Detective Knox —dijo ella, poniéndose en pie cuando él entró —. He reunido todo lo que he podido encontrar sobre las sesiones de terapia. Tanto las de los grupos de apoyo a la adicción como las de la terapia de duelo que dirigíamos.

Knox se sentó en la silla de enfrente, fijándose en la esmerada forma en que ella había organizado los expedientes.

—¿Usted y su marido dirigían estas sesiones?

—Éramos terapeutas titulados antes de que Michael asumiera los hábitos. Creíamos que era importante ofrecer apoyo profesional además de orientación espiritual —dijo Isobel, su voz firme, pero él oía el dolor que había debajo—. El grupo de apoyo a la adicción se reunía todos los martes por la noche. Normalmente lo dirigía Michael, pero yo asistía a la mayoría de las sesiones.

—¿Y también hacían sesiones privadas?

—Sí, cuando nos lo pedían. Yo tenía más tiempo para ellas que Michael, pero él tenía algunos pacientes fijos.

—¿Mia Dwyer?

Algo apareció en el rostro de Isobel, una mezcla compleja de tristeza y frustración.

—Sí, Michael era el terapeuta de Mia antes de que… Fue todo muy triste. Como puede imaginar, a Michael le afectó muchísimo su muerte.

—¿Tenía él alguna idea de lo que ella planeaba?

—Mia era muy complicada. La adicción cambia a la gente, la hace capaz de cosas que nunca harían en circunstancias normales. Nunca hablábamos de las sesiones privadas de Mia, pero que se hubiera quitado la vida fue un shock para él, desde luego.

—¿Cómo era ella?

Isobel suspiró.

—Cambiante. Podía ser manipuladora cuando necesitaba drogas. Encantadora en un momento, desesperada al siguiente. Tenía algo especial, una dureza que provenía de haber sobrevivido a cosas que la mayoría de la gente no podría ni imaginar —Isobel hizo una pausa, escogiendo sus palabras con cuidado—. Pero debajo de todo eso, estaba intentando desintoxicarse de verdad. Las sesiones parecían ayudarla.

Knox intuyó que había algo más.

—¿Hablaba usted con ella fuera de las sesiones de grupo?

Isobel vaciló.

—A veces. Se quedaba cuando los demás se iban porque quería hablar en privado. Michael siempre estaba ocupado, así que a veces hablábamos *nosotras*.

—¿De qué hablaba?

—De su infancia, sobre todo. De las cosas que la habían llevado a las drogas en primer lugar.

Knox había leído en el expediente que Mia había sufrido abusos por parte de un familiar, no identificado en el informe, cuando era niña. Al leerlo, había estado a punto de ir directamente a casa de los Dwyer, pero primero necesitaba más información. Necesitaba saber si Isobel estaba al tanto de los abusos. Si ella iba a contárselo, ahora era el momento.

La voz de Isobel se volvió más suave. Miró a Knox con el ceño fruncido, como si estuviera decidiendo qué compartir.

—No leí los expedientes que le di. Los confidenciales. Pero supongo que usted sí, ¿no?

—Necesito oírlo de usted, Isobel.

La mujer asintió.

—Había sufrido abusos, Detective. Por parte de un familiar, un primo mayor que vivió con ellos durante una temporada cuando era pequeña.

—¿Su familia lo sabía?

—Que yo sepa, nunca lo supieron. Mia tenía pánico de contárselo. Estaba convencida de que no le creerían o de que destrozaría a la familia —Isobel cogió un pañuelo de papel; su compostura empezaba a resquebrajarse—. Cargó con ese secreto durante años antes de que por fin nos lo contara.

Knox rememoró su visita a la casa de los Dwyer y recordó la evidente culpa de los padres por no haber visto las señales del declive de su hija. La rabia del marido y del hijo pequeño, el silencio de la madre y del hijo mayor. Se preguntó qué habrían hecho diferente si hubieran sabido de los abusos dentro de su propia familia.

—¿Conocían usted o su marido a Danny Morrison? ¿El ex de Mia?

—Nunca lo conocimos en persona, pero sabíamos de él por Mia. Fue sincera sobre dónde conseguía las drogas, dijo que era alguien con quien había tenido una relación —la expresión de Isobel se endureció—. Intentamos convencerla de que cortara lazos con él, pero la adicción hace que la gente dependa de sus proveedores de maneras que van más allá de las drogas.

—¿Dijo que Morrison era quien se las proporcionaba?

—Entre otros, sí. Mencionó varios nombres a lo largo de los meses que asistió a las sesiones. Danny fue sin duda uno de ellos. Comunicamos nuestra preocupación a los servicios sociales, pero Mia era mayor de edad, así que no había mucho que ellos pudieran hacer sin su cooperación.

Knox cerró su cuaderno, su mente trabajando a toda velocidad. Si Danny Morrison le había proporcionado drogas a Mia y ella había muerto de una sobredosis, entonces el hombre podría haber sido la causa directa de su muerte.

—Gracias por haber sido tan sincera conmigo. Sé que no debe haber sido fácil —dijo Knox cuando se levantó para irse.

—¿Qué significa todo esto?

—No estoy seguro.

Isobel se levantó.

—Michael se preocupaba por esa chica, Detective Knox. Sé que su muerte lo atormentaba, porque se culpaba por no haber sido capaz de salvarla. Ambos lo hacíamos.

—Estoy seguro de que hicieron todo lo que pudieron —dijo Knox, pensando en Caleb.

La mujer lo acompañó a la puerta.

—¿Cree que esté relacionado con el asesinato de Michael? —preguntó.

Knox pensó en las conexiones entre Michael Croft y Danny Morrison y se preguntó cómo encajaba Mia.

—Haré todo lo que pueda para averiguarlo.

Cuando salió de la iglesia, se sentía inquieto. La historia de Mia se había esclarecido, pero seguía siendo fragmentaria. Para avanzar, necesitaba oírla de boca de sus padres.

Para cuando llegó a la calle donde vivían, las últimas luces del día se habían apagado. Las casas permanecían silenciosas tras los setos recortados y una ligera niebla se elevaba sobre los jardines. Se quedó sentado en el coche un momento antes de golpear la puerta, ensayando cómo formular una pregunta que ningún padre querría que le hicieran.

La señora Dwyer abrió la puerta rápidamente, como si hubiera estado cerca. Tenía el rostro pálido y el desgaste del duelo se marcaba más profundamente cada vez que la veía. Detrás de ella, el señor Dwyer se levantó de su sillón con esfuerzo.

—Detective Knox —saludó ella, haciéndose a un lado.

Dentro, la sala de estar parecía no haber cambiado: superficies ordenadas, fotografías familiares, una lámpara que arrojaba una luz cálida sobre la alfombra. Él ocupó el mismo sillón que la vez anterior, pero esta vez, ninguno de los hijos parecía estar en casa.

—Dijo que nos mantendría informados —dijo la señora Dwyer con la voz quebradiza—. ¿Ha descubierto algo?

Knox vaciló.

—He estado hablando con la señora Croft. Sobre el trabajo de terapia que ella y su marido hacían en la iglesia.

Los padres intercambiaron una mirada. El señor Dwyer frunció el ceño.

—¿Terapia?

—Sesiones de apoyo —dijo él con cuidado—. Grupos de adicción, reuniones privadas. ¿Sabían que Mia asistía?

Los labios de la señora Dwyer se entreabrieron, como si esa idea nunca se hubiera pronunciado en su casa.

—No. Nunca nos lo dijo.

El ceño del señor Dwyer se frunció aún más.

—Nos habría gustado saberlo. Podríamos haber ayudado.

Knox escogió sus siguientes palabras con cautela.

—Confiaba en los Croft. Ellos le ofrecieron un lugar donde hablar. A veces, a los jóvenes les resulta más fácil con alguien de fuera de la familia.

El silencio era denso y solo se interrumpía por el tictac del reloj de la repisa.

—¿Qué les contó? —preguntó al fin la señora Dwyer en voz baja.

Knox se removió en su asiento. Había ensayado versiones de esta conversación en el camino, pero ninguna de ellas era menos brutal que la verdad. Bajó la voz.

—Habló de algo que ocurrió cuando era una niña. Algo que todavía le pesaba.

La señora Dwyer apenas se movió, con las manos juntas en el regazo.

—¿Qué clase de cosa? —dijo, mirando a su marido antes de volver a clavar la vista en el detective.

Los ojos de Knox sostuvieron los suyos.

—Dijo que sufrió abusos. Por parte de un pariente que vivió aquí durante un tiempo.

El aire pareció desvanecerse de la habitación. El señor Dwyer se giró hacia la ventana con la espalda rígida, mientras la señora Dwyer retrocedía.

—¿Abusos? —susurró ella.

—Por un primo mayor —dijo Knox con suavidad.

La mano de la señora Dwyer subió a su boca, con los ojos muy abiertos y húmedos. Negó con la cabeza lentamente, como si rechazara el sonido de las palabras.

—No —dijo—. No a Mia. No en esta casa.

El rostro del señor Dwyer estaba tenso y desprovisto de color. Se dejó caer pesadamente, una mano aferrada al brazo del sillón.

—Lo habríamos visto —masculló él—. Habría habido señales.

Knox mantuvo la voz serena.

—Los niños pueden ocultarlo. Especialmente si se trata de un familiar.

La señora Dwyer emitió un sonido bajo, casi un gemido.

—Nos lo habría contado. Confiaba en nosotros. Ella… habría acudido a mí —sus hombros se sacudieron cuando las palabras se rompieron en sollozos y su marido se acercó para consolarla.

Knox permaneció en silencio. El único sonido en la habitación ahora era el tictac del reloj, sumado al llanto de la mujer.

El señor Dwyer se levantó, paseando por la alfombra antes de detenerse junto a la ventana. Apoyó las manos en el marco, con los nudillos pálidos. Habló sin volverse.

—Ha dicho un primo. ¿Alguien que se quedó aquí?

—Eso es lo que les contó a los Croft —le respondió el detective.

Ninguno de los dos habló durante un rato. La señora Dwyer se secó la cara, con los ojos desenfocados como si estuviera escudriñando años que no había querido mirar.

—Solo hubo uno —susurró ella al fin.

Su marido se giró, con una expresión a medio camino entre la ira y el pavor.

—Martin —dijo ella, y el nombre se le escapó como un sollozo—. Martin Dwyer. Vivió aquí cuando sus padres se separaron. Mia tenía ocho o nueve años.

El señor Dwyer hizo una mueca. Se volvió a sentar en su sillón con la mirada fija en el suelo.

—Creíamos que lo estábamos ayudando. Él tenía diecisiete o dieciocho años, era un chico tranquilo. Confiamos en él bajo este techo.

La señora Dwyer se inclinó hacia delante con la cara entre las manos.

—Todo ese tiempo. En su propia habitación. Y nunca nos dimos cuenta.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaron con él?

—¿Martin? Hace años que no lo hacemos.

—¿Saben dónde vive?

—En Plymouth —dijo el señor Dwyer—. Trabaja en los muelles, hasta donde sé.

La señora Dwyer dejó escapar otro sollozo, esta vez más suave, como si estuviera vacía. Levantó la cabeza con los ojos en carne viva.

—¿Y ahora qué pasará?

Knox mantuvo la voz firme.

—Seguiré investigando. Localizaré a Martin. Por favor, no intenten contactar con él antes. Gracias a ambos por haber sido tan sinceros conmigo.

Ninguno de los dos respondió. La señora Dwyer asintió levemente y el señor Dwyer mantuvo la vista fija en el suelo.

FUERA, la noche había caído. Knox cerró la puerta tras de sí y salió al aire húmedo. Se detuvo en la entrada, el sonido del llanto ahogado de la señora Dwyer todavía llegaba desde la casa.

Él estaba buscando su teléfono cuando éste sonó en su mano.

—Knox —dijo la voz de Lane, cortante y urgente—. La entrega de droga se ha confirmado para esta noche. A las ocho, en la playa de Seaton. Todos los equipos de vigilancia están en posición.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Los coches patrulla se habían convertido en una presencia constante en la carretera del puerto deportivo, y sus lentas rondas interrumpían el ritmo de sus noches. Observaba desde las sombras del viejo cobertizo para botes cómo otro vehículo rotulado barría el estacionamiento con sus faros y el haz de luz se detenía en las esquinas por las que antes se había movido sin ser visto. Habían pasado tres días desde que habían encontrado el cuerpo de Morrison, y la policía estaba ahora por todas partes. Su atención era una red asfixiante tendida sobre su terreno de caza.

Hizo rodar el guijarro entre los dedos, pero su peso familiar apenas le ofrecía consuelo. De alguna manera, la piedra parecía más pesada, cargada con la expectación de la justicia que impartiría. Pero su próximo objetivo seguía frustrantemente fuera de su alcance, protegido por las circunstancias y la intensificada vigilancia que se había cernido sobre la zona como una niebla.

A través de sus binoculares, podía ver luces que se movían en la distancia: oficinas donde su presa trabajaba hasta tarde, edificios que se habían convertido en fortalezas desde que la investigación se había intensificado. Los guardias de seguridad hacían rondas regulares, con sus linternas rasgando la oscuridad. Cámaras de vigilancia que llevaban meses inactivas de repente giraban y

enfocaban como ojos electrónicos que vigilaban en busca de amenazas.

El hombre al que había estado observando se había vuelto precavido. Donde antes unas rutinas predecibles habían simplificado la vigilancia, ahora sus movimientos eran erráticos e impredecibles. Los paseos vespertinos habían cesado. Los hábitos solitarios habían sido abandonados. Incluso sus patrones de fin de semana habían cambiado, como si algún instinto primitivo le advirtiera de un depredador que acechaba más allá del alcance de las farolas.

Resultaba casi satisfactorio ver cómo la cautela se apoderaba del comportamiento de su objetivo: las rápidas miradas por encima del hombro, la nerviosa consulta a su teléfono, la forma en que las conversaciones se interrumpían bruscamente cuando las sombras se movían de forma inesperada. Este hombre, que en otro tiempo se había movido con tanta seguridad, que se había aprovechado de los vulnerables sin consecuencias, estaba aprendiendo por fin lo que se sentía ser cazado. Pero el miedo no era suficiente. La justicia exigía su culminación.

Ajustó su posición en las sombras, observando cómo la policía había establecido puntos de vigilancia por toda la zona, y cómo su investigación se ceñía como una soga alrededor de los lugares donde debía hacer su trabajo. Estaban cerca, pero aún no entendían el patrón, esa lógica profunda que conectaba sus correcciones.

La fotografía que guardaba en el bolsillo había sido tomada tres semanas antes, cuando la vigilancia era más sencilla y los objetivos más accesibles. La imagen mostraba un momento de vulnerabilidad, una rutina que ya no existía. Todo había cambiado desde que encontraron a Morrison, desde que la investigación había subido de escalón. Lo que antes había sido predecible se había convertido en un caos.

Una radio crepitó en algún lugar cercano con voces que coordinaban los patrones y tiempos de respuesta. Se adentró más en las sombras, inspirando los familiares olores de la sal y la podredumbre. Aquel lugar había sido perfecto para observar, para planificar, para el paciente trabajo de comprender patrones y

debilidades. Ahora estaba comprometido y cada sombra ocultaba potencialmente a otro observador.

La espera se estaba volviendo insoportable. Lo de Morrison había sido rápido: un mensaje de texto, una cita en la ensenada aislada y la justicia había sido impartida con la subida de la marea. Pero esta próxima corrección requeriría tácticas diferentes. Su objetivo había aprendido a ser cauto y había abandonado las rutinas que posibilitaron las eliminaciones anteriores.

Bajó los binoculares y consultó el reloj. Pleamar en cuatro horas, pero las condiciones no eran las adecuadas; demasiada actividad, demasiados ojos vigilando. Las matemáticas de la justicia, como las de las mareas, requerían una sincronización perfecta. Si se precipitaba el cálculo, la ecuación entera se desmoronaba.

El guijarro en su palma parecía latir con su propia gravedad oscura, atrayéndolo hacia la culminación de su obra. Pronto, la atención de la policía se desviaría. Seguirían pistas falsas, perseguirían teorías que no llevaban a ninguna parte. Y en ese momento de menor vigilancia, su objetivo se encontraría a solas con la marea y la justicia que tanto tiempo había eludido.

Se guardó el guijarro en el bolsillo y se fundió de nuevo en las sombras más profundas, con la paciencia luchando contra la urgencia en su pecho. El día siguiente traería nuevas posibilidades y nuevos momentos de vulnerabilidad. La balanza se equilibraría, pero solo cuando fuera el momento adecuado.

La marea siempre regresaba, trayendo consigo la promesa de la justicia. Simplemente tenía que esperar el momento perfecto para impartirla.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Knox miró el reloj y comprobó que eran las cinco y media. Podría conducir hasta Plymouth, encontrar a Martin Dwyer y aun así volver a tiempo para la operación antidroga, pero dividir su atención ahora era peligroso. Tucker quedaría expuesto en cuanto los equipos de Lane se movieran, y Knox tenía que estar preparado.

En su lugar, llamó a la policía de Plymouth. Les dio los datos de Martin, les explicó que el nombre del hombre había surgido en un contexto delicado y pidió que comprobasen si se encontraba bien. Si alguien estaba utilizando la red de narcotráfico como tapadera para motivos personales, Martin podría estar ya en peligro. El sargento le prometió enviar una patrulla a la dirección y vigilarlo durante toda la noche.

Knox terminó la llamada y se quedó un momento sentado con el teléfono en la mano. Se imaginó el salón de los Dwyer e intentó comprender por lo que ambos padres estaban pasando.

Condujo hacia Seaton con inquietud. Las pruebas contra Tucker eran suficientes para justificar un arresto, pues la confesión de Croft sobre el dinero que pasaba por el puerto deportivo era un motivo claro. Aun así, parecía algo artificial, como si las piezas encajaran con demasiada facilidad. El nombre de Mia Dwyer en las notas de Croft permanecía en la mente de Knox como un recordatorio de que

la verdad podría ser más profunda que un hombre de negocios protegiendo sus ingresos.

La furgoneta de vigilancia era agobiante. El aire estaba cargado por el calor de los cuerpos y el siseo de la estática de la radio, mientras que el vaho empañaba el interior de las ventanillas. Knox se abrió paso y encontró a Lane en la parte delantera, con los auriculares bien ajustados y los ojos fijos en las imágenes en directo. Una fila de monitores mostraba la playa desde diferentes ángulos, fantasmagórica en el verde de la visión nocturna.

Lane levantó la vista brevemente.

—Llegas justo a tiempo.

Knox se inclinó para estudiar las pantallas. Unas lanchas se deslizaban por el agua oscura, lentas y deliberadas. La marea estaba en su punto álgido y el oleaje rompía suavemente contra los guijarros. Unas sombras se movían en la linde del bosque sobre la playa, y reconoció que eran las unidades tácticas en posición. Abajo en la arena, dos figuras arrastraban una caja para alejarla de una lancha neumática, sus movimientos eran apresurados bajo el resplandor de una linterna tapada.

—Son transportistas de Birmingham —murmuró Lane, con la voz neutra por la concentración—. Se abastecen en Londres. Llevan meses pasando mercancía por aquí.

Knox observó cómo llegaban más lanchas, silenciosas y veloces, con los motores reducidos a un murmullo. El oleaje se las tragaba y sus cascos chirriaban sobre los guijarros mojados. Varios hombres saltaron de ellas, con los hombros encorvados bajo el peso de paquetes envueltos en plástico. Por un momento pareció casi rutinario, un trabajo nocturno llevado a cabo con un ritmo ensayado.

Entonces se encendieron las luces. Haces de luz blanca de las lanchas de la policía barrieron la playa, rasgando la oscuridad. Los hombres se quedaron helados, atrapados en el resplandor. Se oyeron gritos autoritarios y secos. Las unidades tácticas surgieron de la linde del bosque, las figuras salían de su escondite y corrían con todas sus fuerzas. Knox vio a uno de los transportistas intentar correr hacia las dunas antes de ser derribado por dos agentes. Otro

tropezó en el oleaje y fue arrastrado fuera por un par de uniformados con botas de pesca.

La redada avanzó hacia el norte a lo largo de la línea de la marea y los agentes se desplegaron entre las lanchas y la maleza. Más sospechosos fueron inmovilizados, con las manos esposadas en la espalda, y se vieron bridas de plástico hincándose a la luz de las linternas. Knox vio pilas de paquetes sellados siendo arrastrados fuera del oleaje, cada uno transportado hasta un montículo creciente en la orilla. Su peso era asombroso.

Lane dio un golpecito en el monitor y las comisuras de sus labios se alzaron.

—Cocaína, heroína, drogas sintéticas. Su valor en el mercado es de decenas de millones. Esto es lo que hemos estado esperando.

Knox no dijo nada. En la pantalla, los hombres a los que se llevaban eran jóvenes, no mayores de lo que había sido su hermano. Reclutas locales de bajo nivel, carne de cañón para redes que se extendían hasta Birmingham, Londres y aún más lejos. La escala de aquello empequeñecía su propia investigación, y, sin embargo, el rostro de Croft, la lancha de Morrison y el nombre de Mia Dwyer en las notas de Croft pesaban más en la mente de Knox que cualquier cargamento apilado sobre los guijarros.

La radio no dejaba de crepitar en la furgoneta y las comunicaciones de cada equipo llegaban a los auriculares de Lane. Él asentía con respuestas cortantes, la eficacia de un hombre que había planeado cada paso y que ahora veía cómo su plan salía a la perfección.

Uno de los operadores giró en su silla.

—Señor, las unidades del perímetro informan que todo está despejado. Todos los sospechosos han sido detenidos. No ha habido filtraciones.

Lane exhaló un suspiro breve y satisfecho. Se quitó los auriculares y se frotó la marca que le habían dejado en el pelo.

—Ocho meses —dijo en voz baja—. Y esta noche ha dado sus frutos.

Se volvió hacia Knox, con la mirada aguda ahora que el momento era suyo.

—La propiedad de Tucker está cubierta. No ha habido movimiento desde esta tarde. Tienes vía libre para efectuar el arresto.

KNOX SINTIÓ la atracción de la expectación y la duda en partes iguales. En teoría, el caso contra Tucker parecía sólido; tenían la confesión de Croft, los registros bancarios y un motivo que encajaba. Pero los casos pulcros le hacían ser precavido. Pensó de nuevo en el nombre de Mia Dwyer en las notas de Croft, otra hebra que atravesaba la iglesia, y se preguntó qué revelarían las consecuencias de la redada de Lane.

El trayecto de vuelta a Exmouth serpenteaba a través de oscuros caminos resbaladizos por la escarcha. Sus faros delanteros barrían setos y árboles deshojados, y la noche estaba vacía a excepción del zorro ocasional que cruzaba el haz de luz. Knox habló con los equipos de arresto por radio, asegurándose de que el perímetro alrededor de la casa de Tucker estuviera establecido y cada salida cubierta. El plan era detenerlo en casa, lejos de su oficina y de los abogados que podrían retrasarlos.

La casa de Tucker se alzaba sobre el puerto deportivo en su colina, de cristal y piedra de cara al agua. Incluso sin luces parecía imponente, como una fortaleza moderna que contemplaba las hileras de amarres. Knox había pasado a menudo por delante durante la investigación, siempre consciente de cómo parecía vigilar el puerto como un centinela.

A las once y cuarto, recorrió el sendero de grava con dos agentes uniformados a cada lado. Los sensores de movimiento se activaron e inundaron la fachada de la casa de luz. Se oyeron pasos en el interior. La puerta se abrió y apareció Tucker en un batín de seda, con el pelo alborotado, parpadeando ante la luz artificial.

—William Tucker —dijo Knox, mostrando su placa—, está siendo detenido como sospechoso de los asesinatos de Michael Croft y Daniel Morrison. No tiene obligación de declarar, pero podría resultar perjudicado si no menciona, al ser interrogado, algo en lo que posteriormente se base su defensa ante un tribunal.

El rostro de Tucker pasó por la sorpresa, el cálculo y, finalmente, la ira.

—Esto es acoso —dijo, alzando la voz—. He cooperado con su investigación. Les brindé coartadas y respondí a todas sus preguntas.

—Todo lo que diga podrá ser usado como evidencia —dijo Knox e hizo una seña a los agentes—. Va a venir con nosotros, señor Tucker.

Las esposas se cerraron con un chasquido. Tucker giró la cabeza bruscamente hacia Knox.

—Quiero a mi abogado, Jonathan Carmichael.

Knox asintió a los agentes que lo detenían.

—Asegúrense de que esté cómodo en la comisaría. Y procuren que su abogado sea contactado de inmediato.

Los arrestos solían traer una tranquila sensación de orden, la creencia de que la justicia avanzaba. Sin embargo, aquel arresto estaba envuelto en necesidad política, y tenía la persistente idea de que podrían estar deteniendo al hombre equivocado.

A la una de la madrugada, estaba en el área de detenidos con una taza de café que hacía tiempo que se había enfriado. Tucker había sido procesado y metido en una celda mientras su abogado conducía toda la noche desde Southampton. Knox se sentó en el escritorio con los expedientes extendidos ante él, repasando cada página una por una, preparándose para lo que sin duda sería un interrogatorio difícil.

Ava llegó poco después de la una y media, con un aspecto tan agotado como el suyo. Se dejó caer en la silla a su lado.

—¿Cómo ha ido la operación antidroga?

—Fue un éxito rotundo. Siete arrestos y tres lanchas incautadas, suficiente material como para abastecer a la mitad del suroeste del país —dijo Knox y se frotó los ojos—. Lane está satisfecho. El Comisario Jefe está satisfecho. Todo el mundo está satisfecho menos yo.

—¿Todavía crees que falta algo?

Knox miró hacia las celdas.

—Repasemos lo que tenemos. La confesión de Croft muestra una trama de blanqueo de capitales que lleva meses en funcionamiento.

Tucker ha sido metódico. ¿Te parece que alguien así se arriesgaría a perderlo todo por asesinar a un vicario?

Ava abrió la carpeta que llevaba y deslizó una hoja sobre el escritorio.

—Los registros financieros lo respaldan. Hemos rastreado más de doscientas mil libras a través de las cuentas de Tucker en el último año. El patrón es consistente con el lavado de dinero de la droga a través del puerto deportivo.

—No discuto el lavado de dinero —dijo Knox—, pero el asesinato es otro nivel de riesgo. Tucker tenía a Croft donde quería, involucrado en la trama y cómplice. ¿Por qué matarlo?

—Porque Croft iba a confesar —dijo Ava—. La carta lo demuestra. Tucker no podía permitir que echara todo por la borda.

Knox se reclinó, pero la duda persistió. Había arrestado a suficientes criminales como para reconocer la diferencia entre el miedo y la indignación. La respuesta de Tucker parecía más bien lo segundo.

A LAS DOS y cuarto llegó Jonathan Carmichael. Knox lo conocía de casos anteriores, y sabía que era profesional y cordial, pero también sabía que sería implacable en la defensa de su cliente. Tras una consulta de treinta minutos con Tucker, el interrogatorio finalmente comenzó.

La sala de interrogatorios pareció más pequeña una vez que Carmichael se sentó junto a Tucker, con su traje impecable y su presencia firme y vigilante. Tucker estaba sentado con los brazos cruzados, el rostro tenso y el batín reemplazado por ropa limpia.

—Señor Tucker —comenzó a decir Knox, manteniendo un tono de voz ecuánime—. Tenemos pruebas de que ha utilizado su puerto deportivo para blanquear dinero de la droga. También creemos que asesinó a Michael Croft para evitar que destapara el operativo.

A Tucker se le encendieron las mejillas.

—Eso es absurdo. Dirijo un negocio legítimo, nunca he traficado drogas y nunca le he hecho daño a nadie.

Knox deslizó la confesión de Croft sobre la mesa. El papel pulcro, la letra cuidada, cada línea firmada.

—Este es el relato del propio Michael Croft. Detalla su rol, las transacciones y las facturas falsas. Guardó registros de todo.

Tucker leyó en silencio y su rostro iba crispándose a medida que pasaba cada página. Cuando terminó, empujó el documento de vuelta sobre la mesa con su mano temblando de ira.

—Esto es ficción. Croft debe haber estado enfermo de la cabeza e inventó esto para aliviar su conciencia. Nunca he blanqueado un céntimo.

—Los registros financieros coinciden con su versión de los hechos —dijo Knox—. Doscientas mil libras se han movido a través de sus libros contables de una manera que coincide con los patrones de blanqueo conocidos.

—Negocios —espetó Tucker—. Ventas de barcos, contratos, tasas de amarre. Todo está en regla.

Knox cambió de táctica.

—¿Y qué hay de Daniel Morrison? Trabajaba para usted.

—Ya se lo dije —dijo Tucker—: robó combustible, lo despedí y ahí se acabó todo.

—Está muerto, señor Tucker. Fue asesinado. Eso lo convierte en algo más que un robo y un despido.

Tucker sostuvo la mirada del detective. Su rostro seguía sonrojado, pero sus ojos eran firmes.

—No tuve nada que ver con su muerte. No le he visto desde el día en que lo despedí.

Knox dejó que el silencio se prolongara por un momento, y luego volvió a hablar.

—¿Ha oído alguna vez el nombre de Mia Dwyer?

Por un brevísimo instante, la expresión de Tucker cambió y un destello de reconocimiento lo atravesó antes de que sus facciones se relajaran.

—Nunca he oído hablar de ella.

—¿Está seguro? —preguntó Knox—. Su reacción ahora mismo sugiere lo contrario.

—No he reaccionado —dijo Tucker, aunque su voz había perdido parte de su firmeza.

—Mia Dwyer murió hace dieciocho meses de una sobredosis. Veintipocos años. Asistía a sesiones de terapia en la iglesia de Michael Croft —Knox mantuvo un tono ecuánime—. ¿Nunca se encontró con ella?

Carmichael se inclinó hacia delante y dijo, con voz dura:

—Inspector, esto es una maniobra de distracción. A menos que pueda aportar pruebas que vinculen a mi cliente con esta mujer, se está desviando mucho de los cargos que nos ocupan.

—Extraño, ¿no le parece? —dijo Knox—. Dos víctimas de asesinato relacionadas con la misma iglesia, ambas vinculadas al tráfico de drogas para el que usted ha estado blanqueando dinero. Y ahora una joven muerta por una sobredosis. Es una cadena de coincidencias que no puedo ignorar, señor Tucker.

—La correlación no es una prueba —dijo Carmichael con calma —. Está intentando construir un caso a partir de fragmentos. La carta de un muerto, registros comerciales ordinarios y especulaciones. Nada aquí vincula a mi cliente con la violencia.

Knox sintió que la tensión crecía en su pecho.

—Tenemos un motivo, tenemos medios y tenemos oportunidad. El rastro documental es claro.

—Sospechas y teorías —intervino Carmichael—. Una creencia no es una prueba. A menos que pueda presentar pruebas forenses, un testigo o algo sólido, no tiene nada —el abogado se levantó, recogiendo sus notas con deliberado cuidado—. Le aconsejo a mi cliente que no declare nada más. También exijo su puesta en libertad. No puede retenerlo basándose en conjeturas y en los escritos de un muerto.

Knox miró a Ava, cuya expresión reflejaba su propia frustración. Tenían la confesión de Croft, los rastros bancarios y una red que apuntaba directamente a Tucker. Pero Carmichael tenía razón: nada de eso lo vinculaba sin lugar a dudas con un asesinato.

El silencio en la sala se alargó. Knox podía sentir cómo el caso se le escurría de las manos y cómo su forma se desmoronaba.

—¿Inspector Knox? —el tono de Carmichael era firme pero mordaz—. Mi cliente ha cooperado plenamente. Ha respondido a preguntas, proporcionado coartadas, se ha sometido a este interrogatorio. A menos que esté preparado para acusarlo de delitos específicos, debe ponerlo en libertad.

La respuesta de Knox fue tranquila.

—No vamos a acusarlo en este momento.

El alivio brilló en el rostro de Tucker, aunque intentó enmascararlo.

—¿Entonces soy libre de irme?

Knox asintió a regañadientes.

—Puede marcharse, pero no debe abandonar la zona sin informarnos. Esta investigación sigue en curso.

Carmichael cerró su maletín con cuidado.

—Mi cliente permanecerá disponible para cualquier investigación legítima. Confío en que esta línea de acoso terminará ahora.

Knox observó cómo escoltaban a Tucker para que recogiera sus pertenencias. Después de la redada de Lane, había esperado que todo se aclarara, pero ahora sentía que no estaban más cerca de encontrar al asesino de lo que habían estado al principio.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Llevaba horas esperando.

La furgoneta estaba estacionada entre las sombras frente a la comisaría, con las ventanillas humedecidas por la condensación de la noche. A través del parabrisas, las ventanas iluminadas del edificio brillaban como linternas y cada movimiento en el interior se veía distorsionado por las lamas de las persianas venecianas. Las observaba moverse y vibrar, paciente como un pescador que espera la marea.

En la mano derecha hacía rodar el guijarro, que era tan liso como un hueso. Se imaginó dónde acabaría y una breve sonrisa se le dibujó en los labios.

Por fin, la puerta de la comisaría se abrió.

Por un momento, pensó que el plan podría torcerse. Su objetivo salió con otro hombre a su lado. Los dos hablaron brevemente en el estacionamiento, sus voces perdidas en la distancia y sus hombros juntos bajo la dura luz. Se dieron la mano y el amigo se marchó en coche, dejando al objetivo completamente solo, quien se detuvo como si el acto de mirar a su alrededor pudiera mantener el mundo a raya.

La furgoneta arrancó con un gruñido ahogado. Lo siguió a la distancia, con los faros atenuados mientras el coche se alejaba.

Cuando se presentó la oportunidad, lo adelantó con suavidad, invisible como cualquier otro viajero en la carretera desierta.

Tenía que ser hoy.

LO ESTABA ESPERANDO cuando el coche regresó, estacionado cerca de aquella dirección familiar que había estudiado noche tras noche. El hombre se bajó despacio, con paso vacilante al dirigirse a la puerta de casa.

El paño estaba listo, cuidadosamente doblado, y el dulzor de la sustancia química ascendía como una falsa promesa.

El hombre se giró para mirarlo con una expresión de confusión que no tuvo tiempo de articular.

Su cuerpo se desplomó, más pesado de lo esperado, y tuvo que arrastrarlo hasta la furgoneta. La carretera se desenrollaba bajo él y el asfalto negro daba paso a caminos que serpenteaban hacia la costa. En el asiento del copiloto, el guijarro esperaba.

La ensenada yacía en la oscuridad, un hueco de roca y guijarros que parecía acunar el mar. Las olas susurraban en la orilla, transportando secretos de aguas más profundas donde la luz nunca llegaba. Estacionó sobre la ensenada, escuchando la leve agitación en la parte de atrás.

El alba se abrió paso gradualmente en el horizonte: primero perla, luego plata, hasta que la superficie del agua relució con los colores de una hoja de acero. Las gaviotas giraban en lo alto, sus graznidos afilados contra el murmullo incesante de la marea.

Pensó en la voz de ella mientras arrastraba el cuerpo hasta la orilla. En cómo hablaba de las pozas de marea, de lo delicado que era todo y de cómo cada vida dependía de otra.

Dejó que el guijarro descansara en su palma y observó cómo las olas trepaban por la playa de guijarros.

El hombre murmuró cuando el agua lo alcanzó, pero ya no importaba. Lo mantuvo sumergido bajo el oleaje y, cuando exhaló su último aliento, le deslizó el guijarro en la mano.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Knox consiguió dormir a ratos unas tres horas en el sofá del despacho antes de obligarse a volver a su escritorio. Tenía la boca seca y los ojos doloridos. La puesta en libertad de Tucker había dejado un vacío en la investigación. Lo habían perseguido sin tregua, seguros de que era su hombre, pero ahora él estaba de vuelta en su casa mientras ellos seguían allí sentados, sin nada nuevo que mostrar.

Sacó el informe forense de Mia Dwyer de entre los archivos con la esperanza de que los detalles revelaran algo que hubiera pasado por alto. El lenguaje era clínico. Causa de la muerte: sobredosis de heroína. Insuficiencia respiratoria y pérdida de conocimiento. Se había ahogado con su propio vómito, incapaz de despejar las vías respiratorias. Knox se detuvo en la descripción. Era una especie de asfixia, ya que los pulmones se llenaban. No era tan diferente a los cuerpos que habían sacado del agua.

—¿Madrugando? —interrumpió la voz de Ava. Dejó dos tazas de café sobre el escritorio, y su expresión era casi tan demacrada como la de él.

—No he podido dormir —dijo Knox al tomar una de las tazas. El calor le escoció en las palmas de una forma agradable—. Siento que estamos acercándonos a algo que no podemos ver aún.

Ava se dejó caer en la silla de enfrente y echó un vistazo al informe que él tenía delante.

—¿Todavía crees que la muerte de Mia está relacionada?

—Hay demasiadas coincidencias como para ignorarlas —dijo y se frotó las sienes, intentando unir los cabos sueltos para formar una imagen coherente—. Mia muere de una sobredosis. Dos años después, mueren Michael Croft y Danny Morrison. Los dos la conocían y los dos estaban vinculados al mismo mundo en el que ella estaba atrapada. Tiene que haber un hilo del que tirar.

Ava sopesó su conexión con la mano apoyada en la carpeta.

—¿Y qué hay de Martin Dwyer?

Knox cerró el informe.

—Supongo que tendremos que hablar con él.

El trayecto hasta Plymouth les llevó dos horas de tráfico pesado. Knox apenas habló, dejando que la monotonía de la carretera le diera tiempo a decidir cómo abordar el asunto. Martin Dwyer no tenía antecedentes ni nada que sugiriera violencia. Lo único que tenían en su contra era el testimonio compartido de una mujer muerta.

El pasado naval de Plymouth se manifestaba por todas partes, desde los altos muros del astillero hasta los bloques de apartamentos nuevos agrupados frente al mar. La dirección que tenían los condujo a una calle tranquila, con hileras de casas adosadas con setos recortados y coches cuidadosamente estacionados a lo largo de la acera. Delante de una de ellas, había juguetes de plástico esparcidos por el césped.

Knox estacionó enfrente y se quedó en el coche por un momento, observando la casa. Las cortinas se movieron en una ventana del piso de arriba. La voz de una mujer llegó desde el interior, seguida por el sonido de risas infantiles. Parecía un hogar familiar cualquiera. Knox sabía bien que, a veces, era ahí donde se ocultaban los peores secretos.

—¿Lista? —preguntó él.

Ava asintió, aunque se notaba su duda. Interrogar a alguien sobre abusos de hacía décadas era delicado en el mejor de los casos. Cuando esa persona tenía hijos propios, conllevaba un peso adicional.

Antes de que llegaran a la puerta, esta se abrió. Martin Dwyer apareció en el umbral. Rondaba los treinta y cinco, con el pelo raleando y la complexión delicada de un hombre que trabajaba detrás de un escritorio. Sus ojos pasaron de uno a otro con inquietud, pero no lo habían tomado por sorpresa.

—¿Puedo ayudarles? —preguntó.

Knox le mostró su placa.

—¿Señor Martin Dwyer? Soy el Inspector Knox y esta es la Sargento Carter. Queríamos hacerle unas preguntas sobre su prima Mia.

El rostro de Martin perdió el color.

—¿Mia? Murió… ¿hace cuánto? ¿dos años?

—¿Podemos pasar? —preguntó Knox.

Martin miró hacia el vestíbulo, donde la voz de una mujer preguntó quién estaba en la puerta. Se movió incómodo.

—Mi mujer está preparando a los niños para el colegio.

Martin salió, cerró la puerta a su espalda y los condujo a un banco en el pequeño jardín delantero. Se sentó pesadamente, como si se estuviera preparando para un golpe.

—¿De qué se trata esto? —preguntó Martin—. Mia murió de una sobredosis.

Knox mantuvo un tono neutro.

—Estamos investigando una serie de muertes de gente relacionada con Mia. Necesitamos entender su pasado.

Las manos de Martin se movían nerviosas en su regazo.

—No la conocía bien, solo de reuniones familiares. Cumpleaños, Navidades… ese tipo de cosas.

Ava se inclinó hacia delante.

—Eso no es lo que nos han contado. Usted se alojó con su familia durante varios meses en su adolescencia.

Martin frunció el ceño.

—Cuando era un niño, sí. Mis padres se estaban separando, así que me quedé con parientes por un tiempo. Apenas me acuerdo.

Knox lo observó con atención.

—Mia recordaba aquella época con detalle. Habló al respecto durante sus sesiones de terapia, sobre cosas que ocurrieron mientras usted vivía en la casa.

Martin levantó la cabeza bruscamente.

—¿Qué cosas?

—Dijo que usted abusó de ella —dijo Knox, manteniendo la voz baja.

Por un momento, Martin pareció anonadado. Se le desencajó el rostro y la boca se le movió sin articular palabra antes de negar con la cabeza enérgicamente.

—No, eso no es verdad. Jamás toqué a Mia. Jamás haría daño a un niño. ¿Qué es esto?

Ava habló en voz baja.

—Dio relatos detallados, Martin. Coherentes, específicos. No era un vago recuerdo ni una confusión.

—Pues entonces mentía —dijo Martin, ahora alzando la voz—, o se equivocaba. No sé por qué diría algo así, pero no es verdad.

Knox lo miró fijamente.

—Los niños no se inventan historias así. No con tanto detalle, no a esa edad.

Martin apretó sus manos.

—Yo tenía diecisiete años y estaba lidiando con mis propios problemas. Apenas interactuaba con ella más allá de la vida familiar normal.

—¿Así que está diciendo que se lo inventó todo? —dijo Knox.

—Estoy diciendo que nunca ocurrió —espetó el hombre—. Fuera lo que fuese que ella creyera, no era real. Yo no abusé de ella.

Knox sintió que perdía el control. Las respuestas tranquilas que había preparado durante el viaje de ida se habían desvanecido.

—Cargó con ese secreto durante años, Martin. La destrozó. Recurrió a las drogas por lo que usted le hizo, y esas drogas la mataron.

Oyó que Ava tomaba una respiración profunda. Sabía que estaba perdiendo el control, que estaba equiparando lo que le había sucedido a Mia con sus propios fracasos con Caleb.

Los ojos de Martin se abrieron con incredulidad.

—No, no puede echarme la culpa. Yo no le arruiné la vida, ella tomó sus propias decisiones.

—¿Decisiones? Tenía ocho años cuando usted se quedó en su casa. ¿Qué opción tenía?

La cara del acusado enrojeció al mirar hacia la casa.

—Esto es acoso. No me voy a quedar aquí a escuchar mentiras sobre algo que nunca ocurrió.

Ava se acercó a Knox, como una advertencia silenciosa para que no dejara que su ira se apoderara de él.

Él también se levantó, acortando la distancia.

—Voy a investigar cada aspecto de su vida. Cada página web, cada mensaje, cada lugar en el que haya estado cerca de niños. Si hay algo, lo encontraré.

La voz de Martin se quebró al gritar.

—Tengo mis propios hijos. ¿Cómo se atreve siquiera a sugerir que les haría daño? Está loco —dijo, con lágrimas asomándose a sus ojos, su ira y su miedo mezclándose—. Está intentando destrozar a mi familia basándose en la palabra de una drogadicta muerta. Es asqueroso.

—La gente como usted no cambia —dijo Knox, con palabras entrecortadas—, solo aprenden a esconderse mejor.

—Lárguese de mi propiedad —espetó Martin. Le temblaban las manos, pero su mirada era fija y furiosa.

Knox no se movió. El impulso de presionar más era fuerte, de romper el muro de negación. Pero Ava le tocó el brazo ligeramente.

—Deberíamos irnos —dijo en voz baja pero firme.

Knox miró a Martin una última vez. El hombre tenía la cara roja y congestionada y la respiración agitada, pero su negación era inquebrantable. O era el mentiroso más convincente que jamás había conocido, o realmente se creía sus propias palabras.

—Estaremos en contacto —le dijo secamente.

Martin se quedó rígido en la puerta mientras regresaban al coche, sin apartarles la vista de encima hasta que se alejaron de la acera.

Condujeron en silencio durante un rato.

—¿Estás bien? —preguntó Ava al fin.

—Él le destrozó la vida —dijo Knox con la vista fija en la carretera —. Y ahora está ahí, con sus propios hijos. ¿Cómo puede ser eso justo?

—No lo es. Pero no podemos detener a alguien basándonos en un instinto. Necesitamos pruebas. Lo que le ocurrió a Mia está enterrado en el pasado… y, sin pruebas, ahí se quedará.

Knox no respondió. Sabía que ella tenía razón, y también sabía instintivamente que no estaba reaccionando de forma racional, pero su ira todavía ardía. Cuando regresaron a la comisaría, aún no se había disipado. Se obligó a centrar de nuevo su atención en Tucker.

El Inspector Jefe Grant había aprobado una solicitud de orden judicial para registrar por completo su casa y las oficinas del puerto deportivo. Las incautaciones de droga de Seaton ya estaban produciendo nueva información de inteligencia, y los analistas financieros trazaban el flujo de dinero a través de capas de cuentas. Como mínimo, se esperaba que Tucker se enfrentara pronto a cargos de blanqueo de capitales.

Knox se sentó en su escritorio, el papeleo extendido ante él, con la mirada perdida en cifras que no tenían mucho sentido. Las cuentas de Tucker estaban ahí, en blanco y negro, pero sus pensamientos no dejaban de volver a Martin Dwyer y su negación rotunda. Aún podía visualizarlo de pie en el umbral, rígido de indignación.

Decidió llamar a una antigua colega, Talia Mills. Habían trabajado juntos en casos a lo largo de los años, normalmente cuando la Brigada de Investigación Criminal tenía que apoyar a Protección de Menores. Habían chocado en más de una ocasión, pero la respetaba. Ella también lo respetaba a él, aunque no le toleraba sus métodos rápidos.

Tomó el teléfono. Si alguien iba a escucharlo, era Talia, pero pedírselo significaba adentrarse en terreno pantanoso, cosa que ella

no le agradecería.

Aun así, la idea de los hijos de Martin en esa casa le carcomía por dentro. Knox pulsó el botón de llamada.

—Mills —respondió la voz al otro lado del teléfono, enérgica como siempre.

—Talia, soy Jacob Knox. Necesito un favor.

Hubo una pausa.

—¿Qué tipo de favor?

—Una comprobación de antecedentes. Martin Dwyer, de Plymouth. Tiene el expediente limpio, pero tengo serias dudas. Tiene acusaciones antiguas, nada corroborado. Ahora tiene hijos pequeños.

—Jacob, ya sabes cómo suena esto. Sin caso ni pruebas no hay autoridad.

—No estoy pidiendo un expediente —dijo Knox—, solo un vistazo. Con discreción. Su uso de internet, actividad en línea, cualquier cosa que pueda sugerir un riesgo.

—Eso es vigilancia sin autorización —su tono se endureció—. Si esto sale a la luz, me dejarás en la estacada.

Knox se frotó la frente.

—Si está limpio, no pasa nada. Si no lo está, cada día que esperamos es un día más en el que esos niños están en riesgo.

Talia suspiró al otro lado de la línea. Se la imaginó pellizcándose el puente de la nariz, como siempre hacía cuando sopesaba una mala opción.

—No puedo prometerte nada oficial. Pero puedo vigilar los canales habituales. Si su nombre aparece, te enterarás.

—Es todo lo que pido.

—No hagas que me arrepienta de esto, Jacob.

—Gracias, Talia, te debo una.

YA HABÍA ANOCHECIDO cuando Knox salió de la comisaría. La orden para los registros de Tucker aún no había sido autorizada y, por el momento, Martin Dwyer estaba fuera de su alcance. Lo único que

sabía con certeza era que el asesino andaba suelto y que existía una alta probabilidad de que volviera a atacar.

En la puerta de Lucy, Dylan salió disparado, con las uñas repiqueteando sobre el suelo de baldosas. La mujer lo siguió con la correa en la mano.

—No ha dado ningún problema —dijo ella, ofreciéndole una sonrisa cansada—. Es mejor compañía que la mayoría de la gente.

Knox le enganchó la correa.

—En eso estoy de acuerdo —dijo él. Las orejas de Dylan se irguieron como si supiera que estaban hablando de él.

—Estás hecho polvo —dijo Lucy—. Quizá esta noche deberías intentar descansar en lugar de… —se interrumpió y negó con la cabeza—. Olvídalo.

Se encontró con su mirada por un momento y vio en ella una preocupación familiar, pero desvió la vista. Sabía que todo entre ellos estaba sin resolver, y aunque quizá podría arreglarlo si se quedaba a pasar la noche, la investigación ocupaba demasiado espacio en su cabeza.

—Lo llevaré a pasear por el río. Para despejarme.

Lucy asintió, vaciló como si quisiera decir algo más, y luego retrocedió hacia el pasillo.

—Descansa, Jacob —dijo, cerrando la puerta con la mirada baja.

Knox condujo a Dylan por el camino hasta donde tenía el coche estacionado. Se quedó sentado un rato antes de girar la llave, pensando en el silencio que siempre parecía crecer entre él y Lucy. Se planteó volver, pero en su lugar arrancó el motor y condujo hasta Topsham.

El pueblo estaba casi desierto cuando llegó. Los escaparates estaban a oscuras y las farolas del muelle arrojaban pálidos charcos de luz sobre los adoquines. Dylan tiraba de él con la nariz pegada al suelo, ansioso por moverse. Knox permitió que el animal lo guíe, dejándose llevar por el ritmo del paseo. Se dijo a sí mismo que estaba allí para ordenar sus pensamientos, pero lo único que consiguió fue que los mismos nombres volvieran a dar vueltas en su cabeza: Tucker con

su abogado caro, Martin Dwyer rígido en su negación, Mia atrapada en algún punto intermedio.

La marea golpeaba contra el muro del muelle, el agua se movía y se rompía en la luz. Knox se detuvo para dejar que Dylan olisqueara el borde. Por un momento, sintió que la calma del río lo invadía, una rara quietud.

Su teléfono sonó. El sonido fue estridente en el silencio.

—Señor —dijo la voz del sargento de servicio, seca y prudente—. Me temo que tenemos otro cadáver. Lo ha encontrado un corredor hace una hora. En Horseshoe Cove, el mismo tramo donde se encontró a Danny Morrison.

Knox apretó la correa. Dylan le dio vueltas a las piernas, moviendo la cola.

—¿Circunstancias?

—Es demasiado pronto para confirmarlo, pero parece probable que sea inmersión. Está colocado por encima de la línea de pleamar. La científica va en camino.

Knox terminó la llamada y miró hacia el agua. Dylan se apretó contra su pierna, cálido y firme, con la cola meneándose ligeramente como si supiera que algo iba mal.

Ellos habían estado persiguiendo a Tucker y él había estado presionando a Martin Dwyer, pero mientras tanto, alguien más había actuado.

Knox se giró hacia el coche.

—Vamos, chico. Puedes hacerme compañía.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Knox conducía por las calles vacías con Dylan en alerta en el asiento trasero, y su presencia le resultaba reconfortante. A pesar del descubrimiento del nuevo cadáver, el enfrentamiento con Martin Dwyer se repetía en su mente como un disco rayado. La negación absoluta del hombre, su propia ira apenas contenida y la forma en que había dejado que el enfado personal se antepusiera a su juicio profesional.

Era consciente de que se había pasado de la raya al amenazar a un hombre basándose en acusaciones antiguas que no podían demostrar, dejando que su frustración por la muerte de Mia y su propio duelo no resuelto por Caleb nublaran su trabajo como detective.

La incómoda verdad era que la sorpresa de Martin había parecido genuina. Knox había interrogado a suficientes sospechosos a lo largo de los años como para reconocer la diferencia entre la culpa y la inocencia, y su reacción había parecido más un desconcierto real que un engaño calculado. Pero la posibilidad de que Mia se hubiera equivocado o confundido sobre su agresor parecía otra traición a su memoria.

Knox agarró el volante con más fuerza, pues sabía que sus reacciones emocionales estaban comprometiendo la investigación. No había logrado salvar a Caleb, no había sido capaz de proteger a

Mia ni siquiera póstumamente, y ahora estaba dejando que esa culpa acumulada envenenara su juicio. Dylan se movió, sus ojos oscuros observándolo como si sintiera que estaba perdiendo el control. Knox a veces se preguntaba si Dylan entendía más de la fragilidad humana que la mayoría de la gente, o al menos más de lo que él mismo entendía sobre la suya propia.

Knox llegó a Horseshoe Cove con el animal sentado en alerta y sus orejas erguidas. El estacionamiento ya estaba abarrotado de vehículos de emergencias, cuyas luces azules y blancas rasgaban la penumbra del amanecer y se reflejaban en las nubes bajas que se cernían sobre la costa.

El viento era más fuerte aquí que en el pueblo, arrastrando desde la playa a la maresía y el olor más profundo y complejo del mar: algas, salmuera y algo más que no lograba identificar.

Abajo, unos focos portátiles resplandecían en la playa como un plató de cine, proyectando duras sombras sobre las rocas y la arena. El sonido de las olas rompiendo contra los acantilados era más fuerte aquí, y dicho ritmo incesante habría enmascarado cualquier ruido durante el crimen.

Knox le enganchó la correa a Dylan y caminó hasta el borde del acantilado para admirar la escena de abajo. La marea estaba bajando y dejaba una franja oscura de arena mojada y algas esparcidas que brillaban bajo las luces artificiales. Los agentes de la policía científica se movían por la playa con su habitual y metódica eficiencia, los flashes de las cámaras centelleaban a medida que documentaban cada detalle antes de que las pruebas pudieran contaminarse o perderse.

El cuerpo yacía boca abajo cerca de la línea de la marea, colocado con la misma precisión cuidadosa que Knox había visto en las escenas de los crímenes anteriores. Incluso desde esa distancia, podía ver la forma en que la figura había sido dispuesta. No era la postura desgarbada y aleatoria de alguien que se había caído o había sido arrastrado por la corriente, sino la colocación deliberada de alguien que quería que el cuerpo fuera encontrado de una manera específica.

—Maldición, jefe, ¿ese es Dylan? —La voz entusiasta del agente Walsh resonó por el estacionamiento, seguida por el sonido de varios agentes que se acercaban—. Hacía siglos que no lo veía.

A pesar de la gravedad de la situación, Knox se vio rodeado de compañeros que parecían más interesados en el perro que en la escena del crimen de abajo. Dylan aceptó su atención con su dignidad habitual, moviendo la cola educadamente mientras distintas manos se extendían para rascarle detrás de las orejas. Knox observó la interacción y notó cómo la presencia del animal parecía aliviar la tensión del grupo, el mismo efecto que había tenido en Caleb durante sus mejores días.

—Está más grande —observó Walsh, agachándose hasta su altura—. ¿Cuántos años tiene ahora?

—Tres —respondió Knox, aunque su atención seguía centrada en la playa de abajo. Dylan se apoyó en el toque de Walsh y su cola golpeó contra el suelo con el afecto natural que lo había convertido en un gran consuelo para Caleb. Knox recordó cómo su hermano se sentaba durante horas con el perro acurrucado a su lado, cuya presencia constante era una de las pocas cosas que podían calmar la inquieta ansiedad de Caleb.

—Es precioso —añadió uno de los agentes de uniforme—. Qué pena que no podamos tener perros así en la comisaría.

Knox le entregó la correa de Dylan a Walsh, que la aceptó con evidente placer. El perro miró a su amo y su cola dejó de moverse un poco, como si entendiera que lo estaba dejando atrás.

—Vuelvo enseguida —dijo Knox, agachándose para acariciarle la cabeza a Dylan. La cola del perro golpeó una vez contra el suelo en un pequeño gesto de aceptación que, de alguna manera, hizo que se sintiera peor por dejarlo.

El camino que bajaba a la playa era traicionero en la oscuridad, un sendero estrecho que zigzagueaba entre piedras sueltas y trozos de creta que se desmoronaban. Knox se tomó su tiempo, usando la cuerda guía que habían tendido a lo largo de la pared del acantilado y comprobando cada paso antes de cargar su peso. Los focos portátiles de abajo proporcionaban algo de iluminación, pero

también creaban sombras profundas que podían ocultar un mal paso.

Mientras descendía, se encontró pensando en el esfuerzo necesario para llevar un cuerpo a este lugar. El asesino habría tenido que recorrer este mismo camino en la oscuridad, probablemente cargando o arrastrando a una víctima que estaba inconsciente o ya muerta.

Sugería a alguien con una fuerza física considerable y un conocimiento profundo de la costa. El aislamiento aquí era total; no había casas en casi un kilómetro a la redonda, ni farolas, ni testigos casuales que pudieran interrumpir el trabajo del asesino.

La playa se sintió diferente una vez que Knox llegó abajo. Estaba más cerrada y aislada del mundo de arriba. El sonido de las olas era más fuerte, un ritmo constante que habría enmascarado cualquier ruido durante el crimen. El viento azotaba la arena, arrastrando una maresía que escocía en sus ojos y hacía parpadear los focos portátiles. Sobre ellos, los acantilados se alzaban como muros negros que aislaban la escena del crimen del resto del mundo.

Knox reconoció a la jefa de la científica, Deborah Watson, de las escenas de los crímenes anteriores, quien levantó la vista cuando Knox se acercó. Su expresión era sombría detrás de la mascarilla protectora.

—El mismo *modus operandi* que las otras veces —dijo—. Cuerpo colocado boca abajo, sumersión parcial, escenificado para que parezca un accidente. Pero hay claras señales de violencia: traumatismo craneal y marcas de ataduras en las muñecas.

Knox asintió, poniéndose el traje de papel y los guantes que le entregaron. El familiar ritual de enfundarse en el traje siempre se sentía como cruzar un umbral y dejar el mundo de los vivos para examinar los asuntos de los muertos. En la relativa quietud de la playa, podía oír el ladrido ocasional de Dylan muy por encima, traído por el viento.

—¿Se lo ha identificado ya? —preguntó Knox.

—Nada a la vista. Los bolsillos están vacíos, ni billetera, ni teléfono. Pero la ropa sugiere que era alguien con dinero: chaqueta cara, buenos zapatos. No es el típico sintecho o drogadicto.

Knox se acercó a la escena del crimen y sus botas crujieron en la arena mojada. El cuerpo pertenecía a un hombre, bien vestido a pesar de los efectos del agua salada y el tiempo. El asesino había utilizado la misma puesta en escena cuidadosa que las veces anteriores, colocando a la víctima donde sería encontrada pero no identificada de inmediato.

—¿La mano? —preguntó Knox.

Deborah asintió.

—Sostenía un guijarro, como los demás. ¿Listo para que le demos la vuelta?

Knox asintió, aunque sintió la familiar opresión en el pecho que precedía a la visión del rostro de una víctima. No importaba en cuántas escenas del crimen hubiera trabajado, siempre existía ese momento de reconocimiento humano, el instante en que un cuerpo se convertía en una persona con un nombre y una vida que había sido truncada.

Deborah y su equipo giraron el cuerpo con cuidado y lo pusieron boca arriba, sujetando la cabeza y el cuello para preservar cualquier prueba. Knox se acercó, preparándose para ver a otro extraño cuya muerte se convertiría en su responsabilidad resolver.

El rostro que le devolvió la mirada estaba maltrecho por las rocas y el agua salada, pero era inconfundiblemente familiar.

No le sorprendió demasiado estar mirando el rostro de William Tucker.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Knox contemplaba el rostro de Tucker, pálido e hinchado bajo las luces intensas. Horas antes se había sentado frente a él en una sala de interrogatorios, obligado a dejarlo marchar cuando el caso se desmoronó por argumentos legales y falta de pruebas. Ahora, Tucker yacía en la arena de Horseshoe Cove, otro cuerpo colocado con la misma fría precisión que el de Morrison.

El rugido de los motores llegaba desde lo alto del acantilado. Los faros barrieron el estacionamiento de arriba, las puertas se cerraron de golpe, las voces se alzaron a medida que llegaban más agentes. Knox se quedó en donde estaba, con la maresía picándole en los ojos, mientras intentaba reconciliar al hombre vivo que había dejado en libertad con el cadáver dispuesto a sus pies.

Deborah Watson se acercó.

—Señor, tenemos que procesar la escena antes de que cambie la marea. ¿Ha terminado usted con su inspección inicial?

Knox retrocedió y se quitó los guantes.

—Documéntelo todo tal y como está. Y, Deborah, esta víctima estuvo en comisaría hace unas horas. Los medios nos van a despellejar en cuanto esto se sepa.

—Entendido. Blindaremos los protocolos, señor.

Subió lentamente por el sendero del acantilado y sus botas resbalaban en la creta suelta. Las luces del estacionamiento se

hacían más intensas a cada paso, y las voces llegaban en ráfagas, secas y urgentes. Cuando llegó arriba, le dolían las piernas y sus pensamientos seguían desordenados.

El Inspector Jefe Lane estaba junto a la cinta policial, con la chaqueta subida hasta el cuello para protegerse del viento y el rostro contraído bajo el resplandor de los focos. Interrumpió una conversación con un agente en cuanto vio a Knox y se dirigió hacia él justo cuando Dylan tiró de la correa y obligó a Walsh a acercárselo.

—¿Qué tenemos? —preguntó Lane, su mirada le pasó por encima en dirección a la playa.

Knox dejó que Dylan se apoyara en su pierna antes de responder.

—Es Tucker.

Por un segundo, Lane no dijo nada. Su rostro pasó de la incredulidad al cálculo.

—¿Tucker está muerto?

—Igual que Morrison. El cuerpo escenificado, boca abajo, con marcas en las muñecas y un guijarro en la mano.

Lane exhaló bruscamente.

—Tiene que ser una venganza. Anoche golpeamos a la banda de las rutas comarcales e interceptamos su cargamento, nos llevamos a la mitad de sus camellos. A las pocas horas, la persona que les blanqueaba el dinero aparece muerta —Lane negó con la cabeza—. No puede ser una coincidencia.

—¿De verdad cree que la redada ha provocado esto? —preguntó Knox, pensando en la indignación de Tucker la última vez que lo había visto.

—Por supuesto que sí, no se puede desmantelar una operación así sin que haya consecuencias. Alguien decidió que Tucker era prescindible o un riesgo. En cualquier caso, lo han quitado del tablero.

Lane era convincente, pero Knox no estaba seguro. La pulcra escenificación no parecía obra de un grupo de crimen organizado que quería dar un escarmiento. Parecía deliberado de otra manera, personal y casi íntimo, sobre todo tan poco tiempo después de las otras muertes.

—¿Sabe que lo interrogamos?

La expresión de Lane se ensombreció.

—Sí, lo sé. La banda de crimen organizado pudo haber creído que estaba cooperando.

La lógica era impecable, pero quienquiera que hubiese matado a Tucker se había tomado su tiempo y lo había colocado ceremonialmente, como a los otros dos. No era así como las bandas solían eliminar los cabos sueltos. Lo único que confundía a Knox era la rapidez del asesinato. El responsable debía de haber estado vigilando a Tucker todo el tiempo y debía de haber sabido que había estado en comisaría, lo que encajaba más con la teoría de Lane.

—¿Por qué mataría la banda criminal a Croft y Morrison?

Lane le lanzó una mirada dura.

—Los tres están implicados de una forma u otra. ¿Tiene usted una teoría mejor?

Knox quería discutir. Pensó en Michael Croft, un vicario que de alguna manera se había metido en el blanqueo de dinero; en Morrison, un ladrón de poca monta con una lancha que transportaba armas de fuego; y ahora en Tucker, el hombre de negocios en el centro de todo. Ninguno de ellos parecía una pieza clave en la red de Lane, pero estaban vinculados a ella de un modo u otro.

—¿Se le ocurre algún significado para los guijarros colocados en las manos de las víctimas? —preguntó Knox.

Lane negó con la cabeza.

—Eso es nuevo para mí. Podría ser alguien que está jugando con nosotros.

Knox no creyó que fuera el caso, pero Lane ya había tomado una decisión. Insistir solo ampliaría la brecha entre ellos.

Lane se volvió hacia el estacionamiento, marcando ya un número mientras caminaba.

—Informaré a mi equipo, me aseguraré de que cualquiera que esté expuesto quede cubierto. Debería hacer usted lo mismo por su parte —hizo una breve pausa—. Y, Knox, la operación de anoche funcionó porque Tucker seguía libre. Haberlo arrestado antes podría haberlo arruinado todo.

Knox vio cómo el hombre se marchaba, inseguro sobre si sus últimas palabras eran un cumplido o una reprimenda.

A su lado, Dylan se apretó contra él y su cola dio un único golpe antes de quedarse quieta de nuevo. Knox se agachó y apoyó una mano en el lomo del perro mientras la escena se desarrollaba abajo. Los focos arrojaban una luz intensa sobre la arena, donde el equipo de Watson fotografiaba cada ángulo antes de meter a Tucker en una bolsa para cadáveres. Se quedó hasta que subieron la camilla por el sendero, cuando las ruedas traquetearon contra los escalones de creta, y hasta que se cerraron las puertas de la furgoneta.

Knox volvió al coche con Dylan siguiéndole los talones. El cielo por el este se había suavizado hasta un tono gris, y era el primer indicio del día aplanando el brillo negro del mar.

—Bueno, tenemos que llevarte con Lucy —le dijo a Dylan, cuya cabeza se inclinó al oír el nombre de la mujer.

Treinta minutos más tarde, Lucy abrió la puerta con una taza de café en la mano. Su sonrisa fue cortés a medida que Dylan entraba sin dudar, meneando la cola y dirigiéndose directamente al rincón donde solía estar su cuenco.

—Buenos días —dijo ella, haciéndose a un lado—. ¿Noche movida?

—Otro cadáver.

Lucy dejó su taza y se agachó para frotarle el cuello a Dylan, su tono era más suave para él de lo que había sido para Knox.

—¿Alguien a quien conozca?

—William Tucker. El dueño del puerto deportivo al que detuvimos ayer.

Ella asintió una vez y se dio la vuelta para llenar el cuenco de agua de Dylan. No hizo más preguntas, ni mostró un atisbo de interés en su respuesta.

—Tendré que dejarlo contigo casi todo el día —dijo Knox—. Estaremos ocupados con el caso de Tucker.

—No hay problema —respondió Lucy, enjuagando su taza en el fregadero antes de dejarla boca abajo para que se secara. No lo

miró al hablar.

Knox permaneció en la pequeña cocina, que era cálida y olía a café recién hecho. Sabía que debía decir algo, pero su mente estaba en otra parte.

—No te preocupes por Dylan —dijo Lucy—. Ya sabes que puede quedarse aquí todo el tiempo que sea necesario.

En el umbral, Lucy esbozó una leve sonrisa. Cerró la puerta con cuidado y dejó a Knox en la calle silenciosa. Las ventanas de la casita brillaban con la luz del alba. Su voz permaneció en su mente, cautelosa y educada. Había oído ese tono antes en Emma, cuando las cosas habían empezado a ir mal.

El trayecto de vuelta fue silencioso. Sin Dylan, el coche parecía vacío. Knox mantuvo la vista en la carretera con los pensamientos Emma, en la forma en que ella había empezado con el mismo tono educado, las mismas pequeñas muestras de distanciamiento. Se había dicho a sí mismo que no era nada, que el trabajo se calmaría y que ella esperaría. Pero cuando entendió que no lo haría, ya se había ido. Temía que Lucy ya estuviera a medio camino por la misma senda, y él estaba dejando que ocurriera de nuevo.

En casa, la ducha caliente no pudo deshacer el nudo que tenía en el pecho. Se vistió con un traje oscuro, ropa elegida por deber más que por comodidad.

Hizo café y lo dejó enfriándose en la encimera. El silencio lo oprimía; sin Dylan, las habitaciones parecían vacías, así que se fue en cuanto estuvo listo.

El tráfico se intensificó de camino a la jefatura. Ignoró la radio y centró sus pensamientos en la cronología: Croft, Morrison, ahora Tucker. Pensó en la sobredosis de Mia dieciocho meses atrás y en Martin Dwyer, y se preguntó de nuevo cómo se conectaba todo.

Su móvil vibró con mensajes mientras estacionaba. Los periodistas ya estaban merodeando, pues la noticia se extendía más rápido de lo que las versiones oficiales podían contener. Silenció las alertas, sabiendo que cualquier cosa que se dijera ahora tendría que pasar por Helen.

El edificio bullía con la gente de Lane. Se abrió paso hasta la sala de operaciones hasta que Walsh lo vio y señaló con la cabeza hacia el despacho de Helen.

A través del cristal, Knox vio que Lane ya estaba allí, inclinado sobre el escritorio de ella.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Knox se detuvo ante la puerta y oyó retazos de una conversación sobre asignación de recursos y estrategia mediática. Parecía que ya estaban planeando cómo gestionar la respuesta pública a la muerte de Tucker y cómo minimizar los daños a la investigación general.

Golpeó y entró sin esperar permiso. Helen levantó la vista desde su escritorio y pudo ver que tenía una expresión casi de disculpa, mientras Lane estaba sentado en la silla de visitas como si el sitio le perteneciera.

—Jacob —dijo Helen, señalando una silla vacía—. El Inspector Jefe Lane me estaba explicando su evaluación del asesinato de Tucker. Cree que está directamente relacionado con la operación antidroga de anoche.

Knox se sentó.

—Es una posibilidad, pero creo que también debemos considerar otros móviles.

La expresión de Lane se endureció.

—No empecemos otra vez.

Knox miró alternativamente a Lane y a Helen. Sería fácil dejar las cosas como estaban y simplemente atribuir los asesinatos al grupo de delincuencia organizada, pero había demasiados cabos sueltos.

—Como ya le he dicho al Inspector Jefe Lane, creo que la puesta en escena es demasiado elaborada para un asesinato profesional.

—Pero las tres víctimas estaban relacionadas con la operación de Tucker —dijo Helen—. Croft blanqueaba dinero, Morrison parece haber estado implicado en el contrabando y el tráfico de armas, y ya conocemos la implicación de Tucker.

Knox sintió su frustración crecer.

—Las conexiones son circunstanciales, no fundamentales. Como si alguien estuviera usando la red de narcotráfico como tapadera para algo más personal.

Lane se giró hacia él.

—Knox, entiendo que ha estado trabajando en este caso desde el principio, pero a veces una nueva perspectiva ayuda a identificar patrones que no son evidentes a primera vista. Tres asesinatos, todos relacionados con una operación de blanqueo de dinero y narcotráfico, todos ocurridos en torno a una importante redada antidroga. La explicación más sencilla suele ser la correcta.

Miró a Helen. La interpretación de Lane era pulcra, profesional y estaba respaldada por ocho meses de datos de vigilancia. La teoría de Knox era poco más que instinto y la molesta sensación de que se les estaba escapando algo crucial sobre la verdadera motivación del asesino.

—¿Y ahora qué? —preguntó Helen.

—Iniciaremos una investigación exhaustiva sobre cualquiera relacionado con el grupo de contrabando que pudiera haber tenido acceso a Tucker —respondió Lane de inmediato—. Protección reforzada para los posibles testigos y coordinación con las unidades de crimen organizado de Londres y Birmingham. Si esto es un trabajo de limpieza de cabos sueltos, puede que aparezcan más cadáveres. Descubriremos quién es el responsable de sus asesinatos.

Knox permaneció en silencio, ya que sabía que cualquier cosa que dijera sonaría a oposición por oposición misma. El plan de Lane era lógico y, si el grupo de contrabando estaba detrás de los asesinatos, estaba seguro de que los descubriría. Pero si Knox tenía

razón, si los asesinatos eran personales en lugar de profesionales, entonces era más que posible que el asesino volviera a atacar.

Helen tomó una decisión con la autoridad resolutiva que la había convertido en una Inspectora Jefe eficaz.

—Procederemos con ambos enfoques. Mark, continúa con tu investigación, pero infórmanos de todo. Jacob, tú sigue investigando los móviles personales y las conexiones entre las víctimas. Si uno de los dos tiene razón, atraparemos al asesino. Si ambos están equivocados, al menos habremos cubierto las posibilidades obvias.

Knox asintió, aunque pudo ver la satisfacción de Lane al ver que su teoría era respaldada oficialmente. La investigación estaba a punto de volverse mucho más grande y compleja, con recursos y atención centrados en la conexión con las drogas mientras Knox seguía lo que todos los demás veían como una teoría secundaria.

Salió del despacho. Todo su instinto le decía que la respuesta residía en comprender las conexiones personales que unían a las víctimas, pero demostrarlo requeriría pruebas que podrían no existir, mientras que la teoría de Lane ofrecía la comodidad de explicaciones obvias y precedentes establecidos.

De vuelta en la sala de operaciones, Knox reunió a su equipo principal en torno a la mesa central. La pizarra que tenían detrás estaba cubierta de fotografías, cronologías y líneas que conectaban a los distintos implicados en su investigación. La imagen de Tucker había sido trasladada de la sección de sospechosos para unirse a Croft y Morrison entre las víctimas, un recordatorio visual de lo rápido que podían cambiar sus suposiciones.

—Bien —dijo Knox, acomodándose en su silla—. El Inspector Jefe Lane cree que la muerte de Tucker está relacionada con el grupo de tráfico de drogas, ya sea una venganza por la redada o lo eliminaron porque alguien creyó que estaba cooperando con nosotros. No creo que tengamos mucho tiempo para refutarlo.

Continuó hablando.

—Tenemos que volver a lo básico. Volver a interrogar a todo el que esté relacionado con las víctimas, buscar patrones que se nos

hayan podido pasar por alto. Si la respuesta está en las conexiones personales, tenemos que encontrarla pronto —continuó—. Quiero que se vuelva a hablar con todo el mundo. Isobel Croft, el personal del puerto deportivo, los amigos de Danny Morrison, la familia Dwyer, cualquiera que esté relacionado con alguna de nuestras víctimas.

Asignó las tareas metódicamente.

—Ava, empieza otra vez con Isobel Croft, luego sigue con los dos hijos de los Dwyer, a ver si tenían alguna idea sobre su primo y Mia. Walsh, vuelve a interrogar a los amigos y socios de Morrison. Yo tengo que informar a la mujer de Tucker, y luego visitar a los padres de Mia Dwyer otra vez —dijo Knox casi para sí mismo mientras el equipo se dispersaba.

UNA HORA MÁS TARDE, Knox estaba parado frente a un chalé en las colinas de Exmouth, la clase de lugar que denotaba dinero pero no buen gusto. El césped estaba cuidado al milímetro y los setos recortados con precisión. Un Range Rover negro relucía en la entrada a pesar de la hora.

La mujer que abrió la puerta se correspondía con lo que Knox había esperado, aunque le desagradó pensarlo. Veronica Tucker era dos décadas más joven que su marido, tenía los ojos enrojecidos de llorar y el maquillaje corrido por los bordes. En la mano apretaba una hoja de papel, doblada y redoblada tantas veces que los pliegues parecían a punto de rasgarse.

Cuando vio la placa de Knox, su expresión se endureció.

—Tú. Esto es culpa tuya. William está muerto por tu culpa.

Knox mantuvo un tono uniforme.

—Señora Tucker, lamento su pérdida. Sé que esto es shockeante, pero necesito hacerle unas cuantas preguntas.

—¿Preguntas? —su voz se elevó—. Lo arrastró por múltiples interrogatorios, lo humilló y ahora mi marido está en la morgue. ¿Qué más quieres?

—¿Cuándo fue la última vez que habló con su marido, señora Tucker?

—Anoche, antes de que lo detuvieran.

—Cuando el señor Tucker salió de la comisaría anoche, ¿vino a casa?

Ella parpadeó.

—¿Qué?

—Después del interrogatorio. ¿Volvió?

La señora Tucker miró el Range Rover y luego de nuevo a Knox.

—No lo sé. Me quedé esperándolo, pero nunca cruzó esa puerta. Pensé que tal vez se había quedado en el puerto deportivo o con uno de sus socios, cosa que hacía a veces. ¿Estás diciendo que lo dejaron salir de la custodia y que unas horas más tarde apareció muerto?

Knox no respondió. La observó con atención, sopesando si la confusión en sus ojos era real o parte de una actuación.

—Tú lo acosaste, y eso es lo que lo mató. No una banda de criminales, ni ninguna de las tonterías que han estado soltando. Tú.

Él se mantuvo firme.

—Señora Tucker, necesito ser claro. ¿Su marido le mencionó alguna vez a Michael Croft?

—¿El vicario? William decía que era un buen hombre. William donaba a la iglesia cuando necesitaban reparaciones, pero eso era todo.

—¿Y Daniel Morrison?

Ella parpadeó, y él notó una breve vacilación.

—¿El chico que robó combustible? William lo despidió hace unas semanas. Dijo que era un problemático, y eso fue todo lo que oí.

—¿Está segura de que no hubo nada más? ¿Ni reuniones, ni llamadas telefónicas?

—No sé con quién hacía negocios mi marido —espetó ella—. Se guardaba esas cosas para sí. Lo único que yo veía eran las horas que trabajaba, el personal al que pagaba y las obras benéficas que apoyaba.

—En los días previos a su muerte —continuó Knox—, ¿mencionó a alguien que lo estuviera amenazando? ¿Alguna sensación de que estuviera en peligro?

Ella negó con la cabeza enérgicamente.

—La única amenaza eras tú. William dijo que estabas rebuscando en sus cuentas, convirtiendo todo en delitos que no existían. Pensaba que intentabas destruirlo. ¿No lo entiendes? Él te tenía miedo a ti, no a un mafioso imaginario —dijo, y se le quebró la voz, pero no apartó la mirada—. Si quieres culpar a alguien de su muerte, detective, mírate al espejo.

Knox dejó que el silencio se asentara y luego dijo:

—Si recuerda cualquier cosa, cualquier detalle por pequeño que sea, necesito que se contacte conmigo.

La mujer se cruzó de brazos.

—Ya le he dicho todo lo que sé, que no es nada. William nunca me involucró en sus negocios, sino que me protegía de ellos. Y ahora ya no está por tu culpa.

Knox se puso de pie.

—Haré los arreglos para que un oficial de enlace familiar la apoye. Alguien se pondrá en contacto con usted hoy.

—No quiero a tus agentes en mi casa —su voz era plana, desprovista de emoción—. Quiero que me dejen en paz. Tú lo mataste, con la misma certeza que si lo hubieras empujado al agua tú mismo.

Él se detuvo en la puerta, pero la mujer ya se había dado la vuelta y, con ese gesto, había concluido tanto la conversación como cualquier posibilidad de generar confianza.

De vuelta en la entrada de la casa, Knox miró una vez más el césped bien cuidado y la casa silenciosa. El dolor de Veronica parecía real, pero él aún no podía decidir si estaba ciega a los negocios de su marido o simplemente no estaba dispuesta a admitirlos.

Lo que importaba era el vacío. Ella lo había esperado después del interrogatorio, pero Tucker nunca había vuelto a casa. Desde el momento en que salió de la custodia hasta que su cuerpo fue encontrado en Horseshoe Cove, sus movimientos eran un misterio. En algún lugar de ese tiempo perdido se encontraba la verdad de cómo había acabado sin vida.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Estaba sentado en la oscuridad de su habitación, con las cortinas corridas para no dejar pasar la luz de la mañana. A estas horas, la policía ya habría encontrado a Tucker. Otro cuerpo colocado con el mismo esmero que los demás, otro guijarro presionado en la palma de una mano muerta. El ritual se había completado, las cuentas estaban saldadas.

Entonces, ¿por qué el vacío seguía corroyéndolo por dentro?

Sobre la mesita, cuatro piedras lisas captaban la poca luz que se colaba entre las persianas. Oscuras y pulidas, cada una un recuerdo de aquella playa, de la noche en que todo había cambiado. Las había recogido todas en el mismo tramo de costa, el lugar donde su propósito se había cristalizado en algo nítido y necesario.

La muerte de Tucker debería haberle traído la paz. El dueño del puerto deportivo había sido el último de ellos, el último nombre de su lista meticulosamente elaborada. Todos silenciados ahora, todos reclamados por las mismas aguas.

Pero la rabia permanecía, enroscada en su pecho como un ser vivo que se alimentaba de sí mismo. Había pensado que la justicia saciaría esa ira, que ver cómo la ropa cara de Tucker se oscurecía con el agua de mar llenaría de algún modo el hueco que le había quedado…. en cambio, solo había revelado la auténtica magnitud de lo que jamás podría recuperarse.

Tomó uno de los guijarros y lo hizo rodar entre los dedos, como había hecho incontables veces. La piedra estaba fría y era pesada, pulida por siglos de mareas. A ella le encantaba coleccionarlas, pues entendía cómo el agua podía moldear hasta las superficies más duras con tiempo y paciencia suficientes.

El apartamento se sentía demasiado silencioso sin el murmullo de la planificación, sin la cuidadosa vigilancia y la metódica preparación que habían consumido los últimos dieciocho meses.

Pensó en los agentes de policía que habían estado investigándolo, Knox y Carter, con su compasión ensayada y su competencia profesional. Le habían fallado a ella tan rotundamente como todos los demás, pero, de algún modo, su fracaso parecía distinto. Más sistémico, menos personal. Eran engranajes de una maquinaria diseñada para permitir que la gente se perdiera por las grietas.

Volvió a dejar el guijarro junto a los otros, observando cómo captaban la poca luz que quedaba.

Los golpes en la puerta lo tomaron por sorpresa, secos y autoritarios en la quietud de la tarde. Se quedó helado, con la mano a medio camino de agarrar otro guijarro. ¿Podría ser la policía? Imposible. Había sido cuidadoso y no había dejado ninguna prueba que pudiera relacionarlo con las muertes. Los cuerpos habían sido puestos en escena para que parecieran accidentes y los guijarros descartados como restos de la playa.

Volvieron a llamar, esta vez con más insistencia. Luego, una voz de mujer, profesional y resuelta.

La reconoció. Era Carter, la detective que había estado trabajando en los casos junto a Knox. La había visto en las escenas del crimen, siempre pegada a su compañero.

Pero también supo que estaba sola. No se oían voces de refuerzos en el pasillo, ni el crepitar de una radio desde la calle. Solo una agente haciendo un seguimiento rutinario, probablemente repasando una lista de personas relacionadas con las víctimas.

Se acercó a la ventana y miró por una rendija de las cortinas a un único coche sin distintivos en la calle. Carter *había* venido sola, confiada en su seguridad, sin saber que estaba en la puerta del hombre al que buscaba.

No se le escapó la ironía. Durante meses había estado cazando a sus objetivos, estudiando sus rutinas, esperando momentos de vulnerabilidad. Ahora, la oportunidad había llegado hasta su puerta y golpeado educadamente para que le permitiera entrar.

Lo invadió la calma habitual, la misma lucidez concentrada que lo había guiado durante las otras correcciones.

Golpearon una tercera vez, con paciencia pero con firmeza.

Guardó los guijarros y compuso una expresión convenientemente servicial e inocente mientras se acercaba a la puerta, calculando ya las posibilidades. Tenía las tablas de mareas grabadas a fuego en la memoria y conocía el lugar exacto.

Una corrección más.

Un guijarro más presionado en una palma mientras el mar reclamaba lo que se le debía.

CAPÍTULO TREINTA

El trayecto en coche hasta la casa de los Dwyer duró otros veinte minutos en el tráfico de la tarde. Knox se sorprendió a sí mismo pensando en la defensa a ultranza que Veronica Tucker había hecho de su marido, en la forma en que había transformado su dolor y su negación en ira dirigida a la policía. Era una reacción habitual, ya que resultaba mucho más fácil culpar a fuerzas externas que aceptar que alguien a quien amabas era capaz de cometer actos terribles.

Sus palabras resonaban en su mente: *Tú lo mataste, con la misma certeza que si lo hubieras empujado al agua tú mismo.* La acusación le escocía, porque una parte de él se preguntaba si había algo de verdad ahí. ¿Acaso su investigación había sentenciado a Tucker a muerte? ¿La vigilancia policial había hecho que pareciera que Tucker estaba cooperando con la policía, firmando así su sentencia de muerte?

Aquello le recordó incómodamente a la culpa que sentía por Caleb. Su hermano había salido de la unidad de rehabilitación al cabo de unos días y había desaparecido en las calles de Londres, donde Knox no podía protegerlo. Había intentado salvar a su hermano, del mismo modo que había intentado resolver aquellos asesinatos. En ambos casos, sus buenas intenciones podrían haber conducido directamente a la muerte.

Knox desechó esa sensación a medida que entraba en el acceso para coches de los Dwyer. Sin importar cuales fueran sus crímenes, William Tucker era ahora también una víctima, y su prioridad era encontrar al responsable.

La señora Dwyer abrió la puerta. Su rostro mostraba la tensión acumulada por las recientes revelaciones sobre los abusos que había sufrido su hija. Tenía el rostro desencajado, con ojeras marcadas bajo los ojos.

—Inspector Knox —dijo, haciéndose a un lado para dejarlo pasar —. No lo esperábamos.

—Siento la intromisión, señora Dwyer. Tengo algunas preguntas de seguimiento sobre Mia y ha habido una novedad en el caso que debo discutir con ustedes.

Lo condujo a la sala de estar, donde el señor Dwyer estaba sentado en su sillón, todavía con la ropa de trabajo, pero con la pinta de no haberse movido en horas. El televisor estaba encendido sin volumen y las imágenes parpadeaban en silencio.

Knox examinó la habitación y se percató del aire de santuario que había adquirido. Las fotografías de Mia ocupaban todas las superficies y había flores frescas junto a su foto de graduación. Daba la sensación de que el lugar se había congelado en el tiempo, y comprendió cómo las revelaciones sobre Martin Dwyer debían de haberles hecho sentir que la muerte de Mia acababa de ocurrir, que los padres estaban teniendo que soportar de nuevo todo lo que se vieron obligados a afrontar cuando Mia se quitó la vida.

Esta nueva forma de luto era visible en la manera en que sus padres se movían por el espacio y en cómo los ojos del señor Dwyer se desviaban constantemente hacia la fotografía en la repisa de la chimenea.

Knox comprendía íntimamente ese vacío por la pérdida de su propia familia. El dolor siempre acompañaría a los padres, y lo máximo a lo que podían aspirar era a que un día se aliviara. Los Dwyer todavía tenían otros hijos, pero Knox veía cómo la muerte de Mia había alterado fundamentalmente la estructura familiar y los había dejado a todos luchando por comprender quiénes eran sin ella.

—¿Están los chicos por aquí? —preguntó Knox, sentándose en el mismo sillón que había ocupado en visitas anteriores.

—Los dos tienen su propia casa —respondió la señora Dwyer—. Charlie tiene un apartamento en el centro y Mark alquila una casa cerca de la universidad con unos amigos. Vienen a comer los domingos casi todas las semanas. Charlie ha estado viniendo más a menudo desde que nos contó lo de… lo que le pasó a Mia cuando era pequeña. Creo que se culpa por no haberla protegido, aunque él era menor que ella.

El sentimiento de culpa del superviviente era otra sensación que le resultaba familiar. Knox se había hecho las mismas preguntas sobre Caleb mil veces. *"¿Y si lo hubiera apoyado más? ¿y si hubiera reconocido las señales antes? ¿y si hubiera gestionado la intervención de otra manera?"*

—¿Y Mark lo está llevando bien? —preguntó Knox con delicadeza.

—Está estudiando para los exámenes finales de la universidad —dijo la señora Dwyer—. No le hemos contado lo de… lo de los abusos. Ya tiene bastante presión con los exámenes y, de todos modos, no hay nada que pueda hacer ahora. Hemos pensado que era mejor esperar.

Él asintió.

—No les robaré mucho tiempo. Necesito informarles de otra novedad en nuestra investigación.

—¿Ha hablado usted con Martin? —preguntó el señor Dwyer con el rostro enrojecido.

—Está en curso.

—Ahora sabemos su dirección.

La ira en la voz del señor Dwyer era palpable y, aunque Knox la comprendía, no podía arriesgarse a que los padres se involucraran.

—Debo insistir en que dejen que nos encarguemos de la situación. Le prometo que lo mantendré informado, pero si intenta involucrarse ahora…

—No haremos nada —dijo la señora Dwyer, lanzándole una mirada a su marido—. Ahora, ¿qué quería decirnos?

Knox miró alternativamente a los dos padres. Mantuvo un tono de voz suave, ya que sabía que les sería difícil procesar más malas

noticias.

—Otra persona relacionada con el caso de Mia ha sido asesinada. Un hombre llamado William Tucker.

Los padres intercambiaron una mirada, como si el nombre de Tucker les resultara familiar.

—¿Conocen ese nombre? —les preguntó.

La señora Dwyer se llevó la mano a la garganta, un gesto nervioso que Knox ya le había visto hacer cuando estaba angustiada.

—Tucker… sí, nos suena ese nombre. Pero no mucho.

El señor Dwyer se inclinó hacia delante en su sillón.

—William Tucker era el dueño del puerto deportivo donde Mia trabajó aquel verano. El verano anterior a que fuera a empezar su último año de universidad.

—¿Trabajaba directamente para Tucker?

La mujer asintió, su mano todavía en su garganta.

—Se suponía que era una buena oportunidad. William Tucker era muy conocido en la zona, una persona respetada. Pensamos que le daría experiencia, algo sólido que poner en su currículum. Al principio estaba entusiasmada, llegaba a casa y contaba sobre la gran responsabilidad que él le daba. Decía que le confiaba proyectos reales, no solo archivar y hacer recados —su voz vaciló y miró a su marido antes de continuar—. Pero algo cambió a mitad de aquel verano. Dejó de hablar del trabajo, llegaba a casa retraída. Si le preguntábamos, decía que todo estaba bien y que simplemente estaba cansada.

—Lamento preguntar, pero ¿consumía en esa época?

—No que nosotros sepamos —dijo el señor Dwyer—. ¿A qué viene todo esto? ¿Qué tiene que ver con lo que le pasó a Mia?

Knox no dio más detalles.

—Le pido disculpas. Es solo el procedimiento. Gracias por su tiempo, me pondré en contacto de nuevo si necesito algo.

KNOX CONDUJO hasta el puerto deportivo de Exmouth, dándole vueltas en su mente a las implicaciones de lo que acababa de averiguar. Mia Dwyer había trabajado directamente para Tucker durante el verano

crucial en el que todo había empeorado para ella. Era la primera conexión concreta entre las tres víctimas, más allá de los hilos sueltos del dinero de la droga y las sesiones de asesoramiento en la iglesia.

Estacionó cerca de la oficina principal y se fijó en lo tranquilo que parecía el lugar a pesar de ser media tarde. Unos cuantos propietarios de barcos se movían por los pontones, pero no se veía el bullicio que había notado en visitas anteriores.

Los empleados ya habían sido interrogados por otros miembros del equipo, pero era la primera visita de Knox desde la muerte de Tucker. Sarah Pembridge estaba en su despacho, de pie junto a la ventana que daba al puerto, y se giró cuando él entró, con una expresión cautelosa pero profesional en su rostro. James Kellaway estaba sentado en un pequeño escritorio en la esquina, y levantó la vista de un montón de papeles con evidente desgana.

—Inspector Knox —dijo Pembridge con voz temblorosa—. Hemos hablado con alguien de su equipo más temprano.

—Lo sé, solo quiero hacer un seguimiento. ¿Cómo lo están llevando?

—Es horrible. Todo el mundo está conmocionado. Primero nos enteramos de que lo habían detenido, después de que lo habían puesto en libertad, y ahora…

Kellaway levantó la vista de su escritorio; tenía el rostro pálido.

—¿En qué podemos ayudarlo, Inspector Knox?

Knox tomó asiento. Se había percatado de la acusación apenas disimulada de la mujer, pero no pensaba involucrarse.

—Necesito preguntarles por una joven que hizo prácticas aquí. Mia Dwyer.

El par intentó no reaccionar, pero era evidente que ambos reconocían el nombre.

—Mia Dwyer —dijo Pembridge—. Sí, la recuerdo. Era una chica encantadora, muy inteligente y con ganas de aprender.

—Háblenme de sus prácticas. ¿Qué hacía exactamente aquí?

—Trabajo general de oficina, sobre todo —dijo Kellaway sin levantar la vista—. Archivar, contestar al teléfono, ayudar con las reservas. Lo normal en unas prácticas.

—¿Trabajaba directamente con el señor Tucker?

Ambos volvieron a hacer una pausa e intercambiaron una mirada.

—Hizo algunos proyectos para él, sí —dijo Pembridge finalmente —. Investigaciones para ampliar el negocio, iniciativas de atención al cliente. El señor Tucker creía en dar a los jóvenes una responsabilidad real.

—¿Con qué frecuencia trabajaba directamente con Tucker?

—Oh, ya sabe cómo es —dijo Kellaway, quien seguía evitando el contacto visual—. Al señor Tucker le gustaba implicarse directamente en el negocio. Le gustaba ser el mentor personal de jóvenes prometedores. ¿Puedo preguntar qué relevancia tiene esto?

—¿Hubo algo inusual durante la estancia de Mia aquí? —dijo Knox, ignorando la pregunta—. ¿Algo que destacara?

—Ella era muy dedicada —dijo Pembridge tras otra pausa—. A menudo se quedaba hasta tarde y venía los fines de semana. El señor Tucker apreciaba ese tipo de compromiso.

Knox ya había oído suficiente.

—Estoy investigando tres asesinatos, incluido el de su jefe. Si hay algo que no me están contando sobre Mia Dwyer, ahora sería la oportunidad de compartirlo.

Kellaway levantó la vista de sus papeles.

—No es que estemos ocultando nada exactamente —dijo con lentitud—. Es que… bueno, no nos corresponde especular sobre la vida privada de la gente.

—¿Especular sobre qué?

Otro silencio. Knox podía ver que luchaban con una especie de lealtad hacia su jefe muerto.

—Miren —dijo, una vez que perdió la paciencia por completo—, Mia Dwyer está muerta. Murió de una sobredosis de drogas hace dieciocho meses. Su jefe ha sido asesinado. Necesito entender qué pasó durante esas prácticas porque podría estar relacionado con el motivo por el que están muriendo personas. No tendría ningún inconveniente en continuar esta conversación en la comisaría.

La amenaza fue suficiente para que Sarah Pembridge hablara.

—Nunca dijimos nada porque… bueno, porque no era asunto nuestro. Y el señor Tucker siempre fue muy generoso con su personal, muy leal. No queríamos hablar mal de él.

—¿Hablar mal en qué sentido?

Kellaway se frotó la cara con ambas manos.

—Mia tenía dieciocho años cuando empezó a trabajar aquí. Edad legal, adulta con capacidad de consentimiento, todo eso. Pero era joven, ¿sabe?

Knox respiró hondo.

—Continúe.

—Empezaron a pasar mucho tiempo juntos —dijo Pembridge en voz baja—. Reuniones privadas en su despacho, comidas de trabajo que se alargaban durante horas. Mia llegaba temprano y se iba tarde, siempre con algún proyecto que necesitaba la atención personal del señor Tucker.

—Al principio pensamos que era solo una tutoría —añadió Kellaway—, que el señor Tucker estaba mostrando interés especial en una joven brillante. Pero entonces…

Dejó la frase en el aire, claramente incómodo con lo que estaba a punto de revelar.

—¿Entonces qué? —lo incitó Knox.

Pembridge respiró hondo.

—Entonces empezamos a notar otras cosas: la forma en que se miraban, bromas privadas y miradas significativas. Mia empezó a vestir de otra manera, más sofisticada. Se arreglaba el pelo en la peluquería y usaba joyas caras que parecían fuera de su alcance.

—Pueden decirlo sin más rodeos —dijo Knox, preguntándose cómo encajaba todo aquello.

—Creemos —dijo Kellaway de manera cuidadosa— que el señor Tucker y Mia Dwyer mantenían una relación sexual.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Ava recibió una llamada de Knox mientras conducía a casa de Charlie Dwyer. Charlie era la última visita del día, después de haber ido a hablar con su hermano mayor más temprano. Knox le había explicado sobre la posible relación previa de Tucker con Mia Dwyer cuando hizo sus prácticas en el puerto deportivo, lo que suponía otro posible vínculo entre las muertes y Mia.

Ava estacionó frente a una casa victoriana reformada y comprobó la dirección en sus notas. Charlie Dwyer vivía en un apartamento en la primera planta de una de las estrechas calles que había detrás del centro de Exeter, el tipo de lugar en donde empiezan los jóvenes profesionales antes de mudarse a otro sitio con jardín y plazas de estacionamiento.

Subió por la escalera exterior hasta la primera planta y se fijó en que el pasamanos de metal estaba recién pintado y el rellano estaba barrido. Charlie Dwyer le abrió la puerta al segundo golpe; estaba vestido con vaqueros y un jersey gris, igual que la última vez que lo había visto. Rondaba la mitad de los veinte años, tenía el pelo oscuro y esa clase de complexión delgada que sugería que hacía ejercicio con regularidad. Su parecido con las fotografías que había visto de Mia era asombroso, tenía la misma delicada estructura ósea y los mismos ojos grandes.

Ava recordó el desdén que el hombre había mostrado hacia Danny Morrison y su insinuación de que había sido él quien había metido a Mia en las drogas.

—Inspectora Carter —dijo Charlie, sin apartarse del umbral de inmediato. Su tono era neutro y poco acogedor—. ¿Más preguntas?

—Me temo que sí. ¿Podría pasar un momento?

Charlie se apartó a regañadientes.

—Supongo, aunque no estoy seguro de qué más pueda decirle que no le haya dicho ya —dijo. La condujo al interior del apartamento y sus movimientos denotaban una evidente irritación—. ¿Quiere tomar algo? ¿Té? ¿Café?

—Un café estaría bien, gracias.

Ava lo siguió a una sala de estar que estaba más ordenada que la mayoría de los apartamentos de soltero que había visitado. Había un pequeño sofá orientado hacia un televisor montado en la pared y una mesa de comedor junto a la ventana que estaba cubierta de papeles del trabajo. Por lo que ella tenía entendido, Charlie no había ido a la universidad como su hermano mayor, pero parecía que le iba bien.

—¿Leche? ¿Azúcar? —preguntó Charlie desde la cocina.

—Solo con leche, gracias.

Ava se acercó a la mesa y echó un vistazo a los papeles, que eran informes financieros de una empresa de ingeniería local. Charlie parecía llevar una vida normal y mantener un trabajo responsable. La muerte de su hermana había afectado a su vida sin ninguna duda, pero parecía estar sobrellevándolo.

Ava se preguntó cuánto sabría él sobre lo que le había ocurrido a su hermana, y si sus padres se habían puesto en contacto con él desde que salió a la luz la revelación sobre Martin Dwyer.

Charlie volvió con dos tazas de café y las dejó en la mesita que había entre el sofá y el televisor. Se sentó en la silla frente a ella, con una postura relajada pero atenta.

—¿En qué puedo ayudarla? —dijo—. ¿Ha pasado algo con la investigación de la muerte de Danny?

La expresión de Charlie mostraba una curiosidad educada mezclada con el recelo que la mayoría de la gente muestra cuando

la policía visita su casa.

—Me temo que ha habido otro asesinato —dijo Ava—. ¿Se ha enterado?

Charlie frunció el ceño.

—No, he estado trabajando todo el día. ¿Qué ocurrió?

Ava le explicó lo de William Tucker, observando la reacción del joven.

—Ah, no lo sabía. ¿Qué tiene que ver esto con Mia?

—Por lo que tenemos entendido, Mia hizo unas prácticas en el puerto deportivo.

Charlie asintió, y en su rostro se instaló una expresión de dolor controlado que Ava ya había visto en otros familiares a lo largo de esta investigación.

—Sí, allí fue donde conoció a Danny.

—¿Fue por esa época cuando Mia empezó a cambiar?

Él tomó un sorbo de café, como si estuviera ordenando sus pensamientos.

—Poco después, supongo.

Ava observó el lenguaje corporal de Charlie. Tenía las manos firmes y la voz controlada, pero notó que sus ojos se desviaban constantemente hacia la ventana como si estuviera vigilando algo.

—¿Mencionó ella alguna vez a William Tucker por su nombre?

El cambio en la expresión de Charlie fue sutil pero inconfundible. Una tensión alrededor de los ojos, una ligera rigidez en los hombros.

—¿Tucker? No que yo recuerde. ¿Por qué?

—Tenemos motivos para creer que Tucker estaba más implicado en la vida de Mia de lo que pensábamos en un principio.

Charlie dejó la taza de café con cuidadosa precisión.

—¿Implicado cómo?

—Creemos que podrían haber tenido una relación personal. Algo más allá de sus prácticas.

—¿Una relación? —la voz de Charlie tenía un matiz de incredulidad que sonó forzado—. Mia tenía dieciocho años. ¿Tucker tenía unos cuarenta? ¿Cincuenta?

—Estas cosas pasan, por desgracia. Hombres mayores en puestos de poder, mujeres jóvenes que buscan una guía o

aprobación.

Charlie se levantó bruscamente, se acercó a la ventana y miró a la calle. Ava lo observó con atención, fijándose en la tensión de sus hombros, en la forma en que apretaba y relajaba las manos a los lados del cuerpo.

—Está diciendo que Tucker se aprovechó de mi hermana.

—Estamos intentando entender qué ocurrió durante aquel verano, qué pudo haberla llevado a dejar la universidad y a su posterior consumo de drogas.

Charlie se giró para mirarla y Ava captó algo en su expresión que le aceleró el pulso. El dolor del duelo seguía ahí, pero debajo había algo más frío que no había visto antes en él.

—Tucker le destrozó la vida —dijo Charlie en voz baja—. La usó, la corrompió y luego la desechó cuando terminó con ella. Y ustedes no hicieron nada para impedirlo.

—¿Entonces *sí* sabía lo de Tucker?

—Sí, ella me lo contó —Ava observó a Charlie caminar de vuelta al sofá, y percibió que su cuidada compostura comenzaba a resquebrajarse. Ella puso su mano sobre el móvil para comprobar que estaba encendido.

—Sé que esto es doloroso, pero estos detalles podrían ayudarnos a entender por qué mataron a Tucker y quién podría ser el responsable —dijo, preguntándose por qué él había fingido no saber nada de la relación.

Charlie volvió a sentarse con una expresión indescifrable en el rostro.

—Al menos ya está muerto, supongo.

A Ava no le gustó el cambio que estaba viendo en Charlie. Volvió a mirar su móvil, un gesto del que él se percató.

—No puede culparme por decir eso, ¿verdad? —continuó él—. Tucker hizo daño a mi hermana y contribuyó a su muerte. Si alguien finalmente le ha hecho pagar por lo que hizo, entonces hay algo de justicia en el mundo.

—¿Dónde estaba usted anoche, Charlie? Entre las diez de la noche y las seis de la mañana.

La pregunta pareció sorprenderlo.

—Aquí. En casa. ¿Por qué?

—¿Hay alguien que pueda corroborarlo?

—Vivo solo. Estuve aquí, cené algo, vi la televisión y me fui a la cama. Una noche normal.

Ava sopesó qué hacer. Sabía que no debía sacar conclusiones precipitadas, pero le preocupaba el cambio que estaba presenciando en Charlie. Intentó reconstruir una hipótesis en la que él fuera el asesino; no era algo que hubieran barajado antes, pero desde luego existía un posible móvil.

Charlie había perdido a su hermana por la drogadicción, y ahora había tres muertos que, de una forma u otra, estaban relacionados a ella.

—Cuando visitamos su casa, sus padres mencionaron que Danny Morrison le proporcionaba drogas a Mia. ¿Usted sabía que esto estaba ocurriendo?

—Claro que lo sabía. Notaba lo que él le estaba haciendo, cómo utilizaba su adicción para controlarla. Pero Mia no escuchaba, decía que no entendíamos su relación.

—¿Habló con ella al respecto?

—Era mayor de edad, tomaba sus propias decisiones. Incluso si esas decisiones la estaban matando. Morrison fingía que se preocupaba por ella, pero solo estaba alimentando su adicción para mantenerla dependiente de él.

—¿Se enfrentó alguna vez a Morrison por su relación con Mia?

—¿Qué sentido habría tenido? Los hombres como él no atienden a razones. Simplemente encuentran nuevas formas de hacer daño a la gente —las manos de Charlie se cerraron en puños—. Morrison se aprovechó de una joven vulnerable, la metió en las drogas y luego usó esa adicción para controlarla. Pero el sistema lo protegió, ¿no es así? Hasta que alguien finalmente le hizo pagar.

—Charlie, ¿dónde estaba hace dos noches? Cuando se descubrió el cuerpo de Danny Morrison.

—En casa también. Paso la mayoría de las noches en casa. Últimamente no tengo mucha vida social.

Charlie tenía coartadas que no se podían verificar, conocimiento de las conexiones de todas las víctimas con su hermana y un

evidente móvil de venganza.

Si el hermano de Mia era el asesino, detenerlo ahora suponía un riesgo. Lo mejor era marcharse y esperar refuerzos.

—Gracias por su tiempo, Charlie —Ava se puso en pie. Una oleada de calor le recorrió el cuerpo y, por un segundo, se preguntó si se había levantado demasiado rápido.

—¿Se encuentra bien? —preguntó él, mientras una oleada de mareo golpeaba a Ava. Intentó hablar, pero sintió la boca hinchada. Su visión flaqueó y se dio cuenta, con creciente horror, de lo que estaba sucediendo.

Se desplomó de nuevo en el sofá e intentó tomar su móvil, pero los bordes de la habitación se inclinaban y no podía enfocar la vista.

Se incorporó con un último esfuerzo desesperado, pero las piernas le fallaron y cayó en la oscuridad.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Knox permaneció en su despacho mucho después de que la sala de operaciones se vaciara, con múltiples expedientes esparcidos sobre el escritorio. La autopsia de Morrison, la confesión de Croft, las fotos de la escena del crimen de Tucker. Parecían hilos distintos, pero todos tenían la misma conexión: Mia Dwyer.

Repasó la cronología de nuevo. La sobredosis de Mia dos años antes, en la época en que tuvo algún tipo de aventura con Tucker antes de salir con Morrison. Y durante ese período, su terapia con Michael Croft. Era una conexión, pero ¿por qué iba a justificar que alguien matara a los tres hombres?

¿Estaba el asesino atacando a sus examantes? De ser así, ¿significaba que la relación de Michael Croft con ella había sido más profunda que la de un simple terapeuta y su paciente?

Knox sopesó la idea de visitar a la señora Croft de nuevo, pero decidió hablar primero con Ava. No había sabido nada de ella desde la reunión informativa de primera hora y quería conseguir su punto de vista.

Sacó el teléfono celular y la llamó, pero saltó directamente el buzón de voz. Al revisar los archivos del caso, vio que tenía previsto visitar a los dos hermanos Dwyer, lo que le hizo pensar en Martin Dwyer.

¿Podría el primo de Mia estar detrás de todo esto? Knox intentó encontrarle el sentido a esa idea, pero le resultó difícil. Por lo que le había contado la familia Dwyer, ya no formaba parte de sus vidas y llevaba años sin estarlo. ¿Por qué regresaría ahora? Quizá actuaba como una especie de ángel vengador perverso, en un intento desesperado por redimirse de sus crímenes.

Volvió a llamar a Ava antes de intentar localizar su ubicación con su móvil, y parecía que estaba fuera de cobertura o que lo tenía apagado. No era raro que ella no volviera a la oficina antes de irse a casa, pero aun así era extraño no tener noticias suyas. Y desde que trabajaban juntos, nunca la había visto apagar el celular durante una investigación urgente en curso.

Fuera como fuese, no iba a quedarse allí esperando. Apagó el ordenador y salió de la sala de operaciones, diciéndose a sí mismo que no iba a sacar conclusiones precipitadas.

Volvió a marcar el número mientras se dirigía a grandes zancadas hacia el coche, y el mismo mensaje del buzón de voz llegó a sus oídos. Era posible que su teléfono se hubiera quedado sin batería, pero cuanto más lo pensaba, más raro le parecía todo.

Contactó con la central para que localizaran su móvil, pero no obtuvieron ninguna ubicación; parecía estar apagado. Les pidió que comprobaran los registros del ANPR para ver dónde se había detectado su matrícula por última vez y, unos instantes después, le dieron una dirección. La cotejó con la que figuraba en el sistema y descubrió que estaba a menos de un kilómetro del apartamento donde vivía Charlie Dwyer.

Knox llamó a Walsh a medida que conducía a toda velocidad hacia la dirección.

—¿Has sabido algo de Ava hoy?

—No desde que habló con Mark Dwyer. Después le tocaba hablar con el hermano menor. ¿Por qué, jefe?

Knox le explicó la situación. Mientras hablaba, intentó imaginar un escenario en el que Charlie Dwyer fuera el asesino. Supuso que había un motivo potencial, un hermano pequeño sobreprotector que buscaba venganza contra aquellos que él consideraba que le habían

fallado a Mia, pero no estaba seguro de si estaba viendo conexiones donde no las había.

—Voy de camino al apartamento de Charlie. Envía refuerzos por si acaso.

Siguió intentando llamar a Ava mientras conducía, pero su móvil saltaba inmediatamente al buzón de voz.

Walsh se coordinaba con él a través del manos libres, al tiempo que contactaba con otros miembros de la comisaría para solicitar unidades de refuerzo e informar a la Inspectora Jefe Grant de la situación. Knox oyó fragmentos de la conversación, pero su atención estaba puesta en la carretera y en su preocupación por la seguridad de Ava.

Esa preocupación se intensificó al ver el coche de servicio de Ava en el pequeño estacionamiento frente al apartamento de Charlie Dwyer.

Knox estudió la fachada del edificio y se fijó en las escaleras exteriores que llevaban al apartamento de Charlie en la primera planta. Las ventanas estaban a oscuras, con las cortinas corridas.

—Estoy en la dirección —dijo Knox por el auricular—. Voy a probar la puerta de entrada.

—*Los refuerzos llegarán en veinte minutos* —respondió Walsh, su voz crepitando desde la comisaría.

—No hay tiempo.

Knox subió las escaleras. El rellano estaba en silencio, no se oía ningún ruido del interior del piso. Golpeó con firmeza a la puerta con tres golpes secos.

—¿Charlie Dwyer? Soy el Inspector Knox. Necesito hablar con usted.

No hubo respuesta. Knox volvió a golpear, esta vez más fuerte.

—Charlie, sé que la sargento Carter está aquí. Tenemos que hablar.

Seguía sin haber respuesta. Knox probó el pomo de la puerta y se sorprendió al ver que no estaba cerrado con llave.

—La puerta está abierta —le dijo a Walsh—. Voy a entrar.

—*Knox, eso no…*

Empujó la puerta lentamente, revelando un pasillo estrecho que conducía a la sala de estar principal. El lugar estaba en silencio y la luz de las farolas se filtraba a través de las cortinas echadas, creando una tenue atmósfera submarina.

—¡Policía! —gritó Knox—. ¿Hay alguien aquí?

Recorrió el lugar metódicamente, narrando sus hallazgos a Walsh.

—La sala de estar muestra signos de ocupación reciente. Hay dos tazas de café en la mesa, una todavía tiene café. Hay una agenda aquí, parece ser la letra de Ava.

Se detuvo al llegar al único dormitorio.

—Maldición —dijo.

—*¿Qué? ¿Qué pasa?* —preguntó Walsh.

Knox se quedó mirando las paredes, que estaban cubiertas de fotos, recortes de periódico y notas manuscritas.

—Parece que Charlie tiene su propio tablero del caso. El cuarto está lleno de imágenes de Mia y de las víctimas.

—*¿Charlie?* —la voz de Walsh sonó cortante—. *¿Charlie Dwyer hizo esto?*

—Parece que lleva meses planeándolo —los ojos de Knox recorrieron la pared—. Fotos de Tucker en el puerto deportivo, de Morrison en su caravana, de Croft en los servicios religiosos. Cada víctima estuvo bajo vigilancia. Hay fotos de las escenas del crimen, de las víctimas reales. Tablas de mareas con las horas rodeadas en rojo y mapas que muestran las rutas de acceso a la playa.

Knox se dirigió a otra sección de la pared.

—Walsh, también nos ha estado vigilando a nosotros. Fotos mías y de Ava en las escenas del crimen, y artículos de periódico sobre la investigación.

—*El hermano afligido* —dijo Walsh con incredulidad en la voz.

—Mientras planeaba su próximo asesinato —su mirada se detuvo en una colección de fotografías de playas—. Hay fotos de vigilancia de las ensenadas donde encontramos los cuerpos. Notas detalladas sobre las mareas y los tiempos de respuesta.

Knox se paró en seco. Sus ojos se toparon con una foto que ya había visto en casa de los Dwyer. Era de Mia y el resto de la familia

riendo en una fiesta en la playa; el lugar estaba rodeado con un círculo rojo y una fecha escrita al lado.

Charlie les había dicho que era la última vez que habían estado todos juntos.

Debajo había un tarro de guijarros pulidos con la etiqueta «Playa de Branscombe».

—Creo que sé dónde pueden estar —dijo Knox—. Envía refuerzos a la playa de Branscombe. Todas las unidades que tengamos. Hay una agente en peligro.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Ava recuperó la consciencia en fragmentos. El sabor a metal en su boca. La vibración de las ruedas sobre el asfalto. El sonido lejano de un motor forzándose en una cuesta. Intentó abrir los ojos, pero los párpados le pesaban demasiado. Un dolor punzante le taladraba la cabeza, y sus pensamientos eran confusos y desordenados.

Estaba tumbada de lado sobre un colchón fino o una manta, con las manos atadas a la espalda con algo que se le clavaba en las muñecas al moverse, lo que reconoció como bridas de plástico. La superficie bajo ella era de metal, estriada como el suelo de una furgoneta o un camión. Cada bache en la carretera le enviaba vibraciones por todo el cuerpo.

Los recuerdos volvieron poco a poco. El piso de Charlie. El café. Su expresión paciente mientras observaba cómo la invadía el sopor. La constatación de que la había drogado, de que había caído en una trampa tendida por alguien a quien había subestimado.

Ava se obligó a permanecer quieta y a mantener la respiración acompasada mientras evaluaba la situación. Su entrenamiento se activó a pesar del dolor de cabeza. Recopilar información, comprender la amenaza y buscar oportunidades.

El olor a salitre era cada vez más intenso. Oyó cómo cambiaba el tono del motor a medida que el vehículo ascendía el sonido de los

neumáticos sobre grava en lugar de asfalto liso. Se dirigían a la costa.

—Sé que estás despierta —dijo la voz de Charlie desde la parte delantera de la furgoneta, tranquila y coloquial—. La droga que he usado no está pensada para mantenerte inconsciente por mucho tiempo, solo lo justo para llevarte a un sitio donde pudiéramos tener una conversación en condiciones y sin interrupciones.

Ava consiguió abrir los ojos, parpadeando ante la tenue luz que se filtraba por las ventanillas traseras de la furgoneta. Estaba en la parte trasera de una furgoneta de reparto. Habían colocado una fina colchoneta de camping en el suelo y alguien le había puesto una almohada bajo la cabeza. A pesar de todo, Charlie había intentado que estuviera cómoda.

—¿Adónde me llevas? —preguntó ella con voz ronca.

—A un lugar especial. Un lugar que lo significa todo para mi hermana, pero nada para la gente como tú —el tono de Charlie seguía siendo agradable, como si estuvieran hablando de planes para el fin de semana en lugar de su secuestro—. ¿Cómo te encuentras? ¿Sientes náuseas? ¿Mareos?

Parecía que la pregunta había sido formulada con una preocupación genuina. Ava se preguntó cómo se veía Charlie a sí mismo. Se preguntó si, en su mente, estaba equilibrando la balanza e impartiendo su propia noción de justicia por la muerte de su hermana.

—Estoy bien —dijo Ava, esforzándose por incorporarse. Las bridas se lo hacían difícil, pero consiguió apoyar la espalda contra la pared lateral de la furgoneta. A través de las ventanillas traseras, vio setos pasar a toda velocidad y algún que otro atisbo del mar más allá de los campos.

—Bien. He tenido cuidado con la dosis; si usaba demasiado, podría haber terminado muy herida, y no es lo que quiero. No se trata de causar un sufrimiento innecesario.

Ava estudió la nuca de Charlie al conducir y notó su postura relajada. No estaba nervioso ni tenía prisa.

—Charlie, no tienes que hacer esto. Sea lo que sea que crees que represento, sean cuales sean tus quejas con la policía, yo no tuve

nada que ver con lo que le pasó a Mia.

—¿Estás segura? —La voz de Charlie se endureció ligeramente—. Mi familia llamó a la policía seis veces en los meses previos a la muerte de Mia. Seis veces, sargento Carter. Denunciamos tráfico de droga en nuestra zona, actividades sospechosas, gente que sabíamos que estaba suministrando veneno a jóvenes vulnerables. ¿Y qué pasó?

Ava podía imaginar lo que había pasado: equipos de respuesta desbordados, recursos limitados, llamadas que se registraban y archivaban pero que nunca se investigaban a fondo.

—Les hablamos de Morrison, de la gente que usaba el estacionamiento detrás de las tiendas para vender droga a adolescentes. Dimos descripciones, matrículas de vehículos, horas y fechas. Y la policía no hizo nada. Dijeron que no había pruebas suficientes para detener a nadie y que lo investigarían cuando los recursos lo permitieran.

La furgoneta empezó a descender, y el sonido del motor cambió cuando Charlie redujo la marcha. El olor a sal era ahora más fuerte, y Ava pudo oír el sonido lejano de las olas.

—Así que Mia siguió consumiendo —continuó Charlie—. Siguió deteriorándose, hundiéndose cada vez más en la adicción mientras la policía nos prometía que el asunto estaba siendo tomando en serio. Hasta la misma noche en que murió.

Ava cerró los ojos.

—Comprendo tu rabia —dijo en voz baja—. Comprendo que sientas que el sistema le falló a Mia, pero matarme a mí no la traerá de vuelta.

—No, no lo hará. Pero garantizará que los responsables de su muerte afronten las consecuencias. Yo sabía todo sobre Tucker y su sórdido romance. Él la usó cuando debería haberla protegido, y es por eso que acabó con ese monstruo, con Morrison.

Ava abrió los ojos. Quería que siguiera hablando ahora que había empezado.

—¿Y Michael Croft?

—Croft fingió ayudarla, pero solo era uno de los lacayos de Tucker. Podría haber hecho algo al respecto desde el principio, pero

nunca lo hizo. Yo lo descubrí. Los descubrí a todos.

—¿Y a mí?

Charlie hizo una pausa, y Ava se preguntó qué estaría pasando por su retorcida mente.

—La policía falló en cada uno de los momentos en los que podría haber marcado una diferencia —dijo con voz suave—. Desafortunadamente, el azar hizo que tú tengas que pagar el precio.

La furgoneta giró bruscamente y ella oyó el cambio del asfalto a un camino de tierra al dejar la carretera principal. Intentó mirar por las ventanillas traseras, pero solo vio árboles y matorrales.

—¿Adónde vamos, Charlie?

—Lo verás muy pronto.

El miedo empezó a atravesar la niebla de la droga que le había suministrado. Charlie había matado a los otros, y nada en su comportamiento sugería que fuera a tratarla de forma diferente.

—Mis compañeros me deben estar buscando. Cuando no me presente, sabrán que algo anda mal.

—Supongo que sí. Aunque para cuando descubran dónde estás, ya será demasiado tarde para que importe.

El tono de Charlie era de resignación.

—Viniste a mi apartamento haciendo las preguntas correctas —continuó—. Te acercaste demasiado a la verdad, y yo no podía dejar que te fueras e informaras a tu equipo.

—A mí me suena a que simplemente estás cubriendo tus huellas. Déjame ir y márchate. Yo no tuve nada que ver con la muerte de Mia, Charlie.

Charlie guardó silencio, como si estuviera sopesando sus palabras con cuidado.

—Intenté ayudarte —continuó ella—. Fuimos a ver a Martin Dwyer después de descubrir lo que hizo.

Él soltó un gemido bajo que se convirtió en un extraño quejido.

—¡No menciones su nombre! —gritó.

—Lo siento, Charlie. Pero si me dejas ir, te juro que lo llevaremos ante la justicia.

La furgoneta dio una sacudida al pasar por un tramo especialmente difícil del camino, y Ava tuvo que apoyarse en la

pared para no salir despedida.

—No, mi decisión está tomada —dijo Charlie, recuperando su tono de voz normal, como si su último arrebato no hubiera ocurrido.

Ava extrajo el consuelo que pudo del encuentro: había conseguido que Charlie hablara, así que quizá podría hacerlo de nuevo antes de que todo acabe. Estaba segura de que se presentaría una oportunidad, mientras luchaba contra las imágenes de las escenas del crimen en su mente.

UNOS MINUTOS MÁS TARDE, la furgoneta se detuvo. A través de las ventanillas traseras, Ava solo veía oscuridad salpicada por el lejano resplandor de las estrellas. El sonido de las olas era mucho más fuerte, el estruendo rítmico del oleaje contra las rocas o la arena.

Charlie abrió la puerta del conductor y salió, rodeando la furgoneta hasta la parte trasera.

La respiración de Ava se intensificó al oír el sonido de las llaves, y las puertas traseras se abrieron de par en par para revelar la silueta de Charlie contra el cielo nocturno.

—Bienvenida a la playa de Branscombe —dijo en voz baja.

Ella no supo si sentir lástima u horror al ver que los ojos del hombre estaban llenos de lágrimas.

—Este es el último lugar en donde vi a Mia. Aquí es donde termina su historia, y donde termina la tuya también.

Ava miró más allá de Charlie al paisaje. Un estrecho sendero descendía entre matorrales hacia una pequeña ensenada y el mar se extendía bajo la luz de las estrellas, cuyas olas rompían en una playa de guijarros. Era un lugar aislado y precioso, pero lejos de cualquier ayuda.

—La marea está subiendo —señaló Charlie, consultando su reloj.

Se subió a la furgoneta y ayudó a Ava a ponerse en pie. Su tacto era suave, a pesar de las bridas que le rodeaban las muñecas.

El hombre señaló hacia las puertas abiertas.

—Tú primero.

Ava bajó de la furgoneta a un terreno irregular, con las piernas inestables por la droga y el viaje. El aire salado la golpeó de

inmediato; penetrante y limpio, con aroma a algas. En otras circunstancias, habría sido pacífico.

Charlie cerró las puertas de la furgoneta y posó una mano firme en el brazo de Ava antes de guiarla por el estrecho sendero hacia la playa.

—De aquí es de donde tomo los guijarros —dijo, agachándose con un gesto teatral para tomar una de las piedras sueltas como si fueran niños jugando.

El sendero serpenteaba entre matorrales de tojo y zonas de hierba rala, descendiendo hacia el sonido de las olas. Ava ya podía ver la playa, una media luna de guijarros rodeada de acantilados bajos. Era un lugar perfecto para una fiesta, y un lugar perfecto para que alguien muriera sin que nadie lo supiera.

Llegaron a la playa y sus pies crujieron sobre los guijarros húmedos. La marea sí estaba subiendo, y las olas empujaban cada vez más arriba en la playa con cada oleada. En unas pocas horas, el agua alcanzaría la base de los acantilados, cortando cualquier vía de escape fácil.

Charlie guio a Ava hasta un gran trozo de madera a la deriva cerca de la línea de pleamar y le indicó que se sentara. La madera era lisa y estaba desgastada por años de agua salada y tormentas.

—Ahora esperamos —dijo Charlie, sentándose en otro trozo de madera a unos metros de distancia—. Cuando descubran que no estás, será demasiado tarde. La marea ya habrá cumplido con su deber.

Ava examinó la pequeña ensenada y observó los escarpados acantilados, el estrecho sendero por el que habían bajado y la furgoneta estacionada arriba.

Las olas continuaban su avance implacable playa arriba.

Ava cerró los ojos y escuchó el mar, intentando reprimir el miedo y pensar como la detective para la que se había entrenado. Tenía que haber una forma de salir de esto, tenía que haber algo que pudiera hacer para sobrevivir hasta que llegara la ayuda.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Knox manejaba al límite por las estrechas carreteras rurales que conducían a Branscombe, sus luces azules cortando la oscuridad. Tenía el teléfono encajado entre el hombro y la oreja mientras la voz de la Inspectora Jefe Grant crepitaba por el altavoz.

—La unidad de respuesta armada llegará en quince minutos. El helicóptero ha despegado de Exeter, debería estar sobrevolando la zona en veinte. El salvamento marítimo está zarpando desde Exmouth.

—Entendido, Inspectora Jefe —Knox tomó una curva cerrada más rápido de lo prudente, y sus faros barrieron los setos—. Estoy a diez minutos de la playa.

—Knox, espera a los refuerzos.

—Recibido —respondió él, pero incluso mientras lo decía, sabía que quizá no podría permitirse ese lujo. Cada minuto que pasaba era un minuto más que Charlie tenía con Ava, un minuto más cerca de lo que sea que haya planeado para el aniversario de la muerte de su hermana.

El recuerdo del mural obsesivo de Charlie aún seguía fresco en su memoria. Dieciocho meses de fotografías de vigilancia y detalladas tablas de mareas mezcladas con fotos de las escenas del crimen que él mismo había tomado. No era por impulso ni rabia, sino que

Charlie había sido metódico y calculador, lo que lo hacía aún más peligroso.

Sus manos se apretaron con más fuerza en el volante mientras pensaba en Ava, probablemente drogada y maniatada en algún lugar en la oscuridad que él tenía por delante. Ella lo había seguido hacia el peligro sin dudarlo en las cuevas de Dartmoor, confiando en su criterio incluso cuando eso significaba descender a un laberinto subterráneo donde ambos podrían haber muerto.

La inversión de papeles le resultaba antinatural. Ava era capaz, resuelta y estaba entrenada para lidiar con situaciones peligrosas. Pero si Charlie la había sedado, si le había arrebatado la capacidad de defenderse...

A través del parabrisas, Knox divisó unas luces traseras que se movían lentamente por lo que debía ser la carretera de acceso a la playa. Estaba demasiado lejos para identificar el vehículo, pero el momento y el lugar indicaban, con casi total seguridad, que era la furgoneta de Charlie.

Knox agarró la radio.

—Central, tengo contacto visual con un vehículo en dirección a la playa de Branscombe. Vehículo blanco que coincide con la furgoneta del sospechoso.

—Recibido. La unidad de respuesta armada sigue a doce minutos de distancia.

CUANDO KNOX LLEGÓ AL ESTACIONAMIENTO, el lugar estaba vacío a excepción de la furgoneta blanca que se enfriaba en el aire nocturno. Se acercó con cautela y una mano apoyada en su porra extensible. Las puertas traseras estaban abiertas de par en par, revelando un colchón gastado y unos grilletes conectados al lateral.

Desde abajo llegaba el sonido de las olas sobre los guijarros, mezclándose con el aire salado. Estudió el estrecho sendero que descendía serpenteando entre la maleza hacia la playa; en algún lugar en esa oscuridad, Ava estaba sola con un hombre que ya había matado a tres personas.

Knox sacó el móvil y llamó a la Inspectora Jefe Grant.

—Estoy en el estacionamiento. El vehículo del sospechoso está aquí, pero está vacío. Están en la playa.

—*Espera a los refuerzos, Knox. Es una orden*.

—Inspectora Jefe, la marea está subiendo. Si Charlie planea hacer lo que creo que planea...

—*¿Qué quieres decir?*

Knox cerró los ojos, recordando las fotografías en el mural de Charlie, las fechas rodeadas con un círculo y las tablas de mareas.

—Su hermana se ahogó aquí hace dos años, y hoy es el aniversario. Creo que quiere que Ava se ahogue también.

—*Santo cielo. Knox, te ordeno que esperes a…*

—Voy a bajar para evaluar la situación. Solo para recabar información.

Knox colgó antes de que ella pudiera responder. El procedimiento y el protocolo no salvarían a Ava si Charlie decidía acelerar sus planes.

El camino que bajaba a la playa era traicionero en la oscuridad, serpenteando entre tojos y áreas con esquisto suelto. Knox se movió tan rápido como se atrevió, con el haz de su linterna débil contra la noche. Cada paso lo alejaba más de los refuerzos y lo adentraba en un aislamiento donde Charlie tenía todas las de ganar.

TRAS DIEZ MINUTOS de cuidadoso descenso, Knox alcanzó un punto elevado desde donde podía ver la playa, que era una media luna de guijarros iluminada por la luz de las estrellas y el brillo lejano de las boyas de navegación. Dos figuras se sentaban en unos trozos de madera a la deriva cerca del centro de la playa, a unos cincuenta metros de la línea actual de la pleamar.

Incluso a esa distancia, Knox pudo reconocer la silueta de Ava, cuya postura sugería que tenía las manos atadas a la espalda. Charlie estaba sentado a pocos metros, relajado y vigilante, mirando el agua como si simplemente estuviera disfrutando de una apacible velada junto al mar.

El sonido de las aspas del helicóptero al acercarse se abrió paso entre el estruendo de las olas. Charlie levantó la vista al oírlo y luego

le dijo algo a Ava que Knox no pudo escuchar.

Ambas figuras se pusieron en pie. Charlie ayudó a Ava a levantarse con lo que parecía genuina cortesía.

Knox comprendió que Charlie estaba acercando a Ava a la orilla, situándola donde la marea creciente la alcanzaría primero. El helicóptero y la unidad de respuesta armada todavía no habían llegado.

No había tiempo para esperar a los refuerzos, para la coordinación táctica ni para una planificación cuidadosa.

La marea no esperaría.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Knox sacó el móvil, con el pulgar suspendido sobre el número de Walsh. A sus espaldas, oía los sonidos lejanos de la llegada del equipo de respuesta armada. Las aspas del helicóptero sonaban cada vez más fuertes, y supo que estaría a unos dos minutos. Todo su instinto, forjado en su formación policial, le decía que esperara y dejara que el equipo táctico se encargara de la situación como era debido.

Pero Ava estaba cerca de la orilla.

Knox recordó los gráficos anotados en la pared de Charlie, con los meticulosos cálculos sobre el nivel del agua y los tiempos. Las olas subían ahora más y más por la playa con cada oleada, y Charlie los había colocado a unos veinte metros de la línea de flotación actual. Con la marea alta, ese lugar quedaría bajo el agua.

Charlie debía de saber que lo habían descubierto, pero aun así no parecía que planeara una ejecución rápida. Pretendía que el mar hiciera el trabajo por él, que Ava se ahogara de la misma forma que los demás.

El foco del helicóptero barrió el agua, y Knox vio cómo Charlie alzaba la vista con leve interés en lugar de preocupación. Sin pánico, sin prisa por huir o esconderse a medida que guiaba a Ava cerca de la orilla.

La radio de Knox crepitó.

—Knox, la unidad de intervención está a sesenta segundos de tu posición. Quédate ahí y espera a los refuerzos.

Pulsó el botón de la radio sin apartar la vista de la playa.

—Negativo. El sospechoso está moviendo a la rehén hacia la línea de la marea. Me aproximaré.

—Knox, es una orden directa…

Knox apagó la radio y sacó la porra. La situación táctica era todo lo que su entrenamiento le había enseñado a evitar, un solo agente contra una amenaza desconocida. Charlie lo vería acercarse, y él no tenía forma de saber qué armas llevaba consigo.

Pero cada segundo que Knox dudaba era un metro más que Ava se acercaba al agua. Se adentró en la playa y dejó la linterna apagada mientras observaba a Charlie y a Ava avanzar centímetro a centímetro hacia la marea creciente, lo bastante cerca como para que el rocío de las olas más grandes los alcanzara en ocasiones.

Ava estaba consciente, pero se tambaleaba, lo que confirmaba la sospecha de Knox sobre el uso de sedantes. Charlie seguía sin mostrar ningún arma de forma evidente, pero eso no significaba nada. Él tenía que dar por hecho que iba armado, ya que podía tener un cuchillo escondido en cualquier parte.

El helicóptero estaba sobre ellos, cuyo foco creaba marcados patrones de luz y sombra sobre los guijarros. El ruido enmascararía el avance de Knox, pero también significaba que la comunicación con los refuerzos sería imposible una vez que se decidiera a actuar.

Sopesó la porra en la mano, cuando sus botas pisaron los guijarros con un crujido que, a pesar del ruido del helicóptero, sonó tan fuerte como un disparo.

Charlie y Ava se giraron hacia el sonido, sus siluetas atrapadas en el resplandor del foco.

Knox se echó a correr.

—Policía armada —mintió, lo suficientemente alto para que lo oyera por encima del ruido de las aspas—. Aléjese de la sargento Carter.

Charlie sonrió, y Knox se dio cuenta con una certeza heladora de que eso era exactamente lo que el hombre había estado esperando.

El mundo entraba y salía de foco constantemente, y los bordes se difuminaban como en una cámara que no logra enfocar. Ava luchó contra la niebla de su mente, obligándose a concentrarse en los fríos guijarros bajo sus piernas, en el rocío salado que los alcanzaba de vez en cuando y en las bridas que se le clavaban en las muñecas, atadas en su espalda.

"Mantente alerta. Sigue con vida."

El café había estado amargo, debería haberse dado cuenta. Charlie también había actuado con nerviosismo: miraba el reloj, la ventana y jugueteaba con sus dedos. Había estado tan centrada en la investigación, en obtener respuestas sobre Tucker y las otras víctimas, que había pasado por alto las señales evidentes.

Intentó resistirse a medida que Charlie la guiaba hacia la orilla de la marea, pero se sentía como si estuviera flotando.

El ruido del helicóptero había ido creciendo durante los últimos minutos, y ahora su foco barría el agua como el haz de un faro. Charlie lo miró sin preocupación; de hecho, parecía complacido por el nuevo acontecimiento.

—Nos han encontrado —consiguió decir Ava, arrastrando un poco las palabras, pero con más claridad que antes—. Se acabó, Charlie.

—No —dijo él con delicadeza, ayudándola a ponerse en pie con una sorprendente cortesía.

El movimiento hizo que le diera vueltas la cabeza, pero Ava se obligó a concentrarse en su entorno, en las sombras oscuras de la playa y la marea que avanzaba, que parecía a punto de tragárselos.

"Va a ahogarme aquí."

La formación de Ava se activó a pesar de las drogas que aún corrían por su torrente sanguíneo. "*Haz que siga hablando, crea un vínculo, busca una oportunidad*."

—¿Y qué me dices de ella, Charlie? Háblame de Mia.

Pero aún al hablar, los ojos de Ava ya escrutaban el sendero del acantilado sobre ellos. Alguien se movía en la oscuridad, una figura que descendía por el traicionero camino.

"Knox."

La invadió una oleada de alivio, que pronto se transformó en otra cosa al darse cuenta de que Knox bajaba solo.

Ava intentó cambiar de postura, pero las bridas mantenían sus muñecas firmes y todavía sentía las piernas inestables.

Charlie se dio cuenta del movimiento y siguió con la mirada el camino del acantilado. Al ver a Knox, una terrible y serena sonrisa se extendió por su rostro mientras le presionaba la hoja de un cuchillo en el costado a Ava y le ponía un guijarro en la mano.

La hoja del cuchillo reflejó la luz del foco del helicóptero cuando Charlie cambió de postura, un breve destello de acero presionado contra el costado de Ava.

—Tranquilo, Charlie —dijo Knox, manteniendo un tono de voz firme a pesar del miedo en su pecho—. Hablemos.

La sonrisa del hombre vaciló, reemplazada por una expresión más dura y peligrosa. Esto no iba según su plan, Knox podía verlo en la forma en que los ojos del hombre saltaban de él al sendero del acantilado, calculando nuevas variables que no había previsto.

—No deberías estar aquí —dijo Charlie, su voz imponiéndose al ruido del helicóptero—. Se suponía que iba a ser pacífico. Solo Ava, yo y la marea, como la última vez que estuve aquí con Mia.

Knox dio un cauteloso paso hacia delante, manteniendo las manos visibles en una postura no amenazante. Los separaban quince metros, y estaba lo bastante cerca para ver la tensión en los hombros de Charlie y la forma en que su mano apretaba el mango del cuchillo.

—Sé lo de Mia —dijo Knox—, lo que le pasó. Pero esto no es lo que ella habría querido, Charlie. No querría que hicieras daño a gente inocente.

—¿Inocente? —la voz de Charlie se quebró de repente, llena de furia—. Tu gente la mató tanto como los otros —dijo, repitiendo las palabras que él ya le había oído decir a Veronica Tucker.

Las olas se volvían más fuertes y el agua se arremolinaba alrededor de sus tobillos con cada embate. Knox notó que a Ava le costaba mantenerse en pie.

—El caso sigue abierto —dijo Knox, cosa que no era del todo cierta, pero podría darles tiempo—. Hay nuevas pistas, nuevas

pruebas. Los análisis forenses han mejorado desde entonces…

—Mentiroso —vio que Charlie presionaba el cuchillo con más fuerza contra las costillas de Ava, haciéndola jadear—. ¿Crees que soy estúpido? Llevo meses observándolos, leyendo cada informe y cada actualización. No hay ninguna investigación, nunca la hubo.

La radio de Knox crepitó con estática; la unidad de respuesta armada intentaba coordinarse desde lo alto del acantilado. La corriente descendente del helicóptero hacía imposible la comunicación, pero él podía ver los haces de las linternas del equipo táctico comenzando el descenso. Tardarían menos de cinco minutos en llegar a la playa.

Cinco minutos que no tenían.

—Tienes razón —dijo Knox, abandonando el engaño—. La investigación fue inadecuada. El sistema le falló a Mia, te falló a ti. Pero matar a Ava no traerá de vuelta a tu hermana; solo creará otra familia como la tuya, otra persona consumida por el dolor.

Charlie rio, pero no había humor en su risa.

—Al menos entenderán lo que se siente. Lo que es perder a alguien que importaba.

Knox dio otro paso, lo bastante cerca para ver las lágrimas mezclándose con el rocío salado en la cara de Charlie. El hombre se estaba derrumbando, sus cuidadosos planes se disolvían en algo desesperado e impredecible.

—Sí que lo entiendo —dijo Knox en voz baja—. Yo también he perdido gente. Compañeros, amigos, familia. La culpa nunca desaparece, Charlie, pero esto no es justicia. Solo es más muerte.

—¿Justicia? —la voz de Charlie se elevó hasta convertirse en un grito—. ¿Dónde estuvo la justicia para los tres hombres que mataron a mi hermana?

—¿Quién mató a tu hermana, Charlie?

—Todos ellos. ¿No lo entiendes? —Charlie gritaba, y su rostro estaba contorsionado bajo la luz del helicóptero—. Tucker y Morrison la metieron en las drogas, y Croft podría haber detenido todo esto, pero se convirtió en cómplice. Todos la mataron, tanto como las drogas que se la llevaron.

—Están muertos —dijo Knox con cuidado—, ya has conseguido tu justicia para Mia. Esto puede acabar aquí, Charlie. Puedes dejar marchar a Ava y podemos olvidarnos de esto.

Pero incluso mientras hablaba, podía ver que el agua subía por sus pantorrillas. La marea era implacable, indiferente a las negociaciones humanas o a las súplicas de piedad. Charlie se estaba más adentrando en el mar, y Ava hacía lo que podía por no soltarse.

—No —dijo Charlie, y su voz recuperó parte de su calma anterior —. Esto termina como empezó, como debería haber terminado hace dieciocho meses.

Knox vio los ojos de Ava clavados en él por encima del hombro de Charlie. Parecía más lúcida, más alerta. Le hizo un leve gesto negativo con la cabeza, una advertencia para que no intentara nada todavía.

Pero el tiempo se les agotaba a todos. El foco del helicóptero lo pintaba todo en un duro blanco y negro, las luces de emergencia parpadeaban en rojo y azul desde lo alto del acantilado. Pronto, esa playa aislada estaría plagada de agentes armados, pero llegarían demasiado tarde para que importe.

Knox tomó una decisión y arrojó su porra sobre los guijarros.

—Ahí está —levantó ambas manos—. Estoy desarmado, no soy una amenaza para ti. Déjame ocupar el lugar de Ava, soy yo a quien deberías culpar.

Charlie lo miró fijamente y el cuchillo vaciló. Knox podía ver cómo sopesaba la oferta, calculando si esta nueva variable encajaba en su retorcido sentido de la justicia.

—¿Harías eso? —preguntó Charlie—. ¿Cambiar tu vida por la suya?

Knox asintió sin dudarlo.

—Sin pensarlo dos veces.

"Sin pensarlo dos veces."

Ava sintió que el agarre de Charlie en su brazo se tensaba mientras procesaba la oferta de Knox, con la hoja del cuchillo desplazándose contra sus costillas. Su respiración había cambiado,

se había vuelto más rápida y más agitada. La llegada de Knox había destrozado cualquier ritual que Charlie hubiera planeado.

A su espalda, Ava trabajaba frenéticamente en las bridas, usando el agua fría del mar y la distracción de la negociación de Knox a su favor. El plástico se había aflojado un poco, no sabía si por el agua o por su presión constante, pero era suficiente para darle esperanzas.

El agua alrededor de sus piernas era cada vez más profunda, ahora las olas les llegaban a medio muslo con cada embate. Pronto estarían luchando contra la corriente además de entre ellos. Ava sentía el tirón del mar intentando desequilibrarla, y con las manos atadas, caer probablemente significaría ahogarse.

—No lo hagas —consiguió decir, con la voz más fuerte ahora que desde que llegó a la playa.

—Conmovedor —dijo Charlie, cuya voz había recuperado parte de su calma anterior—, pero no creo que el Inspector Knox entienda todavía la situación.

El cuchillo se movió de las costillas de Ava a su garganta, y el frío acero presionó contra el punto donde latía su pulso. Se obligó a no retroceder, a no darle a Charlie la satisfacción de ver su miedo.

—No se trata de intercambios —continuó Charlie, que tiraba su aliento cálido contra su oído—, sino de entender. De aprender lo que se siente ver cómo alguien que te importa se te escapa mientras eres incapaz de evitarlo.

El horror inundó a Ava al darse cuenta de la verdadera intención de Charlie. No quería que Knox muriera en su lugar, quería que la *viera* morir. La misma agonía impotente que Charlie había sentido al ver cómo el caso de su hermana quedaba enterrado en lo que él había percibido como indiferencia.

Knox pareció entenderlo también, ya que su rostro palideció bajo el resplandor del foco.

—Charlie, por favor…

—Mia tenía veinticuatro años —dijo Charlie, y su voz adquirió de nuevo ese tono soñador—. Estaba llena de vida, llena de planes. Iba a salvar los océanos, ¿lo sabían? Biología marina, trabajos de conservación. Quería hacer del mundo un lugar mejor.

La brida cedió otro milímetro. Ava reprimió un jadeo de alivio, manteniendo una expresión neutra al probar cuánto se había aflojado.

—Parece una persona increíble —dijo Ava, en un intento de que Charlie siguiera hablando mientras ella trabajaba—. Cuéntame qué era lo que más le gustaba del océano.

Era un riesgo. Involucrarse en su obsesión podría calmarlo o desencadenar otro arrebato violento, pero Knox estaba a diez metros, completamente desarmado, y los refuerzos aún tardarían minutos en llegar a la playa. La distracción era la única arma que tenían.

—Le encantaban las pozas de marea —dijo el atacante, y su agarre se relajó ligeramente cuando el recuerdo superó a la furia—. Solía pasarse horas estudiando los ecosistemas, cómo todo dependía de todo lo demás. Equilibrio, lo llamaba ella. Equilibrio natural.

A su espalda, Ava sintió que la brida cedía por completo. No se movió ni permitió que su postura cambiara, pero la adrenalina inundó su sistema a medida que la sensibilidad volvía a sus dedos.

Charlie todavía sostenía el cuchillo en su garganta y observaba a Knox con esa terrible intensidad, pero ella tenía opciones.

El agua estaba ahora más profunda, casi hasta la cintura con cada ola. El frío era sobrecogedor, pero ayudó a despejar los últimos efectos de la droga que Charlie le había suministrado. Sentía las piernas más firmes y el pensamiento más agudo.

Knox seguía hablando en un intento de mantener la atención de Charlie.

—La investigación de la muerte de Mia. ¿Qué te hizo pensar concretamente que fue inadecuada?

Era exactamente la pregunta correcta, se dio cuenta Ava. Knox le estaba dando a Charlie permiso para desahogar su rabia y para explicar sus acciones, mientras también le daba a ella tiempo para planear su siguiente movimiento.

—¿Inadecuada? —Charlie rio con amargura—. Pasaron más tiempo con el papeleo que con la investigación en sí. Solo un sello de "sobredosis accidental" estampado en un expediente y olvidado.

El cuchillo se tambaleó mientras Charlie gesticulaba con la mano libre, y Ava sintió la presión en su garganta disminuir ligeramente. Esta podría ser su única oportunidad.

AVA HIZO una señal justo cuando una ola rompía sobre sus cabezas.

Charlie luchó por mantener el equilibrio y, en esa fracción de segundo de distracción, ella se movió.

Knox pensó que la ola iba a arrastrarlos, pero de alguna manera, Ava aguantó. Sus manos estaban de algún modo libres y agarró la muñeca de Charlie para intentar apartar el cuchillo, pero el atacante le dio un codazo directo en la boca.

Knox se lanzó hacia delante sin pensar, zambulléndose en el agua que le llegaba a la cintura, cuando Charlie tropezó e intentó recuperar el control de su arma. Diez metros nunca le habían parecido una distancia tan grande; sus piernas luchaban contra la corriente y el lastre de su ropa empapada.

Ava parecía aturdida, y sangre manaba de su cara cuando Knox los alcanzó. La fachada de calma de Charlie se había destrozado por completo, reemplazada por una furia desesperada. El hombre sujetaba a Ava con una mano y el cuchillo con la otra.

—Lo han arruinado —gruñó Charlie. Otra ola los golpeó.

Knox se abalanzó sobre el brazo de Charlie que sostenía el cuchillo para intentar alejarlo de Ava, pero los tres cayeron juntos en el oleaje. El agua salada quemó su garganta cuando una ola rompió sobre sus cabezas y lo hundió bajo la marea.

El mundo se sumergió por un momento. Un caos de miembros y burbujas mientras el peso del mar intentaba arrastrarlos hacia abajo. Knox pateó hacia arriba y jadeó cuando logró salir a la superficie, a tiempo para ver que Charlie blandía el cuchillo hacia él.

Knox levantó la mano y le agarró el brazo.

—Se acabó. Mia no querría esto.

—¡Tú no sabes lo que ella querría! —la mano libre de Charlie arañó la cara de Knox con desesperación—. ¡Está muerta por culpa de gente como tú!

Knox vio el cuchillo trazar un arco hacia sus costillas e intentó girarse, pero Ava estaba allí y se lanzó entre ellos. Su mano se cerró sobre la muñeca de Charlie, y logró que la hoja se detenga a centímetros del pecho de Knox antes de que otra ola masiva los golpeara de costado.

Esta vez, la corriente mantuvo a Knox sumergido más tiempo. Sintió que su agarre sobre Charlie se aflojaba y que el agua intentaba separarlos, arrastrarlos en direcciones diferentes. Salió a la superficie, tosiendo agua de mar, y vio a Charlie a cinco metros de distancia con el cuchillo todavía en su mano.

Pero algo había cambiado en el rostro del hombre. La derrota se mezclaba con su rabia al mirar las luces en el acantilado y el helicóptero sobrevolándolos en círculos.

Knox vio cómo los hombros de Charlie se hundían y su ánimo de lucha menguaba. El agua les llegaba al pecho y cada ola era una lucha por mantenerse en pie. En cuestión de minutos, estarían todos nadando o ahogándose.

—Suelta el cuchillo, Charlie —dijo Knox, con voz más suave—. Déjanos ayudarte.

Charlie miró la hoja en su mano como si se hubiera olvidado de que estaba ahí. Miró a Ava, que flotaba en el agua oscura entre él y Knox, con su rostro pálido pero decidido.

—Lo siento —dijo él. Tomó el cuchillo y se hizo un corte en la garganta.

EPÍLOGO

La unidad psiquiátrica de alta seguridad del Hospital Langdon parecía un lugar donde el tiempo se había detenido. Knox estaba sentado frente a Charlie Dwyer en la sala de visitas, observando cómo las luces fluorescentes hacían que todo pareciera desvaído e irreal. Charlie tenía la garganta envuelta en vendas, y el tejido cicatricial ya era visible en los bordes. Cuando hablaba, su voz salía como un carraspeo y cada palabra parecía costarle dolor físico.

—Me salvaste —dijo Charlie, aunque no estaba claro si era una acusación o una declaración. Sus ojos habían perdido la intensidad de aquella noche en la playa, reemplazada por algo hueco y medicado—. No quería que me salvaran.

Knox había ensayado esta conversación muchas veces mientras conducía desde Exeter, pero ahora las palabras que había preparado le parecieron inadecuadas. A través de la ventana reforzada veía caer las hojas de otoño en el jardín del patio. El mundo seguía con sus ciclos, en tanto Charlie permanecía congelado en su dolor.

Knox pensó en Caleb, en las noches que pasó en vela mirando las fotos de su hermano, con el vino mitigando los filos de la culpa. La obsesión de Charlie no era tan diferente, solo un reflejo más oscuro.

Después de que Charlie se pasara la cuchilla por el cuello, Knox y Ava lo habían arrastrado fuera del agua hasta las rocas, donde los

paramédicos habían logrado salvarlo.

—Mia no habría querido esto para ti —dijo Knox finalmente—. Nada de esto.

Las cuerdas vocales dañadas hicieron que su risa sonara como el chirrido de un metal.

—Todo el mundo cree saber lo que ella habría querido —hizo una pausa, tragando con visible dificultad—. La verdad es que ninguno de nosotros la conocía de verdad, solo veíamos lo que necesitábamos ver.

La mirada de Charlie ya se había perdido en la distancia, retirándose a cualquier infierno privado que se hubiera construido para sí mismo. Los médicos decían que podría recuperarse lo suficiente como para ser juzgado, aunque los informes psiquiátricos probablemente le conseguirían un hospital de alta seguridad en lugar de la cárcel. Knox se preguntó si realmente había alguna diferencia para alguien cuya mente se había convertido en su propia condena perpetua.

—Ya nos veremos, Charlie —dijo, pero el chico ya estaba en otro lugar.

TRES DÍAS DESPUÉS, Knox estaba sentado en la sala de conferencias de la jefatura y la Inspectora Jefe Helen Grant hacía clic en las diapositivas de la presentación final del caso. Ava estaba sentada a su lado, y el único signo de su calvario era una fina cicatriz apenas visible sobre el cuello de la camisa y una momentánea pausa cuando el proyector comenzó a mostrar imágenes de los escenarios de los crímenes.

El proyector reflejaba fotos de la escena del crimen en la pared: el cuerpo de Michael Croft en el puerto deportivo, Danny Morrison en la playa, William Tucker con un guijarro en la mano, igual que los demás. Era uno de los guijarros que Charlie Dwyer había cogido de la playa donde había visto a su hermana por última vez. En vida, a aquellos hombres los había conectado la codicia, la adicción y la explotación. En la muerte, se habían convertido en el retorcido homenaje de Charlie Dwyer a su hermana.

—Como todos saben, la fiscalía ha acordado acusar a Charlie Dwyer de tres cargos de asesinato —dijo Helen, con su habitual tono profesional y distante—. Aunque, dadas las evaluaciones psiquiátricas, es probable que se alegue responsabilidad disminuida. Es probable que pase el resto de su vida en un centro psiquiátrico de alta seguridad —hizo una pausa, mirando alternativamente a Knox y a Ava—. Fue un trabajo excepcional por parte de ambos, a pesar de las… irregularidades en el procedimiento al final.

Knox no respondió. Su mente revivía como un relámpago aquellos momentos finales en la playa, donde primero pensó que había perdido a Ava, y luego a Charlie Dwyer cuando el hombre había intentado quitarse la vida.

La operación contra las redes de narcotráfico en las líneas fronterizas del Inspector Jefe Lane había concluido la semana anterior con cuarenta y siete arrestos y el desmantelamiento completo de la red. El Inspector Jefe ya estaba de vuelta en Londres, no sin antes enviar a Knox un breve correo electrónico conciliador felicitándolo por la detención de Dwyer, en el que dejaba entrever que Knox había tenido razón todo ese tiempo y que los asesinatos no estaban relacionados con el grupo de delincuencia organizada.

Podía imaginar cuánto le había costado a Lane su orgullo escribir esas palabras, pero esa admisión sonaba hueca ahora. Croft y Tucker habían estado lavando dinero, y Morrison había estado almacenando armas. De forma directa o no, los tres habían estado vinculados al grupo de delincuencia organizada, y esto le había proporcionado a Charlie una tapadera conveniente para su venganza.

Mientras Helen concluía, Knox consideró que lo único que quedaba sin resolver era la investigación sobre el primo de Mia, Martin Dwyer. La vigilancia sobre el primo de Mia no había encontrado nada. Ni actividad preocupante en internet, ni contacto inapropiado con niños, ni nada que corroborara o desmintiera las acusaciones de Mia. El hombre continuaba con su vida en Plymouth sin que nada lo afectara, pero Anna Merrick había prometido vigilarlo de manera extraoficial.

KNOX SE FUE por el día, alcanzando a Ava en el estacionamiento. El aire otoñal era cortante y traía el leve olor a sal del mar desde kilómetros de distancia.

—¿Recibiste la carta sobre las condecoraciones? —preguntó Ava con una sonrisa irónica—. Valentía en acto de servicio y todo eso —se tocó distraídamente la pequeña cicatriz en la garganta, un gesto que Knox había notado que hacía con más frecuencia—. Parece extraño que te den medallas por casi ahogarte.

Knox había recibido el correo electrónico esa misma mañana.

—Te liberaste sola de esas bridas. Eso requirió habilidad, no suerte.

Permanecieron en un silencio cómodo por un momento, viendo pasar el tráfico en la carretera principal. Se habían visto despojados de la compostura profesional: Knox zambulléndose desesperadamente entre las olas, Ava drogada e indefensa, ambos luchando en el agua oscura mientras las olas amenazaban con atraparlos debajo.

—Walsh me ha comentado que te vas a tomar unos días libres —dijo Ava—. Podría venirte bien, después de todo.

Había decidido tomarse unos días de vacaciones acumulados, pero aún no había decidido las fechas.

—No te preocupes —le dijo mientras ella subía a su coche—, no me iré mucho tiempo.

EL ANOCHECER ENCONTRÓ a Knox en la tumba de Caleb. Dylan tiraba suavemente de la correa, ansioso por explorar los interesantes olores del cementerio. Antes de dirigirse allí, había pasado por St Joseph, donde Isobel Croft estaba organizando un funeral por Michael; su dolor era atenuado por el apoyo de la comunidad.

Knox había enterrado a Caleb en la zona para poder tener momentos como este, a pesar de que su hermano había sido un londinense de pura cepa.

La lápida era sencilla: solo el nombre y las fechas de Caleb, y la inscripción que decía que era amado y añorado. Últimamente había estado viniendo aquí con más frecuencia. No para hablar o buscar la

absolución, sino simplemente para reconocer el espacio que su hermano ocupaba en la tierra.

En cierto modo, el dolor de Charlie Dwyer había hecho que entendiera el suyo con más claridad. Cómo la pérdida podía retorcerse hasta convertirse en algo destructivo si no la afrontabas directamente.

—Ahí estás.

La voz de Lucy llegó desde detrás de él. Llevaba el abrigo verde que le había comprado la Navidad anterior y el pelo recogido en una coleta tirante. Debía de haber caminado desde su casa, ya que tenía el pelo alborotado por el viento y las mejillas sonrosadas por el frío.

—Yo también he estado visitándolo. Hablándole de ti, de hecho. Alguien tiene que vigilarte, y Caleb siempre te entendió mejor que nadie.

Más allá del cementerio, el lejano romper de las olas llegaba con el viento como un recordatorio de la incesante marea de Branscombe.

Knox quiso disculparse por cómo habían estado las cosas entre ellos desde la muerte de Caleb. Había estado a punto de destruir algo especial, y le sorprendía que Lucy aún le dedicara algo de su tiempo. Intentó articular las palabras, pero se negaron a salir.

Lucy se acercó, sin tocarlo, pero lo suficientemente cerca como para que él pudiera oler su aroma familiar, y eso le recordó las veces que se había quedado en casa de ella y lo estúpido que había sido al rechazar sus continuas invitaciones.

—Voy a tomarme un tiempo libre. Tiempo oficial —dijo Knox, con una sonrisa—. Me gustaría poder pasar ese tiempo contigo —le cogió la mano, vacilante—. ¿Cenamos mañana? Solo nosotros, sin escapadas de última hora a la costa.

Lucy frunció el ceño.

—¿Es esta tu forma de evitar pagarme el dinero que me debes por cuidar de tu perro? —dijo ella, antes de devolverle la sonrisa.

Sus dedos apretaron los de él mientras Dylan tiraba de la correa.

Knox dejó que el perro los guiara a través de las puertas del cementerio y hacia el sendero que serpenteaba de vuelta al pueblo.

FIN